

BRANDON
SANDERSON



LEGIÓN y
EL ALMA
DEL EMPERADOR



LEGIÓN

Stephen Leeds tiene una mente tan poderosa que roza lo sobrehumano y le permite repartirse entre una multitud de personalidades, entes imaginarias que solo él ve, que despliegan una diversidad de habilidades especializadas. Cuando contratan sus servicios para recuperar un objeto robado, Leeds se lanza a la búsqueda del inventor, desaparecido en condiciones sospechosas. El artefacto codiciado es una cámara fotográfica capaz de captar imágenes del pasado, cuyas propiedades podrían cambiar nuestra forma de entender la historia de la humanidad. La investigación sumirá a Leeds en un conflicto que lo llevará desde Estados Unidos hasta la antigua ciudad de Jerusalén. Esta intensa aventura detectivesca aborda temas como la naturaleza del tiempo, los usos potenciales de la tecnología y la complicada relación entre la política y la fe.

EL ALMA DEL EMPERADOR

Shai, una maga Falsificadora, ha sido condenada a muerte; pero el consejo le ofrece su libertad a cambio de la mayor falsificación que pueda emprenderse: la del alma del emperador, en estado catatónico tras un atentado. Al adivinar las motivaciones de sus captores, Shai deduce que no sobrevivirá ni siquiera si logra cumplir el cometido. Así pues, trama formas de escapar del palacio a la vez que se esfuerza en comprender hasta el límite de lo posible los entresijos de la personalidad del emperador. Aunque asume la necesidad de huir, a Shai le atrae poderosamente la idea de crear la falsificación más extraordinaria del mundo... ¿Es posible crear una copia de un alma tan convincente que supere al original?



Brandon Sanderson

Legión y El alma del emperador

ePub r1.5

Titivillus 19.01.2017

Título original: *Legion & The Emperor's Soul*

Brandon Sanderson, 2012

Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Titivillus

Primer editor: libra (r1.0 a 1.4)

ePub base r1.2



Sobre *Legión*

«Sanderson ha hecho lo que mejor sabe: crear una historia absorbente, con personajes potentes y un argumento trepidante, pero esta vez no los ambienta en un universo de fantasía épica. Y, también siguiendo el estilo clásico de Sanderson, mientras se resuelve la intriga principal, deja al lector con ganas de leer más sobre este mundo único y sus fascinantes personajes.»

Book Banter

«La realidad y los espejismos, la cordura y la locura, son calificaciones subjetivas en el marco de esta interesante incursión en un universo en que las "alucinaciones" abundan, en un reflejo de los demonios bíblicos que el título evoca... El desarrollo tan cautivador como descabellado de esta extravagante narración induce sutilmente a la reflexión sobre la naturaleza de la realidad.»

Publishers Weekly

Sobre *El alma del emperador*

«A los aficionados a la fantasía les encantará tanto la fascinante historia como la innovadora ambientación mágica.»

Library Journal

«Sanderson demuestra ser un escritor de talento excepcional.»

CHARLES DE LINT,

Fantasy & Science Fiction

«Al mezclar una fascinante reflexión sobre el conflicto de creencias, otro innovador sistema de magia y una secuencia de acción muy divertida, *El alma del emperador* es un libro que recomendaría a cualquiera que quiera descubrir por primera vez la obra de Sanderson.»

Fantasy Book Review

LEGIÓN

Para Daniel Wells, que me dio la idea

Me llamo Stephen Leeds, y estoy completamente cuerdo. Mis alucinaciones, sin embargo, están todas bastante locas.

Los disparos procedentes de la habitación de J. C. estallaban como fuegos artificiales. Renegando para mis adentros, cogí los protectores para los oídos que colgaban de su puerta (había aprendido a dejarlos allí) y entré. J. C. llevaba puestos sus propios protectores, sostenía la pistola con las dos manos y apuntaba a una foto de Osama bin Laden que había en la pared.

Sonaba Beethoven. Muy alto.

—¡Estaba intentando mantener una conversación! —le grité.

J. C. no me oyó. Vacío un cargador en la cara de Bin Laden y dejó la pared llena de agujeros. No me atreví a acercarme. Podía dispararme accidentalmente si lo sorprendía.

No sabía qué sucedería si una de mis alucinaciones me pegaba un tiro. ¿Cómo lo interpretaría mi mente? Sin duda, había una docena de psicólogos que querrían escribir un ensayo al respecto. Yo no tenía muchas ganas de darles la oportunidad.

—¡J. C.! —grité cuando se detuvo a recargar.

Él me miró; luego sonrió y se quitó los protectores. Las sonrisas de J. C. parecen muecas, pero hacía tiempo que había aprendido a no dejar que me intimidara.

—Eh, flacucho —dijo, y me entregó el arma—. ¿Te apetece vaciar un cargador o dos? Te vendría bien practicar.

Cogí la pistola.

—Instalamos un campo de tiro en la mansión para algo, J. C. Utilízalo.

—Los terroristas no suelen encontrarme en los campos de tiro. Bueno, ocurrió una vez. Pura coincidencia.

Suspiré, cogí el mando a distancia de la mesa del fondo y bajé el volumen de la música. J. C. extendió el brazo, apuntó al aire el cañón de la pistola y luego apartó mi dedo del gatillo.

—La seguridad lo primero, chaval.

—En cualquier caso, es una pistola imaginaria —dije, y se la devolví.

—Sí, ya.

J. C. no se cree que sea una alucinación, lo cual no es muy usual. La mayoría de ellas lo aceptan, de un modo u otro. Pero J. C. no. Grande sin ser corpulento, de rostro cuadrado pero no llamativo, tenía los ojos de un asesino. O eso decía. Quizá los guardaba en el bolsillo.

Insertó un nuevo cargador en la pistola y a continuación apuntó a la fotografía de Bin Laden.

—No lo hagas —le advertí.

—Pero...

—Ya está muerto. Se lo cargaron hace años.

—Esa es la historia que le contamos a la opinión pública, flacucho. —J. C. enfundó la pistola—. Te lo explicaría, pero no dispones de autorización.

—¿Stephen? —preguntó una voz desde la puerta.

Me volví. Tobias es otra alucinación (o «aspecto», como las llamo en ocasiones). Larguirucho y de piel de ébano, tenía pecas oscuras en sus mejillas arrugadas por la edad. Llevaba el pelo canoso muy corto, y vestía un traje de chaqueta informal, sin corbata.

—Solo me estaba preguntando cuánto tiempo vas a dejar esperando a ese pobre hombre —dijo Tobias.

—Hasta que se marche —repliqué reuniéndome con él en el pasillo.

Los dos empezamos a alejarnos de la habitación de J. C.

—Ha sido muy educado —dijo Tobias.

Detrás, J. C. empezó a disparar de nuevo. Gruñí.

—Hablaré con J. C. —dijo Tobias con voz tranquilizadora—. Solo está intentando mantener al día sus habilidades. Quiere serte útil.

—Vale, como prefieras.

Dejé a Tobias y me dirigí hacia una de las esquinas de la lujosa mansión. Yo tenía cuarenta y siete habitaciones. Casi todas estaban ocupadas. Al fondo del pasillo, entré en una estancia pequeña decorada con una alfombra persa y recubierta con paneles de madera. Me tumbé en el diván de cuero negro que había en el centro.

Ivy estaba sentada en su sillón, junto al diván.

—¿Pretendes continuar con eso? —preguntó elevando el tono por encima del ruido de los disparos.

—Tobias hablará con él.

—Comprendo —dijo Ivy, y anotó algo en su libreta.

Llevaba un traje oscuro, con pantalones y chaqueta. Tenía el pelo rubio recogido en un moño. Contaba cuarenta y pocos años, y era uno de los aspectos que tenía desde hacía más tiempo.

—¿Cómo te sientes al ver que tus proyecciones están empezando a desobedecerte? —me preguntó.

—La mayoría me obedecen —respondí a la defensiva—. J. C. nunca ha hecho caso a lo que le digo. Eso no ha cambiado.

—¿Niegas que está yendo a peor?

No contesté.

Ella hizo otra anotación.

—Rechazaste otra petición ¿no? —preguntó Ivy—. Vinieron a pedirte ayuda.

—Estoy ocupado.

—¿Con qué? ¿Oyendo disparos? ¿Volviéndote más loco?

—No me estoy volviendo más loco —protesté—. Estoy estabilizado. Soy prácticamente normal. Incluso mi psiquiatra no-alucinatorio lo reconoce.

Ivy no dijo nada. En la distancia, los disparos cesaron por fin; suspiré aliviado y me llevé los dedos a las sienes.

—La definición formal de locura es bastante amplia —sentenció—. Dos personas pueden padecer exactamente el mismo trastorno y la misma gravedad, pero una puede ser considerada cuerda según los baremos oficiales y la otra, en cambio, loca. Cruzas la línea de la locura cuando tu estado mental te impide funcionar, llevar una vida normal. Según esos baremos, no estoy nada loco.

—¿Llamas a esto una vida normal? —preguntó ella.

—Me va bastante bien.

Miré hacia un lado. Ivy había cubierto la papelería con una carpeta, como de costumbre.

Tobias entró unos momentos después.

—Ese posible cliente sigue aquí, Stephen.

—¿Qué? —dijo Ivy, dirigiéndome una mirada de reproche—. ¿Estás haciendo esperar al pobre hombre? Han pasado cuatro horas.

—¡Vale, está bien! —Salté del diván—. Haré que se vaya.

Salí de la habitación y bajé las escaleras hasta la planta baja, hacia el majestuoso recibidor.

Wilson, mi mayordomo (que es una persona real, no una alucinación), aguardaba ante la puerta cerrada de la sala de estar. Me miró por encima de sus bifocales.

—¿Tú también? —pregunté.

—¿Cuatro horas, señor?

—Necesitaba estar bajo control, Wilson.

—Le gusta utilizar esa excusa, señor Leeds. Me pregunto si momentos como este son cuestión de pereza más que de control.

—No te pago para que me cuestiones ese tipo de cosas —dije.

Él enarcó una ceja y me sentí avergonzado. Wilson no se merecía esa brusquedad; era un sirviente excelente, y una excelente persona. No resultaba fácil encontrar personal doméstico que soportara mis... particularidades.

—Lo siento —me disculpé—. Últimamente me siento algo agotado.

—Le traeré un poco de limonada, señor Leeds —dijo—. Para...

—Para los tres —puntalicé, al tiempo que señalaba con la cabeza a Tobias e Ivy, a quienes, naturalmente, Wilson no podía ver—. Y también para el posible cliente.

—La mía sin hielo, por favor —dijo Tobias.

—Yo tomaré un vaso de agua —añadió Ivy.

—Sin hielo para Tobias —dije mientras abría la puerta distraídamente—. Agua para Ivy.

Wilson asintió y se marchó a cumplir sus órdenes. Era un buen mayordomo. Sin él, creo que me volvería loco.

Un joven con polo de manga corta y pantalones anchos esperaba en la sala de estar. Se puso en pie de un salto.

—¿Señor Legión?

Di un respingo al escuchar el apodo. Lo había elegido un psicólogo particularmente dotado. Dotado para el drama, quiero decir. No tanto en el campo de la psicología.

—Llámeme Stephen —dije manteniendo la puerta abierta para dejar paso a Ivy y Tobias—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—¿Podemos? —preguntó el muchacho.

—Es una forma de hablar —respondí; entré en la sala y ocupé uno de los sillones frente al joven.

—Yo... esto... he oído decir que ayuda usted a la gente, cuando nadie más quiere hacerlo. —El chico tragó saliva—. He traído dos mil. En metálico.

Dejó sobre la mesa un sobre con mi nombre y dirección.

—Con eso podrá pagar asesoramiento —dije, abriéndolo y haciendo un rápido recuento.

Tobias me miró con mala cara. Odia que le cobre a la gente, pero trabajando gratis no se mantiene una mansión con suficientes habitaciones para albergar a todas tus alucinaciones. Además, a juzgar por sus ropas, el chico podía permitírselo.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Mi prometida —respondió el joven, y se sacó algo del bolsillo—. Me ha estado engañando.

—Lo siento en el alma —dije—. Pero no somos investigadores privados. No vigilamos a nadie.

Ivy caminó por la sala, sin sentarse. Rodeó el asiento del joven, inspeccionándolo.

—Lo sé —dijo el muchacho rápidamente—. Es que... bueno, ha desaparecido ¿sabe?

Tobias se irguió. Le encanta un buen misterio.

—No nos lo está contando todo —dijo Ivy, los brazos cruzados, dando golpecitos con un dedo en el otro brazo.

—¿Seguro? —pregunté.

—Oh, sí —afirmó el muchacho, asumiendo que hablaba con él—. Ha desaparecido, aunque dejó esta nota.

La desplegó y la depositó encima de la mesa.

—Lo realmente extraño es que pienso que puede haber un mensaje cifrado en ella. Mire estas palabras. No tienen sentido.

Recogí el papel y analicé las palabras. Estaban en el dorso de la hoja, garabateadas con prisa, como si fueran una lista de notas. El mismo papel había sido utilizado más tarde como carta de despedida de la prometida. Se lo enseñé a Tobias.

—Esto es Platón —dijo, señalando las notas del dorso—. Cada nota es una cita del *Fedro*. Ah, Platón. Un hombre notable ¿no es cierto? Poca gente sabe que fue esclavo en una época, que lo vendió en el mercado un tirano que estaba en desacuerdo con su política... por eso y porque convirtió en discípulo suyo al hermano del tirano. Por fortuna, Platón fue comprado por alguien familiarizado con su obra, digamos que un admirador, y lo liberó. Merece la pena tener fans cariñosos, incluso en la antigua Grecia...

Tobias siguió hablando. Tenía una voz grave y reconfortante que me gustaba escuchar. Examiné la nota y luego miré a Ivy, que se encogió de hombros.

La puerta se abrió, y Wilson entró con la limonada y el agua de Ivy. En el umbral vi a J. C. con la pistola en la mano, mientras se asomaba a la sala e inspeccionaba al joven. Sus ojos se entornaron.

—Wilson —dije cogiendo mi limonada—, ¿puedes por favor decirle a Audrey que venga?

—Naturalmente, señor —respondió el mayordomo.

Yo sabía, en lo más profundo, que en realidad no había traído vasos para Ivy y Tobias, aunque hizo la pantomima de ofrecer algo a los sillones vacíos. Mi mente creó el resto, imaginando bebidas, imaginando a Ivy aproximándose para coger la suya de la mano de Wilson, mientras este hacía ademán de acercársela a donde pensaba que estaba sentada. Ivy le sonrió afectuosamente.

Wilson se marchó.

—¿Y bien? —preguntó el joven—. ¿Puede usted...?

Se calló cuando levanté un dedo. Wilson no podía ver mis proyecciones, pero conocía sus habitaciones. Teníamos que confiar en que Audrey estuviera en la suya. Audrey acostumbraba a visitar a su hermana en Springfield.

Por fortuna, entró en la sala pocos minutos después. Sin embargo, llevaba puesto un albornoz.

—Supongo que será importante —dijo mientras se secaba el pelo con una toalla.

Alcé la nota, y luego el sobre con el dinero. Audrey se agachó. Era una mujer morena, un poquito pasada de peso. Se había unido a nosotros hacía unos años, cuando yo trabajaba en un caso de falsificación.

Murmuró para sí durante un par de minutos, sacó una lupa (me divertí que tuviera una en su albornoz, pero así era Audrey), y comenzó a mirar de la nota al sobre y viceversa. Se suponía que la nota la había escrito la prometida y el sobre, el joven.

Audrey asintió.

—Decididamente, es la misma letra.

—No es una muestra muy grande —dije.

—¿No es qué? —preguntó el muchacho.

—En este caso es suficiente —adujo Audrey—. El sobre tiene su nombre y dirección completos. La línea un poco inclinada, el espaciado de las palabras, la forma de las letras... Todo lleva a la misma conclusión. Tiene también una «e» muy característica. Si usamos la muestra más grande como control, la muestra del sobre puede determinarse como auténtica (según mi valoración), con más de un noventa por ciento de fiabilidad.

—Gracias —dije.

—Me vendría bien un perro nuevo —respondió ella mientras se marchaba.

—No voy a imaginar un cachorrito para ti, Audrey. ¡J. C. ya arma suficiente alboroto! No quiero a un perro corriendo y ladrando por aquí.

—Oh, venga ya —dijo ella, volviéndose en la puerta—. Lo alimentaré con comida falsa, le daré agua falsa y lo llevaré a dar paseos falsos. Todo lo que un cachorro falso pueda querer.

—Lárgate —dije, aunque estaba sonriendo.

Audrey bromeaba. Es bueno tener algunos aspectos a los que no les importa ser alucinaciones. El joven me miró con expresión de aturdimiento.

—Puede dejar de fingir —le sugerí.

—¿Fingir?

—Eso de fingir que le sorprende lo «raro» que soy. Esto ha sido más bien un intento de aficionado. Es universitario ¿no?

Sus ojos mostraron una expresión de pánico.

—La próxima vez, que un compañero de piso le escriba la nota —dije, arrojándosela—. Maldita sea, no tengo tiempo para esto.

Me levanté.

—Podrías concederle unos minutos —dijo Tobias.

—¿Después de haberme mentido? —repliqué.

—Por favor —suplicó el muchacho, poniéndose en pie—. Mi novia...

—Antes comentó que era su prometida —dije al volverme—. Ha venido aquí a intentar que me hiciera cargo de un «caso», durante el cual me guiará a su antojo mientras toma notas en secreto sobre mi estado. Su verdadero propósito es escribir una tesina o algo por el estilo.

El desánimo invadió su rostro. Ivy permaneció de pie tras él, moviendo la cabeza con desdén.

—¿Cree que es el primero al que se le ocurre una cosa así? —pregunté.

Él sonrió con tristeza.

—No le puede echar la culpa al novato por intentarlo.

—Puedo y lo hago —repliqué—. A menudo. ¡Wilson! ¡Vamos a precisar de seguridad!

—No es necesario —dijo el muchacho mientras recogía sus cosas.

Con las prisas, una grabadora en miniatura se le cayó del bolsillo del polo y resonó contra la mesa.

Enarqué una ceja mientras él se ruborizaba, recogía la grabadora y salía pitando de la sala de estar.

Tobias se puso en pie y se acercó a mí, con las manos a la espalda.

—Pobre chaval. Puede que incluso tenga que regresar a casa andando. Bajo la lluvia.

—¿Está lloviendo?

—Stan dice que lloverá pronto —respondió Tobias—. ¿Has pensado que no intentarían este tipo de cosas tan a menudo si accedieras a una entrevista de vez en cuando?

—Estoy harto de que me citen en casos de estudio —dije, agitando molesto una mano—. Estoy harto de que me pinchen y me analicen. Estoy harto de ser especial.

—¿Qué? —exclamó Ivy, divertida—. ¿Preferirías ir a trabajar a una oficina todos los días? ¿Renunciar a esta espaciosa mansión?

—No estoy diciendo que no haya ventajas —dije mientras Wilson volvía a entrar y se giraba para ver cómo huía el joven por la puerta principal—. Asegúrate de que se ha ido de verdad ¿quieres, Wilson?

—Naturalmente, señor.

Me entregó una bandeja con el correo del día y luego se marchó.

Eché un vistazo a las cartas. Wilson ya había retirado las facturas y la publicidad. Eso dejaba una carta de mi psicólogo humano, que ignoré, y un anodino sobre blanco, tamaño grande.

Fruncí el ceño, lo cogí y lo abrí por la parte superior. Saqué el contenido.

Solo había una cosa dentro del sobre. Una fotografía, de quince por veinticinco, en blanco y negro. Enarqué una ceja. Era una foto de una costa rocosa donde un par de arbolitos se aferraban a una roca que se internaba en el océano.

—No hay nada escrito detrás —dije mientras Tobias e Ivy se asomaban por encima de mi hombro—. No hay nada más en el sobre.

—Apuesto que es de alguien intentando conseguir una entrevista —señaló Ivy—. Lo hacen mejor que el chico.

—No parece nada especial —observó J. C., abriéndose paso junto a Ivy, que le dio un puñetazo en el hombro—. Rocas. Árboles. Menudo aburrimiento.

—No sé... —murmuré—. Tiene algo. ¿Tobias?

Tobias cogió la fotografía. Al menos, eso es lo que vi. Lo más probable es que yo tuviera todavía la foto en la mano, pero no podía sentirla allí, ahora que percibía que Tobias la había cogido. Qué curioso, la forma en que la mente puede cambiar la percepción.

Tobias estudió la instantánea un buen rato. J. C. empezó a quitar y a poner el seguro de su pistola.

—¿No eres tú quien siempre está hablando de la seguridad de las armas? —le reprendió Ivy.

—Estoy siendo prudente —repuso él—. El cañón no está apuntando a nadie. Además, tengo un agudo y férreo control sobre todos los músculos de mi cuerpo. Podría...

—Callaos los dos —intervino Tobias. Acercó más la fotografía—. Dios mío...

—Por favor, no uses el nombre del Señor en vano —dijo Ivy.

J. C. resopló.

—Stephen —dijo Tobias—. El ordenador.

Me reuní con él frente al ordenador de la sala de estar; luego me senté, mientras Tobias se asomaba por encima de mi hombro.

—Busca el Ciprés Solitario.

Así lo hice, y encontré una serie de imágenes. Un par de docenas de fotografías de la misma roca aparecieron en la pantalla, pero en todas ellas había un árbol grande en medio. El árbol parecía completamente crecido; de hecho, parecía antiguo.

—Vale, magnífico —dijo J. C.—. Árboles quietos. Rocas quietas. Todo quieto y aburrido.

—Eso es el Ciprés Solitario, J. C. —informó Tobias—. Es famoso, y se cree que tiene como mínimo doscientos cincuenta años.

—¿Y...? —preguntó Ivy.

Sostuve en alto la fotografía que me había llegado por correo.

—Aquí no tendrá más de... ¿cuánto? ¿Diez?

—Puede que menos —respondió Tobias.

—Entonces, para que esta foto sea real —dije—, tendrían que haberla tomado hacia mediados del siglo XVIII. Décadas antes de que se inventara la fotografía.

—Mirad, obviamente es una falsificación —dijo Ivy—. No comprendo por qué os preocupa tanto a los dos.

Tobias y yo recorriamos el pasillo de la mansión. Habían pasado dos días. Yo seguía sin poder quitarme la imagen de la cabeza. Llevaba la foto en el bolsillo de mi chaqueta.

—Un timo sería la explicación más racional, Stephen —opinó Tobias.

—Armando cree que es real —repliqué.

—Armando está como un cencerro —respondió Ivy, que ese día vestía un traje de chaqueta gris.

—Es verdad —dije, y me llevé de nuevo la mano al bolsillo. Alterar la foto no habría sido demasiado complicado. ¿Qué dificultad tenía manipular una foto, hoy en día? Prácticamente cualquier chaval podía crear falsificaciones realistas usando Photoshop.

Armando la había revisado con algunos programas avanzados, comprobando niveles y haciendo un montón de cosas que eran demasiado técnicas para que yo las entendiera, pero admitió que eso no significaba nada. Un artista con talento podía engañar a las pruebas.

Entonces ¿por qué me preocupaba tanto esa foto?

—Me huele a que alguien intenta demostrar algo —dije—. Hay muchos árboles más antiguos que el Ciprés Solitario, pero pocos tienen un emplazamiento tan peculiar. Lo que se pretende con esta fotografía es descartarla al instante por imposible, al menos por aquellos que poseen un buen conocimiento de la historia.

—Así pues, lo más probable es que sea un timo, ¿no te parece? —sugirió Ivy.

—Tal vez.

Comencé a andar en la otra dirección, mientras mis aspectos guardaban silencio. Por fin, oí la puerta cerrarse abajo. Corrí al rellano.

—¿Señor? —dijo Wilson mientras subía las escaleras.

—¡Wilson! ¿Ha llegado el correo?

Se detuvo en el rellano sosteniendo una bandeja de plata. Megan, del personal de limpieza (real, naturalmente), nos adelantó a pasos veloces y se escabulló detrás de él con la mirada gacha.

—Renunciará pronto —advirtió Ivy—. La verdad es que tendrías que intentar ser menos raro.

—Eso es mucho pedir, Ivy —murmuré mientras examinaba el correo—. Con vosotros a mi alrededor.

¡Allí estaba! Otro sobre, idéntico al primero. Lo abrí ansiosamente y saqué otra fotografía.

Esta era más borrosa. Se veía un hombre de pie ante un lavabo, con una toalla al cuello. El entorno parecía anticuado. También se trataba de una foto en blanco y negro.

Se la pasé a Tobias, que la cogió, la alzó y la examinó con los ojos entornados.

—¿Y bien? —preguntó Ivy.

—Él me resulta familiar —dije—. Es como si lo conociera.

—George Washington —reveló Tobias—. Afeitándose una mañana, según parece. Me sorprende que no lo hiciera un criado.

—Era soldado —repuse, y recuperé la foto—. Probablemente estaba acostumbrado a hacer las cosas él solito.

Pasé los dedos por la brillante instantánea. El primer daguerrotipo (las primeras fotografías) se remontaba a mediados de la década de 1830. Antes de esa fecha, nadie había logrado crear imágenes permanentes de esta naturaleza. Washington murió en 1799.

—Fijaos, obviamente se trata de una falsificación —dijo Ivy—. ¿Una foto de George Washington? ¿Acaso hemos de dar por sentado que alguien retrocedió en el tiempo y lo único que se le ocurrió hacer fue sacar una fotografía a hurtadillas de George en el cuarto de baño? Nos la están jugando, Steve.

—Tal vez —admití.

—Se parece muchísimo a él —intervino Tobias.

—Con la salvedad de que no tenemos ninguna foto suya —advirtió Ivy—. Así que no hay forma de demostrarlo. Verás, todo lo que habría que hacer es contratar a un actor que se le parezca, posar para la foto, y zas. Ni siquiera tendrían que editarla.

—Veamos qué opina Armando —dije, dándole la vuelta a la fotografía. En el dorso había un número de teléfono—. Que alguien vaya a buscar primero a Audrey.

—Podéis acercaros a Su Majestad —dijo Armando.

Estaba de pie ante su ventana, que era triangular, pues ocupaba una de las buhardillas de la mansión. Había exigido ese emplazamiento.

—¿Puedo dispararle? —me preguntó J. C. en voz baja—. Ya sabes, en un punto que no sea vital. Un pie, tal vez.

—Su Majestad ha oído eso —dijo Armando con su suave acento español; ahora nos estaba mirando muy serio—. Stephen Leeds. ¿Has cumplido la promesa que me hiciste? Debo recuperar mi trono.

—Estoy trabajando en ello, Armando —respondí, tendiéndole la fotografía—. Tenemos otra.

Armando suspiró y cogió la foto de entre mis dedos. Era un hombre alto de pelo negro que mantenía engominado hacia atrás.

—Armando benévolamente accede a considerar tu súplica.

Alzó la fotografía.

—¿Sabes, Steve? —dijo Ivy, curioseando por la habitación—. Si vas a crear alucinaciones, deberías procurar que fueran menos irritantes.

—Silencio, mujer —espetó Armando—. ¿Has considerado la petición de Su Majestad?

—No voy a casarme contigo, Armando.

—¡Serías reina!

—No tienes ningún trono. Y la última vez que lo comprobé, en México gobernaba un presidente, no un emperador.

—Los capos de la droga amenazan a mi pueblo —dijo Armando mientras examinaba la instantánea—. Pasan hambre, y están forzados a doblegarse ante los caprichos de las potencias extranjeras. Es una desgracia. En cuanto a esta fotografía, es auténtica.

Me la devolvió.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿No necesitas hacer ninguna prueba con el ordenador?

—¿Acaso no soy el experto en fotografía? ¿No has acudido a mí con una lastimosa súplica? He hablado. Es real. No hay truco. El fotógrafo, sin embargo, es un pelanas. No sabe nada del arte de su oficio. Esta foto me ofende por su absoluta naturaleza pedestre.

Nos dio la espalda y se puso a mirar de nuevo por la ventana.

—¿Puedo dispararle ahora? —insistió J. C.

—Me siento tentado a permitirte —dije yo, dándole la vuelta a la foto.

Audrey había examinado la letra del dorso, y no había podido identificarla con ninguno de los catedráticos, psicólogos y demás grupos que seguían empeñados en estudiarme.

Me encogí de hombros; luego saqué mi teléfono. El número era local. Sonó una vez antes de que descolgaran.

—¿Hola? —dije.

—¿Puedo ir a visitarlo, señor Leeds?

Una voz de mujer, con un leve acento sureño.

—¿Quién es usted?

—La persona que le ha estado enviando acertijos.

—Bueno, eso ya lo he deducido.

—¿Puedo ir a visitarlo?

—Yo... bueno, supongo. ¿Dónde está usted?

—En la puerta de su mansión.

El teléfono chasqueó. Al poco, sonó el timbre de la puerta principal.

Miré a los demás. J. C. se acercó a la ventana, pistola en mano, y echó un vistazo al camino de acceso. Armando lo observó con el ceño fruncido.

Ivy y yo salimos de las habitaciones de Armando y nos dirigimos a la escalera.

—¿Vas armado? —preguntó J. C., corriendo para unirse a nosotros.

—La gente normal no va por su casa con una pistola al cinto, J. C.

—Lo hacen si quieren vivir. Ve a por tu pistola.

Vacilé; luego suspiré.

—¡Hazla pasar, Wilson! —exclamé, pero regresé a mis habitaciones (las más grandes de la propiedad) y cogí el revólver de mi mesilla de noche. Me lo enfundé bajo el brazo y volví a ponerme la chaqueta. Ir armado me reconfortaba, aunque soy un tirador malísimo.

Para cuando bajé las escaleras en dirección al vestíbulo de entrada, Wilson ya había atendido la puerta. Una mujer de piel oscura, de treinta y tantos años, estaba de pie en el umbral, con un gabán negro, un traje de chaqueta y rizos cortos. Se quitó las gafas de sol y me saludó con la cabeza.

—A la sala de estar, Wilson —dije cuando llegué al rellano.

Él la condujo hasta allí y yo entré después, esperando a que J. C. e Ivy pasaran. Tobias ya estaba sentado dentro; leía un libro de historia.

—¿Limonada? —preguntó Wilson.

—No, gracias —respondí, y cerré la puerta dejando a Wilson fuera.

La mujer caminó por la sala, contemplando la decoración.

—Bonito lugar —dijo—. ¿Ha pagado todo esto con el dinero de la gente que le pide ayuda?

—La mayor parte vino del gobierno —contesté.

—En la calle se comenta que no trabaja para ellos.

—Ya no lo hago, pero antes sí. De cualquier forma, gran parte se debe a las becas. Catedráticos que querían investigarme. Empecé a cobrar sumas enormes por el privilegio, pensando que así los mantendría a raya.

—Y no lo consiguió.

—No hay nada que lo consiga —dije, haciendo una mueca—. Siéntese.

—Me quedaré de pie —dijo ella mientras examinaba mi Van Gogh—. Me llamo Monica, por cierto.

—Monica. —Saqué las dos fotografías—. Debo decir que me resulta chocante que espere que me crea su ridícula historia.

—No le he contado ninguna historia todavía.

—Lo hará —dije, arrojando las fotografías sobre la mesa—. Una historia de viajes en el tiempo y, al parecer, de un fotógrafo que no sabe usar bien el flash.

—Es usted un genio, señor Leeds —comentó ella, sin darse la vuelta—. Según algunos informes que he tenido la oportunidad de leer, usted es el hombre más listo del planeta. Si en estas fotos hubiera habido un fallo obvio, o uno no tan obvio, se habría deshecho de ellas. Ciertamente, no me habría llamado.

—Se equivocan.

—¿Equivocan...?

—Los que me llaman genio —dije, sentándome en una silla junto a Tobias—. No soy ningún genio. Soy bastante corriente.

—Me resulta difícil de creer.

—Crea lo que quiera. Pero no soy ningún genio. Mis alucinaciones lo son.

—Gracias —dijo J. C.

—Algunas de mis alucinaciones lo son —rectifiqué.

—¿Admite que las cosas que ve no son reales? —preguntó Monica, volviéndose hacia mí.

—Sí.

—Pero habla con ellas.

—No querría lastimar sus sentimientos. Además, pueden ser útiles.

—Gracias —dijo J. C.

—Algunas de ellas pueden ser útiles —rectifiqué de nuevo—. De todas formas, son el motivo por el que está usted aquí. Quiere sus mentes. Ahora, cuénteme su historia, Monica, o deje de hacerme perder el tiempo.

Ella sonrió y finalmente decidió sentarse.

—No es lo que piensa. No hay ninguna máquina del tiempo.

—¿En serio?

—No parece sorprendido.

—Viajar al pasado es muy, muy improbable —dije—. Aunque hubiera sucedido, yo no lo advertiría, ya que habría creado una rama divergente de realidad de la que no formo parte.

—A menos que esta sea esa rama de realidad divergente.

—En ese caso —continué—, viajar al pasado sigue resultando funcionalmente irrelevante para mí, ya que alguien que retrocediera en el tiempo crearía un camino divergente del que, una vez más, yo no formaría parte.

—Esa es una teoría, al menos —repuso ella—. Pero carece de importancia. Como dije, no hay ninguna máquina del tiempo. No en el sentido convencional.

—Entonces ¿las fotos son falsas? —pregunté—. Nada más comenzar, y ya me está usted aburriendo, Monica.

Ella deslizó otras tres fotografías más sobre la mesa.

—Shakespeare —dijo Tobias mientras yo las recogía una a una—. El Coloso de Rodas. Oh..., esa sí que está bien.

—¿Elvis? —pregunté.

—Aparentemente, el momento antes de su muerte —aclaró Tobias, señalando la foto del decadente icono pop sentado en su cuarto de baño, con la cabeza gacha.

J. C. hizo una mueca.

—Como si no hubiera nadie por ahí que se parezca a ese tipo.

—Son de una cámara —dijo Monica, inclinándose hacia delante— que saca fotos del pasado.

Hizo una pausa para crear expectación. J. C. bostezó.

—El problema de estas fotos —dije mientras las dejaba sobre la mesa— es que no pueden verificarse. Son instantáneas de cosas que no tienen ningún otro registro visual para probar su autenticidad, y por tanto no habría posibilidad de rebatir las pequeñas inexactitudes.

—He visto funcionar el artilugio —replicó Monica—. Se hizo una demostración en un entorno rigurosamente controlado. Nos hallábamos en una habitación estéril preparada para la ocasión, sacamos tarjetas, dibujamos en el dorso y las alzamos. Luego las quemamos. El inventor de la cámara entró en la sala e hizo fotos. Estas nos mostraron con toda precisión allí de pie, con las tarjetas y los dibujos reproducidos.

—Maravilloso —dije—. Ahora, si tuviera algún motivo para hacerlo, confiaría en su palabra.

—Puede poner a prueba el aparato usted mismo. Utilícelo para responder a cualquier pregunta de la historia que desee.

—Podríamos hacerlo si no lo hubieran robado —comentó Ivy.

—Podría hacerlo —repetí, confiando en el instinto de Ivy. Tenía madera para los interrogatorios, y a veces me soplaba cosas—. Pero han robado el aparato, ¿verdad?

Monica se reclinó en su asiento, con el ceño fruncido.

—No fue difícil de deducir, Steve —dijo Ivy—. Ella no estaría aquí si todo marchase a la perfección, y habría traído la cámara, para alardear, si quisiera de verdad hacer una demostración. Me inclinaría a pensar que está en algún tipo de laboratorio en alguna parte; demasiado valiosa para trasladarla. Pero en ese caso nos habría invitado a ir a su centro de poder, en vez de venir al nuestro.

»Está desesperada, a pesar de su aparente tranquilidad. ¿Ves cómo tamborilea con los dedos en el brazo del sillón? Fíjate además cómo intentó permanecer de pie al principio de la conversación, acechando como si quisiera demostrar su autoridad. Solo se sentó cuando se sintió incómoda por verte tan relajado.

Tobias asintió.

—«Nunca hagas de pie nada que puedas hacer sentado, ni nada sentado que puedas hacer acostado». Es un proverbio chino, que suele atribuirse a Confucio. Como es natural, no quedan textos originales de Confucio, así que casi todo lo que le atribuimos son conjeturas, en mayor o menor medida. Irónicamente, una de las cosas de las que sí estamos seguros es de que enseñó la Regla de Oro, y esa cita a menudo se le atribuye por error a Jesús de Nazaret, que expresó el mismo concepto de manera distinta...

Lo dejé hablar, y las inflexiones de su pausada voz me barrieron como olas. Lo que estaba diciendo no era importante.

—Sí —dijo Monica por fin—. Robaron el aparato. Y por eso estoy aquí.

—Entonces tenemos un problema —repliqué—. El único modo de demostrarme que esas fotos son auténticas sería disponer del aparato. Y no puedo disponer del aparato sin hacer antes el trabajo que quiere usted que haga... Lo que significa que podría llegar fácilmente al final de todo esto y descubrir que me ha estado engañando.

Dejó caer una fotografía más sobre la mesa. Una mujer con gafas de sol y gabardina, esperando en una estación de tren. Habían tomado la foto desde un lado mientras ella observaba un monitor en lo alto.

Sandra.

—Oh, oh —soltó J. C.

—¿De dónde ha sacado esto? —exigí poniéndome en pie.

—Ya le he dicho...

—¡Se acabaron los juegos! —Di un manotazo sobre la mesita—. ¿Dónde está ella? ¿Qué sabe usted?

Monica se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos. La gente no sabe tratar a los esquizofrénicos. Han leído historias, han visto películas. Les hacemos sentir miedo, aunque estadísticamente no es más probable que cometamos crímenes violentos que la gente corriente.

Por supuesto, varias personas que han escrito artículos sobre mí afirman que no soy esquizofrénico. La mitad piensa que me estoy inventando todo esto. La otra mitad piensa que tengo algo diferente, algo nuevo. Tenga lo que tenga, funcione como funcione mi cerebro, solo una persona pareció entenderme. Y era la persona de la fotografía que Monica acababa de dejar encima de la mesa.

Sandra. En cierto modo, ella había empezado todo esto.

—No fue difícil conseguir esa foto —dijo Monica—. Cuando usted concedía entrevistas, hablaba de ella. Obviamente, confiaba en que alguien leyera la entrevista y le diera información sobre ella. Tal vez esperaba que ella viera lo que tenía que decir, y volviera junto a usted...

Me obligué a sentarme de nuevo.

—Usted sabía que fue a la estación de tren —continuó Monica—. Y a qué hora. Lo que no sabía es qué tren tomó. Empezamos a sacar fotos hasta que la encontramos.

—Debía de haber una docena de mujeres en esa estación con pelo rubio y un físico parecido —dije.

Nadie sabía realmente quién era. Ni siquiera yo.

Monica extrajo un puñado de fotos, unas veinte. Todas de mujeres.

—Pensamos que una que llevara gafas de sol en interiores era la opción más probable, pero sacamos fotos de todas las mujeres que tenían más

o menos la edad adecuada y se hallaban en la estación de tren ese día. Por si acaso.

Ivy apoyó una mano sobre mi hombro.

—Tranquilo, Stephen —dijo Tobias—. Un timón fuerte guía la nave incluso en la tormenta.

Tomé aire y resoplé.

—¿Puedo pegarle un tiro a esta mujer? —preguntó J. C.

Ivy puso los ojos en blanco.

—Recuérdame por qué dejamos que nos acompañe.

—Por mi buena planta —dijo J. C.

—Escucha —continuó diciéndome Ivy—. Monica ha debilitado su propia historia. Afirma que ha venido a verte solo porque robaron la cámara... Pero ¿cómo consiguió fotos de Sandra sin la cámara?

Asentí, despejando mi cabeza (con dificultad), y repetí eso mismo a Monica.

Ella sonrió astutamente.

—Lo teníamos en mente para otro proyecto. Pensamos que disponer de estas fotos sería... conveniente.

—¡Maldición! —exclamó Ivy, y se plantó justo delante de la cara de Monica, concentrándose en sus pupilas—. Creo que ahora puede estar diciendo la verdad.

Miré la fotografía. Sandra. Ya habían pasado casi diez años. Todavía dolía pensar en cómo me había dejado. Lo había hecho después de enseñarme cómo utilizar las habilidades de mi mente. Pasé los dedos por encima de la foto.

—Tenemos que hacerlo —dijo J. C.—. Tenemos que investigar esto, flacucho.

—Si hay una posibilidad... —asintió Tobias.

—Puede que la cámara la robara alguien de dentro —aventuró Ivy—. En trabajos como este suele ocurrir.

—Uno de los suyos se la llevó, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —contestó Monica—. Pero no tenemos ni idea de adónde ha ido. Hemos gastado decenas de miles de dólares estos últimos cuatro días tratando de localizarlo. Yo siempre lo propuse a usted. Otras... facciones dentro de nuestra compañía estaban en contra de recurrir a alguien a quien consideran inestable.

—Lo haré —dije.

—Excelente. ¿Quiere que lo lleve a nuestro laboratorio?

—No. Lléveme a la casa del ladrón.

—El señor Balubal Razon —dijo Tobias, leyendo la hoja de datos mientras subíamos. Yo la había escaneado de camino en el coche, pero había estado demasiado sumido en mis pensamientos para prestarle mucha atención—. De etnia filipina, pero estadounidense de segunda generación. Doctor en física por la Universidad de Maine. Sin honores especiales. Vive solo.

Llegamos a la séptima planta del edificio de apartamentos. Monica resoplaba. Caminaba demasiado cerca de J. C., cosa que a él le hacía rezongar.

—Debería añadir —dijo Tobias, bajando la hoja— que Stan me informa de que la lluvia ha escampado antes de alcanzarnos. A partir de ahora solo tendremos tiempo soleado.

—Gracias a Dios —dije, volviéndome hacia la puerta, donde montaban guardia dos hombres con traje negro—. ¿Suyos? —le pregunté a Monica, señalándolos.

—Sí —respondió ella. Se había pasado todo el trayecto al teléfono con uno de sus superiores.

Monica sacó la llave del apartamento y la insertó en la cerradura. El lugar era un completo desastre. Cajas de comida china amontonadas en el alféizar de la ventana, como si fueran maceteros dispuestos para la cosecha del año que viene de la cadena de restaurantes del General Tso. Había libros apilados por todas partes, y las paredes estaban repletas de fotografías. No eran imágenes de viajes, solo las típicas que haría un pirado de la fotografía.

Tuvimos que entrar de lado para franquear la puerta y abrírnos paso entre las montañas de libros. Dentro apenas cabíamos todos.

—Espere fuera, por favor, Monica —dije—. Aquí estamos muy justos.

—¿Justos? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Sigue usted caminando a través de J. C. —aclaré—. A él le molesta mucho. Odia que le recuerden que es una alucinación.

—No soy una alucinación —replicó J. C.—. Utilizo equipo de invisibilidad de última generación.

Monica me miró durante un instante, se acercó luego a la puerta y se detuvo entre los dos guardias; tenía las manos en las caderas mientras nos observaba.

—Muy bien, chicos —dije—. Adelante.

—Bonitos cerrojos —observó J. C., agitando una de las cadenas de la puerta—. Madera maciza, tres candados. A menos que me equivoque...

Señaló lo que parecía ser un buzón montado en la pared junto a la puerta.

Lo abrí. Había una pistola dentro, inmaculada.

—Ruger Bisley, convertida a calibre grande —dijo J. C. con un gruñido.

Abrí el tambor y saqué una de las balas.

—Munición Linebaugh del cincuenta —continuó—. Es un arma para un hombre que sabe lo que se hace.

—Pero la ha dejado aquí —intervino Ivy—. ¿Tenía demasiada prisa?

—No —respondió J. C.—. Era su arma para la puerta. Tenía una distinta para uso regular.

—Arma para la puerta —repitió Ivy—. ¿Estas cosas os ponen, de verdad?

—Necesitas algo con buena capacidad de penetración —dijo J. C.—, que pueda atravesar la madera cuando haya alguien intentando forzar tu puerta. Pero el retroceso de esta arma te lastimará la mano después de unos cuantos disparos. Debe de llevar consigo una de calibre más pequeño.

J. C. inspeccionó el arma.

—Pero nunca ha sido disparada. Hum... Existe la posibilidad de que alguien se la diera. Quizá acudió a un amigo, y le preguntó cómo podía protegerse... Un verdadero soldado conoce cada arma que posee por haberla disparado repetidas veces. Ningún revólver dispara a la perfección. Cada uno tiene su personalidad.

—Es un erudito —dijo Tobias, arrodillándose junto a las pilas de libros—. Historiador.

—Pareces sorprendido —señalé—. Tiene un doctorado. Cabe esperar que sea listo.

—Es doctor en ciencias físicas, Stephen —dijo Tobias—. Pero aquí hay algunos libros de historia y teología muy sesudos. Lectura profunda. Es difícil ver a un erudito muy versado en más de un tema. No me extraña que lleve una vida solitaria.

—Rosarios —intervino Ivy; recogió uno de encima de una montaña de libros y lo examinó—. Gastado, usado con frecuencia. Abre uno de esos libros.

Tomé uno del suelo.

—No, ese. *El espejismo de Dios*.

—¿Richard Dawkins? —pregunté mientras lo hojeaba.

—Un ateo reconocido —dijo Ivy, mirando por encima de mi hombro—. Está anotado con contrarréplicas.

—Un católico devoto en un mar de científicos profanos —dijo Tobias—. Sí... muchas de estas obras son religiosas o tienen connotaciones religiosas. Tomás de Aquino, Daniel W. Hardy, Francis Schaeffer, Pietro Alagona...

—Aquí está su tarjeta de identificación del trabajo —indicó Ivy, señalando algo que colgaba de la pared. Ponía, en letras grandes: LABORATORIOS AZARI. La compañía de Monica.

—Avisa a Monica —dijo Ivy—. Repite lo que te diga.

—Eh, Monica —la llamé.

—¿Puedo entrar ya?

—Depende —respondí, repitiendo las palabras que me susurraba Ivy—. ¿Va a decirme la verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre Razon inventando la cámara por su cuenta y llevándosela de Azari solo después de tener un prototipo en funcionamiento.

Monica me miró entornando los ojos.

—La tarjeta de identificación es demasiado nueva —proseguí—. No está gastada ni rayada por el uso o por haberla tenido metida en el bolsillo. Su foto de carnet no debe de tener más de dos meses, a juzgar por la barba incipiente que se está dejando en esta y que sin embargo no vemos en la fotografía de la repisa donde él aparece en Mount Vernon.

»Es más, este no es el apartamento de un ingeniero bien pagado. ¿Con un ascensor averiado? ¿En el barrio nordeste de la ciudad? No solo es una zona fea, sino que está demasiado lejos de sus oficinas. Él no robó su cámara, Monica... aunque me inclino a pensar que ustedes intentan robársela a él. ¿Por eso huyó?

—No vino a nosotros con ningún prototipo —respondió Monica—. No que funcionara, al menos. Trajo una foto, la de Washington, y un montón de promesas. Necesitaba dinero para lograr una máquina operativa y estable. Al parecer, la que había creado funcionó durante unos cuantos días, y luego dejó de hacerlo.

»Le suministramos fondos durante dieciocho meses con un pase de acceso restringido a los laboratorios. Recibió una identificación oficial cuando por fin consiguió que la maldita cámara funcionara. Y entonces nos la robó. El contrato que firmó estipulaba que todo el equipo debía permanecer en nuestros laboratorios. Nos utilizó a conveniencia como fuente de financiación, y luego se largó en cuanto se hizo con el premio... borrando todos sus datos y destruyendo los demás prototipos.

—¿Es eso verdad? —le pregunté a Ivy.

—No puedo decirlo. Lo siento. Si pudiera oír un latido... Tal vez podrías acercar la cabeza a su pecho.

—Estoy seguro de que a ella le encantaría —dije.

J. C. sonrió.

—A mí me encantaría, desde luego.

—Oh, por favor —protestó Ivy—. Solo tienes que mirar dentro de su chaqueta y averiguar qué tipo de arma lleva.

—Beretta M9 —dijo J. C.—. Ya lo he comprobado.

Ivy me dirigió una mirada de reproche.

—¿Qué? —dije, tratando de hacerme el inocente—. Es él quien lo ha dicho.

—Flacucho —intervino J. C.—, la M9 es aburrida, pero efectiva. La forma como se comporta indica que sabe manejar un arma. ¿Todos esos jadeos cuando subíamos la escalera? Fingidos. Está en forma. Intenta

hacernos creer que es una especie de directora o burócrata de los laboratorios, pero obviamente se dedica al área de seguridad.

—Gracias —le dije.

—Es usted un hombre muy extraño —repuso Monica.

Me concentré en ella. Monica, naturalmente, solo escuchaba mis partes de la conversación.

—Creí que había leído mis entrevistas.

—Así es. No le hacen justicia. Lo imaginaba como una especie de brillante tramoyista entrando y saliendo de distintas personalidades.

—Eso es un trastorno de identidad disociativo —le dije—. Es diferente.

—¡Muy bien! —intervino Ivy.

Ella me había estado instruyendo sobre trastornos psicológicos.

—Da igual —continuó Monica—. Supongo que tan solo estoy sorprendida al descubrir lo que es realmente.

—¿Y qué soy?

—Un intermediario —respondió con aspecto preocupado—. De cualquier manera, la cuestión sigue estando en pie. ¿Dónde está Razon?

—Depende —dije—. ¿Necesita estar en algún lugar concreto para usar la cámara? Quiero decir, ¿tuvo que ir a Mount Vernon para sacar una fotografía de ese lugar en el pasado, o puede de algún modo programar la cámara para que tome fotos allí?

—Tiene que ir al lugar —respondió Monica—. La cámara retrocede en el tiempo exactamente en el sitio donde uno está.

Había problemas con eso, pero los dejé correr por el momento. Razon. ¿Adónde habrá ido? Observé a J. C., que se encogió de hombros.

—¿Lo miras primero a él? —dijo Ivy con tono neutro—. Anda que...

La miré entonces a ella, y se ruborizó.

—Yo... En realidad tampoco tengo nada.

A J. C. le entró la risa.

Tobias se levantó, lento y pesado, como una lejana formación de nubes que se alza en el cielo.

—Jerusalén —dijo en voz baja, apoyando sus dedos en un libro—. Ha ido a Jerusalén.

Todos lo miramos. Bueno, todos los que podíamos.

—¿Dónde si no iría un creyente, Stephen? —preguntó Tobias—. ¿Después de años de discusiones con sus colegas, años de que lo considerasen un necio por su fe? No ha sido otra cosa todo este tiempo, por eso desarrolló la cámara. Ha ido a encontrar la respuesta a una pregunta. Para nosotros, para sí mismo. Una pregunta que lleva formulándose desde hace dos mil años.

»Ha ido a sacar una foto de Jesús de Nazaret, llamado Cristo por sus seguidores, después de su resurrección.

Pedí cinco asientos en primera clase. Esto no les hizo gracia a los jefes de Monica, muchos de los cuales no sentían ningún aprecio hacia mí. Conocí a uno en el aeropuerto, un tal señor Davenport. Olía a humo de pipa, e Ivy criticó su mal gusto con el calzado. Me lo pensé mejor y no le pregunté si podíamos usar el jet de la empresa.

Ahora estábamos sentados en la cabina de primera clase del avión. Yo hojeaba perezosamente un grueso libro en la bandeja plegable de mi asiento. Detrás de mí, J. C. alardeaba ante Tobias del arma que había conseguido burlar a los de seguridad.

Ivy dormitaba junto a la ventanilla, con un asiento vacío al lado. Monica estaba sentada junto a mí, contemplando el espacio desocupado.

—Entonces ¿Ivy está junto a la ventanilla?

—Sí —contesté, pasando una página.

—Tobias y el marine están detrás de nosotros.

—J. C. es SEAL de la Marina. Sería capaz de pegarle un tiro por cometer ese error.

—¿Y el otro asiento? —preguntó ella.

—Vacío —aclaré, pasando otra página.

Ella esperó una explicación. No ofrecí ninguna.

—Así pues, ¿qué van a hacer con esa cámara? —pregunté—. Dando por hecho que es real, cosa de la que no estoy convencido todavía.

—Hay cientos de aplicaciones —dijo Monica—. Para hacer cumplir la ley... Espionaje... Crear una versión auténtica de los acontecimientos

históricos... Ver la formación original del planeta para investigaciones científicas...

—Destruir antiguas religiones...

Ella me miró enarcando una ceja.

—Entonces ¿es usted un hombre religioso, señor Leeds?

—Parte de mí lo es.

Era la pura verdad.

—Bueno —dijo ella—. Asumamos que el cristianismo es una farsa. O tal vez un movimiento iniciado por gente bienintencionada pero que ha crecido más allá de todo control. ¿No sería bueno descubrirlo?

—No es una discusión para la que yo esté preparado —repliqué—. Necesita a Tobias. El filósofo es él. Como es natural, creo que ahora está dormido.

—En realidad, Stephen —intervino Tobias, asomándose entre nuestros dos asientos—, siento bastante curiosidad respecto a esta conversación. Stan está supervisando nuestro vuelo, por cierto. Dice que tal vez tengamos un tiempo movidito más adelante.

—Está usted mirando algo —dijo Monica.

—Estoy mirando a Tobias —respondí—. Quiere seguir hablando del tema.

—¿Puedo hablar con él?

—Supongo que puede, a través de mí. Pero se lo advierto: no le haga caso a nada de lo que diga de Stan.

—¿Quién es Stan? —preguntó Monica.

—Un astronauta al que Tobias escucha; se supone que está orbitando el planeta en un satélite. —Pasé una página—. Stan es prácticamente inofensivo. Nos proporciona previsiones meteorológicas, ese tipo de cosas.

—Yo... comprendo —dijo ella—. ¿Stan es otro de sus amigos especiales?

Me eché a reír.

—No. Stan no es real.

—Creí que había dicho que ninguno de ellos lo era.

—Bueno, sí. Son alucinaciones mías. Pero Stan es algo especial. Solo Tobias lo oye. Tobias es esquizofrénico.

Ella parpadeó sorprendida.

—Su alucinación...

—¿Sí?

—Su alucinación tiene alucinaciones.

—Sí.

Ella se recostó en su asiento, con aspecto preocupado.

—Todos tienen sus cosillas —dijo Tobias—. Ivy es tripofóbica, aunque casi siempre lo mantiene bajo control. Pero no la moleste. Armando es megalómano. Adoline sufre trastorno obsesivo-compulsivo.

—Por favor, Stephen —dijo Tobias—. Hazle saber que considero que Razon es un hombre muy valiente.

Repetí las palabras.

—¿Y eso por qué? —preguntó Monica.

—Ser a la vez científico y religioso supone crear una tregua incómoda en la mente de un hombre —respondió Tobias—. El sentido de la ciencia es aceptar solamente la verdad que puede ser demostrada. El sentido de la fe es definir que la verdad, en su núcleo, es indemostrable. Razon es un hombre valiente por lo que está haciendo. No importa lo que descubra; una de las dos cosas que tiene en tanta estima acabará patas arriba.

—Podría ser un fanático —sugirió Monica—. Avanzar ciegamente hacia delante, tratando de encontrar una validación final de que siempre ha tenido razón.

—Tal vez —dijo Tobias—. Pero el verdadero fanático no necesitaría validación ninguna. El Señor proveería su validación. No, yo veo algo más aquí. Un hombre que busca mezclar ciencia y fe; la primera persona, quizá en la historia de la humanidad, que ha hallado un modo de aplicar la ciencia a las verdades definitivas de la religión. Me parece muy noble.

Tobias se puso cómodo. Yo pasé las últimas páginas del libro mientras Monica permanecía sentada, sumida en sus pensamientos. Cuando terminé, metí el libro en el bolsillo del asiento que tenía delante.

Alguien descorrió las cortinas y pasó a primera clase desde la clase turista.

—¡Hola! —saludó una amistosa voz femenina mientras recorría el pasillo—. No he podido dejar de ver que tenían aquí un asiento libre, y pensé que quizá me permitirían sentarme.

La recién llegada era una veinteañera atractiva de cara redonda. Tenía piel india bronceada y un punto rojo oscuro en la frente. Llevaba ropas de complicado diseño, de color rojo y dorado, con una especie de chal indio sobre un hombro que la envolvía. No sé cómo se llaman.

—¿Qué es esto? —preguntó J. C.—. Eh, Ahmed. No irás a volar el avión, ¿verdad?

—Me llamo Kalyani —dijo ella—. Y, desde luego, no voy a volar nada.

—Oh —exclamó J. C.—. Qué decepción.

Luego se echó hacia atrás y cerró los ojos, o lo fingió. No dejó de mirar a Kalyani a través de un ojo entreabierto.

—¿Por qué nos lo traemos a todas partes? —preguntó Ivy, estirándose y despertando de su siesta.

—Su cabeza sigue moviéndose de un lado a otro —comentó Monica—. Siento que me estoy perdiendo conversaciones enteras.

—Así es —dije—. Monica, le presento a Kalyani. Un nuevo aspecto, y el motivo por el que necesitábamos ese asiento vacío.

Kalyani extendió la mano hacia Monica, con una amplia sonrisa en su rostro.

—No puede verte, Kalyani —le recordé.

—¡Oh, es verdad! —Kalyani se llevó las dos manos a la cara—. Lo siento, señor Steve. Soy nueva en esto.

—No pasa nada. Monica, Kalyani será nuestra intérprete en Israel.

—Soy lingüista —aclaró Kalyani, inclinando la cabeza.

—Intérprete... —dijo Monica mientras echaba un vistazo al libro que había dejado en el bolsillo del asiento delantero. Un manual de sintaxis, gramática y vocabulario hebreo—. Estaba usted aprendiendo hebreo.

—No —respondí—. He hojeado las páginas lo suficiente para invocar a un aspecto que lo habla. Soy inútil para los idiomas.

Bostecé, preguntándome si habría tiempo de vuelo suficiente para que Kalyani también captara el árabe.

—Demuéstrelo —dijo Monica.

Enarqué una ceja.

—Necesito verlo —insistió ella—. Por favor.

Con un suspiro, me volví hacia Kalyani.

—¿Cómo se dice: «Me gustaría practicar mis conocimientos de hebreo. Háblame en tu idioma»?

—Hum... «Me gustaría practicar mis conocimientos de hebreo» suena un poco raro en esa lengua. Tal vez: «Me gustaría mejorar mi hebreo».

—Claro.

—*Ani rotzeh leshapher et ha'ivrit sheli* —dijo Kalyani.

—Maldita sea, menuda parrafada —dije yo.

—¡Ese lenguaje! —exclamó Ivy.

—No es tan difícil, señor Steve. Venga, inténtelo. *Ani rotzeh leshapher et ha'ivrit sheli* .

—*Ane rote zeele shaper hap... er hav ...* —dije yo.

—Oh, cielos —se lamentó Kalyani—. Es... es horrible. Tal vez será mejor que le vaya diciendo las palabras una a una.

—Me parece bien —repuse, y llamé a una de las azafatas, la que nos había informado en hebreo sobre las medidas de seguridad antes de despegar.

Ella nos sonrió.

—¿Sí?

—Eh... —balbuceé.

—*Ani* —dijo Kalyani pacientemente.

—*Ani* —repetí.

—*Rotzeh* .

—*Rotzeh* ...

Tardé un poco en acostumbrarme, pero lo logré. La azafata incluso me felicitó. Por fortuna, traducir sus palabras al inglés fue mucho más sencillo: Kalyani me hizo de traductora simultánea.

—Oh, su acento es horrible, señor Steve —dijo Kalyani mientras la azafata se marchaba—. Me siento muy avergonzada.

—Trabajaremos en ello —contesté—. Gracias.

Kalyani me sonrió y me dio un abrazo; luego trató de darle otro a Monica, que no se dio cuenta. Por fin, la india se sentó junto a Ivy, y las dos empezaron a charlar amistosamente, lo cual resultó un alivio. Siempre me hace la vida más fácil que mis alucinaciones se lleven bien.

—Usted ya hablaba hebreo —me reprendió Monica—. Lo sabía antes de que subiéramos al avión, y se ha pasado las últimas horas refrescándolo.

—Créalo así si quiere.

—Pero no es posible —continuó ella—. Nadie puede aprender un idioma completamente nuevo en cuestión de horas.

No me molesté en corregirla y decirle que no lo había aprendido. Si lo hubiera hecho, mi acento no habría sido tan horrible, y Kalyani no habría necesitado guiarme palabra por palabra.

—Estamos en un avión persiguiendo una cámara que saca fotos del pasado —repliqué—. ¿Por qué es más difícil creer que acabo de aprender hebreo?

—Vale, de acuerdo. Fingiremos que lo ha hecho. Pero si es capaz de aprender tan rápido, ¿por qué no conoce todos los idiomas, todos los temas, todo de todo, a estas alturas?

—No hay suficientes habitaciones en mi casa para eso —dije—. La verdad, Monica, es que no quiero nada de esto. Con gusto me libraría de ello, para poder vivir una vida más sencilla. A veces pienso que todas estas alucinaciones me volverán loco.

—Entonces... ¿no está loco ya?

—Cielos, no —exclamé. La miré—. Usted no acaba de aceptarlo.

—Señor Leeds, ve gente que no está ahí. Es difícil ignorar ese hecho.

—Y sin embargo llevo una buena vida —dije—. Dígame una cosa. ¿Por qué me considera loco, y en cambio al hombre que no puede conservar

un trabajo, que engaña a su esposa, que no es capaz de controlar su temperamento... a ese lo llama cuerdo?

—Bueno, quizá no totalmente...

—Hay un montón de personas «cuerdas» que no son capaces de tenerlo todo bajo control. Su estado mental (estrés, ansiedad, frustración) se interpone en su capacidad para ser feliz. Comparado con ellos, creo que soy absolutamente estable. Aunque admito que estaría bien que me dejaran en paz. No quiero ser alguien especial.

—Y de ahí viene todo esto, ¿no? —preguntó Monica—. ¿Las alucinaciones?

—Vaya, ¿ahora es psicóloga? ¿Leyó un libro sobre mí mientras volamos? ¿Dónde está su nuevo aspecto, para que pueda estrecharle la mano?

Monica no picó el anzuelo.

—Usted crea esos delirios para poder endilgarles las cosas. Su brillantez, que considera una carga. Su responsabilidad... Tienen que arrastrarle y obligarle a ayudar a la gente. Esto le permite fingir, señor Leeds. Fingir que es usted normal. Pero ese es el verdadero delirio.

De pronto deseé que el vuelo acelerara y terminara de una vez.

—Nunca había escuchado esa teoría antes —dijo Tobias en voz baja desde atrás—. Tal vez tenga algo de razón, Stephen. Deberíamos mencionárselo a Ivy...

—¡No! —exclamé, volviéndome hacia él—. Ya ha hurgado bastante en mi mente.

Me giré. Monica tenía de nuevo esa expresión en los ojos, la expresión de una persona «cuerda» cuando trata conmigo. Es la expresión de alguien obligado a manejar dinamita inestable mientras lleva puestos unos guantes de horno. Esa expresión... duele mucho más que la enfermedad en sí.

—Dígame una cosa —dije para cambiar de tema—. ¿Cómo permitieron que Razon se escapara con la cámara?

—No es que no tomáramos precauciones —respondió Monica con tono seco—. La cámara estaba guardada a buen recaudo, pero no podíamos mantenerla completamente fuera del alcance del hombre al que le estábamos pagando para que la construyera.

—Hay algo más en todo esto —dije—. No es por ofender, Monica, pero es usted una de esas agentes sibilinas tipo corporativo. Ivy y J. C. descubrieron hace siglos que no es usted ingeniero. O bien es una

ejecutiva retorcida que tiene por cometido manejar elementos indeseables, o bien una retorcida jefa de seguridad con esa misma tarea.

—¿Qué parte de lo que ha dicho no debería ofenderme? —preguntó ella fríamente.

—¿Cómo tuvo Razon acceso a todos los prototipos? —continuó—. Sin duda copiaron ustedes el diseño sin que él lo supiera. Sin duda proporcionaron versiones de la cámara a laboratorios satélite, para que pudieran desmontarla y aprender a ensamblarla de nuevo. Me cuesta un poco creer que Razon encontró y destruyó todas esas versiones.

Ella tamborileó sobre el brazo del asiento durante unos minutos.

—Ninguna funciona —admitió por fin.

—¿Hicieron una copia exacta de los diseños?

—Sí, pero no conseguimos nada. Le preguntamos a Razon, y nos dijo que seguía habiendo errores de sistema por resolver. Siempre tenía una excusa, y después de todo, sí era verdad que tenía problemas con sus propios prototipos. Es un campo de la ciencia que nadie ha explorado antes. Somos los pioneros. Es normal que haya errores.

—Todo eso es cierto —dijo—. Pero usted no cree que se deba a ello.

—Razon le hizo algo a esas cámaras —reconoció ella—. Algo para que dejaran de funcionar cuando él no estuviera delante. Podía poner en funcionamiento cualquier prototipo, con tiempo suficiente para manipularlo. Si le dábamos el cambiao a una de nuestras copias durante la noche, él podía hacerlas funcionar. Luego la volvíamos a cambiar, y a nosotros ya no nos iba bien.

—¿Podían usar las cámaras otras personas en su presencia?

Ella asintió.

—Incluso podían utilizarlas durante un rato cuando él no estaba presente. Las cámaras dejaban siempre de funcionar después de un tiempo, y entonces teníamos que llevárselas para que las arreglara. Debe comprenderlo, señor Leeds. Solo dispusimos de unos cuantos meses en los que las cámaras funcionaron. Durante la mayor parte del tiempo que trabajó en Azari, la mayoría lo consideraban un charlatán.

—Pero usted no, supongo.

Guardó silencio.

—Sin él, sin esa cámara, su carrera no es nada —dije yo—. Usted le financió. Usted le defendió. Y entonces, cuando por fin empezó a funcionar...

—Me traicionó —susurró ella.

La expresión de sus ojos distaba de ser agradable. Se me ocurrió que si encontrábamos al señor Razon, tal vez debería dejar que J. C. se encargara de él primero. J. C. probablemente querría pegarle un tiro, pero Monica quería hacerlo pedazos.

—Bien —dijo Ivy—, menos mal que escogimos una ciudad apartada. Si tuviéramos que encontrar a Razon en un gran centro urbano (hogar de las tres grandes religiones mundiales, uno de los destinos turísticos más populares del planeta), sería una tarea realmente difícil.

Sonreí mientras salíamos del aeropuerto. Uno de los dos matones de Monica fue a localizar los coches que la compañía nos había reservado.

Mi sonrisa era poco más que una leve hendidura en la comisura de mis labios. No había podido estudiar mucho árabe durante la segunda mitad del vuelo. Me había pasado el rato pensando en Sandra. Lo cual nunca resultaba productivo.

Ivy me observó con ojos preocupados. Podía ser maternal a veces. Kalyani se acercó a escuchar a unas personas que hablaban en hebreo.

—Ah, Israel —dijo J. C., aproximándose a nosotros—. Siempre he querido venir aquí, solo para ver si podía burlar su seguridad. Son los mejores del mundo, ya sabéis.

Llevaba a la espalda una mochila negra que no reconocí.

—¿Qué es eso?

—Una carabina M4A1 —respondió J. C.—. Con una mira de combate avanzada y un lanzagranadas M203.

—Pero...

—Tengo contactos aquí —explicó en voz baja—. SEAL una vez, SEAL para siempre.

Los coches llegaron, aunque los conductores parecían extrañados de que cuatro personas insistieran en usar dos vehículos. Al final resultó que apenas cupimos todos. Yo subí al segundo, con Monica, Tobias e Ivy, que se sentó entre Monica y yo en la parte de atrás.

—¿Quieres hablar del tema? —preguntó Ivy en voz baja mientras se abrochaba el cinturón.

—No creo que vayamos a encontrarla, ni siquiera con esto —respondí—. Sandra es buena evitando llamar la atención, y la pista está demasiado fría ya.

Monica me miró, con una pregunta en los labios; obviamente pensaba que le estaba hablando a ella. La pregunta murió cuando recordó a quién acompañaba.

—Puede que hubiera un buen motivo para que se marchara, ya sabes —dijo Ivy—. No conocemos la historia completa.

—¿Un buen motivo? ¿Uno que explique por qué, en diez años, no haya contactado nunca con nosotros?

—Es posible —afirmó Ivy.

No dije nada.

—No irás a empezar a perdernos, ¿verdad? —preguntó Ivy—. A hacer desaparecer aspectos. A cambiarlos.

«A convertirnos en pesadillas». No tuvo que añadir esa última parte.

—Eso no volverá a suceder —respondí—. Ahora tengo el control.

Ivy seguía echando de menos a Justin e Ignacio. Sinceramente, yo también.

—Y... esta caza de Sandra —dijo Ivy—. ¿Es solo por el cariño que le tienes, o es por algo más?

—¿Por qué más podría ser?

—Ella fue la que te enseñó a controlar tu mente. —Ivy apartó la mirada—. No me digas que nunca te lo has preguntado. Puede que tenga más secretos. Una... cura, tal vez.

—No seas estúpida —repliqué—. Me gustan las cosas tal como están.

Ivy no respondió, aunque pude ver a Tobias observándome por el espejo retrovisor del coche. Me estaba estudiando. Juzgando mi sinceridad.

Honestamente, yo también la juzgaba.

Lo que siguió fue un largo trayecto hasta la ciudad, ya que el aeropuerto está bastante apartado. A continuación, un frenético recorrido por las calles de una ciudad antigua, aunque moderna. No pasó nada de particular, excepto que estuvimos a punto de atropellar a un tipo que vendía aceitunas. Al llegar a nuestro destino, bajamos de los coches y nos internamos en un mar de turistas charlatanes y peregrinos piadosos.

El edificio cuadrado que apareció ante nosotros tenía una fachada sencilla y antigua con dos grandes ventanales en forma de arco en el muro.

—La iglesia del Santo Sepulcro —dijo Tobias—. Considerado, según la tradición, el lugar de la crucifixión de Jesús de Nazaret, la estructura

también comprende uno de los emplazamientos tradicionales de su tumba. Esta maravillosa estructura fueron originalmente dos edificios, contruidos en el siglo IV por orden de Constantino el Grande. Sustituyó a un templo de Afrodita que había ocupado el mismo lugar durante aproximadamente doscientos años.

—Gracias, Wikipedia —gruñó J. C., echándose al hombro su rifle de asalto. Se había puesto el uniforme de combate.

—Que la tradición sea correcta —continuó Tobias tranquilamente, las manos a la espalda—, y que este sea el emplazamiento real de los hechos históricos, es objeto de cierta controversia. Aunque la tradición cuenta con muchas explicaciones convenientes para las anomalías (como argumentar que el templo de Afrodita fue construido aquí para contrarrestar los primeros cultos cristianos), se ha demostrado que esta iglesia sigue la forma de la pagana en zonas clave. Además, el hecho de que la iglesia esté dentro de las murallas de la ciudad es un excelente argumento en contra, ya que la tumba de Jesús habría estado en las afueras.

—No nos importa que sea auténtica o no —dije, adelantándome a Tobias—. Razon habría venido aquí. Es uno de los lugares más obvios, si no el que más, para empezar a buscar. Monica, un momentito, por favor.

Ella se detuvo a mi lado. Sus guardaespaldas fueron a comprobar si necesitábamos tíquets para entrar. Allí la seguridad parecía muy férrea, pero, claro, la iglesia está situada en la parte occidental, y últimamente se habían producido un par de amenazas terroristas.

—¿Qué es lo que quiere? —me preguntó Monica.

—¿La cámara reproduce las fotos al instante? —inquirí—. ¿Tiene pantalla digital?

—No. Hace fotos solo en película. Formato medio, nada digital. Razon insistió en que fuera así.

—Ahora una pregunta más difícil. Es consciente de los problemas que acarrea una cámara que saca fotos del lugar donde estás, solo que más atrás en el tiempo, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Solo esto: el emplazamiento donde nos encontramos ahora no es el mismo que el de hace dos mil años. El planeta se mueve. Uno de los problemas teóricos del viaje en el tiempo es que si retrocedes cien años hasta el punto exacto donde estamos ahora, es probable que te encuentres en el espacio exterior. Aunque tuvieras una suerte extraordinaria y el planeta estuviera en el mismo lugar exacto en su

órbita, la rotación de la Tierra implicaría aparecer en otro lugar de su superficie. O bajo su superficie, o a docenas de metros de altura.

—Eso es ridículo.

—Es ciencia —repliqué, mirando la fachada de la iglesia. «Lo que estamos haciendo aquí sí es ridículo».

Y sin embargo...

—Todo lo que sé —dijo ella— es que Razon tenía que ir al sitio para sacar fotos.

—Muy bien. Una pregunta más. ¿Cómo es? ¿Su personalidad?

—Áspera —respondió de inmediato—. Discutidora. Y muy celoso de su equipo. Estoy segura de que el motivo por el que se escapó con la cámara fue, en parte, porque nos había convencido repetidamente de que era obsesivo-compulsivo con sus cosas, así que le dimos demasiada rienda suelta.

Por fin, nuestro grupo logró entrar en la iglesia. El aire sofocante traía los sonidos de los turistas que hablaban entre susurros y de los pies al caminar sobre las piedras. Seguía siendo un lugar de culto activo.

—Algo se nos escapa, Steve —dijo Ivy a mi espalda—. Estamos pasando por alto una parte importante del rompecabezas.

—¿Alguna idea? —pregunté mientras examinaba los sobrecargados adornos del interior del templo.

—Estoy trabajando en ello.

—Un momento —intervino J. C., que nos había alcanzado—. Ivy, ¿crees que nos falta algo, pero no sabes qué es, y no tienes ni idea de qué puede tratarse?

—Básicamente, sí —respondió Ivy.

—Eh, flacucho —dijo J. C.—. Creo que me falta un millón de dólares, pero no sé por qué, ni tengo ni idea de cómo podría haberlos ganado. Pero estoy seguro de que me faltan. Así que si pudieras hacer algo al respecto...

—Eres un payaso —le espetó Ivy.

—Eso, eso que dije —continuó J. C.—, era una metáfora.

—No —dijo ella—, era una prueba lógica.

—¿Cómo?

—Una prueba que pretendía demostrar que eres un idiota. ¡Oh! ¿Sabes qué? ¡La prueba fue un éxito! *Quod erat demonstrandum*. Podemos decir con exactitud, sin equivocarnos, que en efecto eres un idiota.

Los dos se alejaron, inmersos con su discusión. Sacudí la cabeza y seguí internándome en la iglesia. El lugar donde supuestamente había tenido lugar la crucifixión estaba delimitado por una capilla dorada, repleta de turistas y devotos. Me crucé de brazos, disgustado. Muchos de los turistas sacaban fotos.

—¿Qué? —me preguntó Monica.

—Esperaba que estuviera prohibido hacer fotos con flash —respondí—. En la mayoría de los sitios como este es así.

Si Razon hubiera intentado emplear su cámara, habría sido más que probable que alguien lo hubiera visto.

Tal vez estuviera prohibido, pero a los guardias de seguridad que andaban por allí cerca no parecía importarles lo que hiciera la gente.

—Empezaremos a buscar —dijo Monica, haciendo un breve gesto a sus hombres.

Los tres avanzaron mezclándose con la multitud, siguiendo nuestro plan endeble... que consistía en encontrar a Razon en uno de los sitios sagrados en los que se recordara haberlo visto.

Aguardé, y entonces advertí que un par de guardias de seguridad charlaban en hebreo. Uno saludó al otro, al parecer porque había acabado su turno, y empezó a retirarse.

—Kalyani —dije—. Conmigo.

—Por supuesto, por supuesto, señor Steve.

Se reunió conmigo en un santiamén mientras nos acercábamos al guardia que se marchaba.

Este me dirigió una mirada cansada.

—Hola —dije en hebreo con ayuda de Kalyani. Había murmurado primero entre dientes lo que quería decir, para que ella pudiera traducirme—. ¡Pido disculpas por mi espantoso hebreo!

Él se detuvo, luego sonrió.

—No es tan malo.

—Es horrible.

—¿Es usted judío? —aventuró—. ¿De Estados Unidos?

—Lo cierto es que no soy judío, pero sí soy estadounidense. Es que considero que hay que intentar aprender el idioma del país que uno visita.

El guardia sonrió. Parecía un tipo amigable; naturalmente, la mayoría de las personas lo eran. Y les gustaba ver a los extranjeros tratando de hablar su propio idioma. Charlamos un poco más mientras caminábamos, y descubrí que en efecto había terminado su turno de trabajo. Alguien iba a venir a recogerlo, pero no pareció importarle seguir conversando conmigo mientras esperaba. Traté de hacer que pareciera obvio que quería practicar el hebreo hablando con un nativo.

Se llamaba Moshe, y trabajaba en ese mismo turno casi todos los días. Su trabajo consistía en permanecer atento para que la gente no hiciera estupideces, y en caso contrario, detenerlos... aunque confiaba en que su deber más importante era asegurarse de que no se produjera ningún atentado terrorista en aquel templo. Se trataba de seguridad extra, no personal habitual, contratado durante las vacaciones, que era cuando el gobierno temía más la violencia y quería una presencia más visible en los lugares turísticos. Esa iglesia, después de todo, se hallaba en territorio en disputa.

Unos minutos más tarde, empecé a dirigir la conversación hacia Razon.

—Estoy seguro de que tiene que ver usted cosas interesantes —dije—. Antes de venir aquí, estuvimos en la Tumba del Jardín. Allí había un asiático pirado gritándole a todo el mundo.

—¿Ah, sí? —preguntó Moshe.

—Sí. Estoy convencido de que era estadounidense, por su acento, pero sus rasgos eran asiáticos. Tenía una cámara enorme plantada en un trípode, como si fuera la persona más importante del lugar, y nadie más mereciera hacer fotos. Se puso a discutir con un guardia que no quería que utilizara el flash.

Moshe soltó una carcajada.

—Estuvo aquí también.

Kalyani se rio por lo bajo después de traducir eso.

—Oh, es usted bueno, señor Steve.

—¿De veras? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

—Pues claro —dijo Moshe—. Debe de ser el mismo tipo. Estuvo aquí... hum, hace dos días. No dejaba de maldecir a todo el mundo que lo empujaba, trató de sobornarme para que los echara a todos y le dejara el espacio libre. La cuestión es que cuando empezó a sacar fotos, no le importó si alguien se ponía delante. ¡E hizo fotos por toda la iglesia, incluso fuera, enfocando a los sitios más raros!

—Un verdadero lunático, ¿eh?

—Sí —dijo el guardia, riendo—. Veo a turistas como él constantemente. Llevan grandes cámaras sofisticadas por las que han pagado una cantidad absurda, pero no tienen ni idea de fotografía. Ese tipo no sabía cómo desconectar su flash, ¿sabe? Lo usaba en todas las fotos... ¡incluso al sol, y en el altar de allí, con todas las luces encendidas!

Me reí.

—¡Lo sé! —dijo—. ¡Estadounidenses! —Entonces vaciló—. Oh, vaya, no pretendía ofenderle.

—No se preocupe —dije, y repetí inmediatamente la respuesta de Kalyani—: Soy de la India.

Él vaciló, luego me miró con la cabeza ladeada.

—¡Oh! —exclamó Kalyani—. ¡Oh, lo siento, señor Steve! Ha sido sin pensar.

—No importa.

El guardia se echó a reír.

—¡Habla bien el hebrero, pero creo que eso no significa lo que usted supone!

Me reí también, y advertí que una mujer se dirigía hacia él, saludando. Le di las gracias por la charla y, a continuación, seguí inspeccionando un poco más la iglesia. Monica y sus matones acabaron por encontrarme; uno de ellos guardaba unas fotos de Razon.

—Aquí no lo ha visto nadie, Leeds —dijo ella—. Estamos en una vía muerta.

—¿Ah, sí? —pregunté mientras me dirigía a la salida.

Tobias se unió a nosotros, con las manos a la espalda.

—Qué maravilla, Stephen —dijo, y señaló con la cabeza un guardia armado en la puerta—. Jerusalén, una ciudad cuyo nombre significa literalmente «paz». Está lleno de islas de serenidad como esta, que ha contemplado la solemne adoración de los hombres desde hace más tiempo de lo que existen la mayoría de los países. Sin embargo, aquí la violencia no está más que a unos pocos pasos de distancia...

Violencia...

—Monica —dije, frunciendo el ceño—. Me comentó que habían buscado a Razon por su cuenta, antes de acudir a mí. ¿Comprobó si había tomado algún avión para salir de Estados Unidos?

—Sí. Tenemos contactos con Seguridad Nacional. Nadie con el nombre de Razon abandonó el país en avión, pero no es difícil conseguir identidades falsas.

—¿Podría un pasaporte falso permitirte entrar en Israel? ¿Uno de los países más seguros del planeta?

Ella frunció el ceño.

—No había pensado en eso.

—Parece arriesgado —comenté.

—Bueno, este es un buen momento para sacar ese tema, Leeds. ¿Me está diciendo que, después de todo, Razon no está aquí? Hemos desperdiciado...

—Oh, está aquí —dije, con aire ausente—. Encontré a un guardia que ha hablado con él. Razon sacó fotos de todo este lugar.

—Ninguna persona con la que hemos hablado lo ha visto.

—Los guardias y los sacerdotes de este templo ven a miles de visitantes al día, Monica. No se les puede enseñar una fotografía y esperar que se acuerden. Hay que centrarse en un detalle fácil de recordar.

—Pero...

—Calle un momento —dije, alzando una mano. «Entró en el país. Un ingeniero de aspecto pusilánime con un equipo extremadamente valioso, usando un pasaporte falso. Tenía un arma en su apartamento, pero no la había disparado nunca. ¿Cómo la consiguió?»

Idiota.

—¿Puede averiguar cuándo compró Razon esa arma? —le pregunté a Monica—. Las leyes federales sobre armas deberían permitir rastrearlo, ¿verdad?

—Claro. Lo investigaré cuando lleguemos al hotel.

—Hágalo ahora.

—¿Ahora? ¿Se da cuenta de qué hora es en Es...?

—Hágalo igualmente. Despierte a su gente. Consiga las respuestas.

Ella me miró furiosa, pero se apartó e hizo varias llamadas de teléfono. El tono de algunas de ellas fue airado.

—Tendríamos que habernos percatado antes —dijo Tobias, sacudiendo la cabeza.

—Lo sé.

Al cabo de un rato, Monica regresó, cerrando su teléfono.

—No hay ningún registro de que Razon haya comprado jamás un arma. La de su apartamento no está registrada en ninguna parte.

Él contaba con ayuda. Naturalmente. Llevaba años planeando esto, y tenía acceso a todas aquellas fotos para utilizarlas como prueba de que decía la verdad.

Había encontrado un comodín. Alguien que lo protegía, que le había dado aquel revólver y una identidad falsa. Alguien que lo había ayudado a entrar en Israel.

¿A quién había acudido? ¿Quién lo estaba ayudando?

—Ivy, necesitamos... —Me callé—. ¿Dónde está Ivy?

—Ni idea —dijo Tobias.

Kalyani se encogió de hombros.

—¿Ha perdido a una de sus alucinaciones? —preguntó Monica.

—Sí.

—Bueno, vuelva a invocarla.

—No funciona de esa forma —repliqué, y me puse a buscar por la iglesia. Los sacerdotes me miraron con cara rara hasta que por fin me asomé a una capilla y me paré en seco.

J. C. e Ivy dejaron de besarse al momento. El maquillaje de ella estaba corrido e, increíblemente, J. C. había apartado a un lado su arma, ignorándola. Era la primera vez.

—Oh, os estáis quedando conmigo, ¿verdad? —dije, llevándome una mano a la cara—. ¿Vosotros dos? ¿Qué estáis haciendo?

—No sabía que tuviéramos que informarte de la naturaleza de nuestra relación —dijo Ivy fríamente.

J. C. me hizo un gesto de aprobación con el pulgar y sonrió de oreja a oreja.

—Como queráis —repliqué—. Es hora de irnos. Ivy, creo que Razon no trabaja solo. Entró en el país con pasaporte falso, y hay otras piezas que no encajan. ¿Pudo tener algún tipo de ayuda sobre el terreno? ¿Tal vez una organización local para ayudarlo a evitar sospechas e instalarse en la ciudad?

—Es posible —convino ella, apresurándose para alcanzarme—. Yo diría que no es imposible que esté trabajando solo, pero, pensándolo bien, parece improbable. ¿Lo has deducido tú solo? ¡Buen trabajo!

—Gracias. Y tienes el pelo hecho una pena.

Regresamos por fin a los coches. Monica, Ivy, J. C. y yo subimos a uno. Los dos tipos trajeados y mis otros aspectos montaron en el otro, que iba delante.

—Podría tener usted razón en este punto —dijo Monica cuando los vehículos arrancaron.

—Razon es un hombre inteligente —observé—. Habrá buscado aliados. Podría tratarse de otra compañía, quizá una empresa israelí. ¿Alguno de sus competidores tiene noticias de esta tecnología?

—No que nosotros sepamos.

—Steve —dijo Ivy, sentada entre nosotros. Guardó el lápiz de labios, el pelo ya arreglado. Obviamente estaba tratando de pasar por alto su escena con J. C.

«Maldición —pensé. Yo creía que esos dos se odiaban—. Piensa en ello más tarde».

—¿Sí?

—Pregúntale a Monica una cosa de mi parte. ¿Tanteó alguna vez Razon a su compañía con un proyecto como este? ¿Sacar fotos para demostrar el cristianismo?

Transmití la pregunta.

—No —contestó Monica—. Si lo hubiera hecho, se lo habría dicho a usted. Nos habría conducido aquí más rápido. Nunca nos lo comentó.

—Es raro —dijo Ivy—. Cuanto más trabajamos en este caso, más descubrimos que Razon se tomó unas molestias increíbles para poder venir aquí, a Jerusalén. ¿Por qué no utilizar los recursos que ya tenía? Laboratorios Azari.

—Tal vez quería libertad —respondí—. Para usar su invento como deseara.

—Si ese fuera el caso —prosiguió Ivy—, no habría acudido a una compañía rival, como propones. Hacerlo lo habría puesto de nuevo en la misma situación. No le des tregua a Monica. Parece que está pensando en algo.

—¿Qué? —le pregunté a Monica—. ¿Tiene algo que añadir?

—Bueno —contestó—, una vez que supimos que la máquina funcionaba, Razon nos propuso algunos proyectos que quería probar. Revelar la verdad del asesinato de Kennedy, refutar o verificar el vídeo del *bigfoot* de Patterson-Gimlin, ese tipo de cosas.

—Y ustedes lo desestimaron —adiviné.

—No sé si ha pasado usted mucho tiempo reflexionando sobre las aplicaciones de esta cámara, señor Leeds —dijo Monica—. Las preguntas que me hizo en el avión indican que al menos ha empezado a hacerlo. Pues bien, nosotros sí que lo hemos hecho. Y estamos aterrados.

»Ese artilugio cambiará el mundo. Es algo más que demostrar misterios. Pone fin a la intimidación tal como la conocemos. Si alguien puede acceder a cualquier lugar donde alguna vez hayas estado desnudo, pueden sacarte fotos sin ropa. Imagine lo que supondría para los paparazzi.

»Pondrá patas arriba todo nuestro sistema judicial. Se acabaron los jurados, los jueces, los abogados, los tribunales. Los agentes de la ley simplemente tendrán que ir a la escena del crimen y sacar fotos. Si eres sospechoso, proporcionas una coartada... y ellos podrán demostrar si estabas o no donde dices que estabas.

Sacudió la cabeza, con aire absorto.

—¿Y qué hay de la historia? ¿De la seguridad nacional? Los secretos serán mucho más difíciles de guardar. Los Estados tendrán que aislar sitios donde antes se exponía información importante. No se podrá transcribir nada. ¿Que ha pasado por la calle un mensajero con documentación delicada? Al día siguiente puedes colocarte en la posición adecuada y sacar una foto del interior del sobre. Eso lo probamos. Imagine tener ese poder. Ahora imagine que todas las personas del planeta lo tienen.

—Caramba —susurró Ivy.

—Así que no —dijo Monica—. No, no quisimos permitir que el señor Razon fuera a hacer fotos para demostrar o refutar el cristianismo. Todavía no. No hasta que hubiéramos discutido el tema a fondo. Creo que él lo sabía. Explica por qué huyó.

—Eso no les impidió tirarme el anzuelo para que picara e hiciera negocios con ustedes —dije—. Sospecho que si lo hicieron conmigo, lo hicieron también con otra gente importante. Han estado reuniendo medios para conseguir algunos aliados estratégicos, ¿verdad? ¿Tal vez la élite y los ricos del mundo? ¿Para que los ayuden a cabalgar esta ola, cuando la tecnología salga a la luz?

Ella frunció los labios hasta convertirlos en una línea, la mirada al frente.

—Probablemente eso le pareció egoísta a Razon —continuó—. ¿No quisieron ayudarle a revelar la verdad a la humanidad, pero sí a reunir material para llevar a cabo sobornos? Incluso material para hacer chantaje.

—No tengo libertad para continuar con esta conversación —dijo Monica.

Ivy resopló.

—Bueno, sabemos por qué se marchó Razon. Sigo sin creer que acudiera a una compañía rival, pero tiene que haber acudido a alguien. ¿Al gobierno israelí, tal vez? O a...

Todo se volvió negro.

Desperté, aturdido. Mi visión era borrosa.

—Explosión —informó J. C. Estaba agazapado junto a mí. Yo estaba... estaba atado en alguna parte. En una silla. Las manos sujetas a la espalda.

—Tranquilo, flacucho —dijo J. C.—. Tranquilo. Volaron el coche que iba delante. Dimos un volantazo. Chocamos contra un edificio. ¿Te acuerdas?

Apenas. Era algo vago.

—¿Y Monica? —grité, mirando alrededor.

Estaba atada a una silla a mi lado. Kalyani, Ivy y Tobias se encontraban allí también, atados y amordazados. Los guardaespaldas de Monica no se hallaban presentes.

—Conseguí salir a rastras de entre los hierros —dijo J. C.—. Pero no pude sacarte.

—Lo sé —respondí. Era mejor no insistirle a J. C. que era una alucinación. Estoy seguro de que, en el fondo, él sabía lo que era. Pero no le gustaba admitirlo.

—Escucha —dijo J. C.—. Es una situación peliaguda, pero vas a mantener la cabeza fría y saldrás de esta con vida. ¿Me has entendido, soldado?

—Sí.

—Dilo otra vez.

—Sí —repetí, algo más fuerte.

—Buen chico —se congratuló J. C.—. Ahora voy a desatar a los demás.

Se puso manos a la obra y liberó a mis otros aspectos.

Monica gimió, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué...?

—Creo que hemos cometido un estúpido error de cálculo —dije—. Lo siento.

Me sorprendió lo tranquilo que lo dije, teniendo en cuenta lo aterrado que me sentía. Soy un teórico convencido... al menos la mayoría de mis aspectos lo son. No se me da bien la violencia.

—¿Qué veis? —pregunté. Esta vez mi voz tembló.

—Una habitación pequeña —dijo Ivy, frotándose las muñecas—. Sin ventanas. Puedo oír tuberías y el sonido lejano de tráfico. Estamos todavía en la ciudad.

—A qué sitios tan encantadores nos llevas, Stephen —dijo Tobias, asintiendo con la cabeza para darle las gracias a J. C., que lo ayudaba a ponerse en pie. A Tobias se le estaban echando los años encima.

—Lo que oímos es árabe —observó Kalyani—. Y huelo a especias. Zaatar, azafrán, cúrcuma, zumaque... ¿Estaremos cerca de un restaurante?

—Sí... —dijo Tobias, con los ojos cerrados—. Un estadio de fútbol, a lo lejos. Un tren que pasa. Frena. Se detiene... Coches, gente hablando. ¿Un centro comercial? —Abrió los ojos—. La estación de tren Malha. Es la única estación de la ciudad que está cerca de un estadio de fútbol. Es una zona concurrida. Si gritamos puede que nos oigan.

—O puede que nos maten —replicó J. C.—. Esas cuerdas están bien tensas, flacucho. Las de Monica también.

—¿Qué sucede? —preguntó Monica—. ¿Qué ha pasado?

—Las fotos —dijo Ivy.

La miré.

—Monica y sus matones estuvieron enseñando fotos de Razon por toda la iglesia —prosiguió Ivy—. Probablemente preguntaron a todo el mundo si lo habían visto. Si Razon estaba trabajando con alguien...

Gemí. Naturalmente. Los aliados de Razon estarían alerta por si alguien lo buscaba. Monica había dibujado una gran diana roja sobre nosotros.

—Muy bien —dije—. J. C. Vas a tener que sacarnos de esta. Lo que deberías...

La puerta se abrió.

Me volví inmediatamente hacia nuestros captores. No encontré lo que esperaba. En vez de terroristas islámicos de algún tipo, lo que teníamos delante era un grupo de filipinos trajeados.

—Ah... —exclamó Tobias.

—Señor Leeds —dijo el hombre que entró primero, hablando con mucho acento. Revisó una carpeta llena de papeles—. Según todos los informes, es usted una persona muy interesante y muy... muy razonable. Pedimos disculpas por cómo se le ha tratado hasta ahora, y nos gustaría verlo en condiciones mucho más cómodas.

—Creo que se avecina un trato —advirtió Ivy.

—Me llaman Salic —dijo el hombre—. Represento a cierto grupo con intereses que pueden alinearse con los suyos. ¿Ha oído hablar del FMLN, señor Leeds?

—Frente Moro de Liberación Nacional —intervino Tobias—. Es un grupo revolucionario filipino que pretende independizarse y crear su propio estado-nación.

—He oído hablar de él —dije.

—Bien. Traigo una propuesta para usted —continuó Salic—. Tenemos el aparato que están buscando, pero nos hemos topado con algunas dificultades para manejarlo. ¿Cuánto nos costará contar con su ayuda?

—Un millón de dólares —contesté sin pestañear.

—¡Traidor! —escupió Monica.

—Ustedes ni siquiera me pagan, Monica —dije, divertido—. No puede reprocharme que acepte un trato mejor.

Salic sonrió. Estaba convencido de que había traicionado a Monica. A veces resulta muy útil tener fama de ser un capullo solitario y amoral.

Lo único cierto es lo de mi aislamiento. Y tal vez, lo admito, lo de ser un capullo. Cuando posees esa mezcla, la gente suele dar por hecho que tampoco tienes moral.

—El FMLN es una organización paramilitar —continuó diciendo Tobias—. Sin embargo, no han ejercido demasiado la violencia, así que esto es sorprendente. Su diferencia fundamental con el gobierno filipino es la religión.

—¿No lo es siempre? —preguntó J. C. con un gruñido mientras examinaba a los recién llegados en busca de armas—. Este tío va armado —dijo, señalando al líder—. Creo que todos van armados.

—Por supuesto —dijo Tobias—. Piensa en el FMLN como la versión filipina del IRA, o la Hamás de los palestinos. Esta última puede ser una comparación más ajustada, ya que el FMLN se considera a menudo una organización islámica. La mayor parte de los filipinos son católicos, pero la región de Bangsamoro (donde opera el FMLN) es predominantemente islámica.

—Desatadlo —ordenó Salic, señalándome.

Sus hombres obedecieron de inmediato.

—Está mintiendo en algo —dijo Ivy.

—Sí —coincidió Tobias—. Creo... Sí, no es del FMLN. Tal vez está tratando de cargarles este mochuelo. Stephen, el FMLN está en contra de poner a civiles en peligro. Son bastante curiosos, si lees sobre ellos. Son guerrilleros, pero tienen un código estricto respecto a quién hacer daño. Recientemente han propuesto una secesión pacífica.

—Imagino que eso no los habrá hecho muy populares entre sus seguidores —comenté—. ¿Hay grupos disidentes?

—¿Cómo dice? —preguntó Salic.

—Nada —contesté; me puse en pie y me froté las muñecas—. Gracias. Me gustaría mucho ver el artilugio.

—Por aquí, por favor —dijo Salic.

—Hijo de puta —me soltó Monica.

—¡Ese lenguaje! —exclamó Ivy, frunciendo los labios.

Mis otros aspectos y ella me siguieron a la salida, y los guardias cerraron la puerta, dejando a Monica sola en la habitación.

—Sí... —dijo Tobias, que caminaba detrás de los hombres que me escoltaban escaleras arriba—. Stephen, creo que se trata del Abu Sayyaf. Lo dirige un hombre llamado Khadaffy Janjalani. Se escindieron del FMLN porque la organización no estaba dispuesta a llegar lo bastante lejos. Janjalani murió hace poco, y el futuro del movimiento está en el aire, pero su objetivo era crear un Estado completamente islámico en la región. Janjalani consideraba que matar a todo el que se opusiera a él era una... forma elegante de conseguir sus objetivos.

—Parece que tenemos un ganador —dijo J. C.—. Muy bien, flacucho. Esto es lo que tienes que hacer. Dale una patada al tipo que te sigue cuando esté subiendo un escalón. Caerá encima del que viene detrás y podrás coger a Salic. Dale la vuelta y sitúate a su espalda para escudarte de los disparos; luego quítale la pistola de dentro de la chaqueta y empieza a disparar a través de su cuerpo a los hombres de abajo.

Ivy parecía asqueada.

—¡Eso es horrible!

—No creerás que va a dejarnos marchar, ¿no? —preguntó J. C.

—El Abu Sayyaf —nos informó amablemente Tobias— ha sido la causa de numerosas muertes, atentados y secuestros en Filipinas. También son muy brutales con los lugareños, ya que actúan más como una familia del crimen organizado que como auténticos revolucionarios.

—Entonces... ¿eso es un no? —dijo J. C.

Llegamos a la planta baja, y Salic nos condujo a una habitación lateral. Allí había dos hombres más, con uniforme de soldado, granadas en los cinturones y empuñando rifles de asalto.

Entre ellos, sobre la mesa, había una cámara de tamaño medio. Parecía... corriente.

—Necesito a Razon —dije, y me senté—. Para hacerle preguntas.

Salic resopló.

—No hablará con usted, señor Leeds. Puede fiarse de mí.

—Entonces ¿Razon no está trabajando con ellos? —preguntó J. C.—. Me siento confundido.

—Tráigalo de todas formas —insistí, y empecé a manipular con cuidado la cámara.

La cuestión es que no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo. ¿Por qué, POR QUÉ no traje a Ivans conmigo? Tendría que haber sabido que necesitaría a un mecánico en aquel viaje.

Pero si traía a demasiados aspectos, si mantenía demasiados a mi alrededor al mismo tiempo, sucedían cosas malas. Eso ya era irrelevante. Ivans estaba a un continente de distancia.

—¿Alguna idea? —pregunté entre dientes.

—A mí no me mires —dijo Ivy—. No consigo que el mando a distancia funcione la mitad de las veces.

—Corta el cable rojo —propuso J. C.—. Siempre es el cable rojo.

Lo miré impasible, luego desatornillé una parte de la cámara simulando que sabía lo que estaba haciendo. Mis manos temblaban.

Por fortuna, Salic envió a alguien a hacer lo que le había pedido. Después, me observó con atención. Probablemente había leído acerca del Incidente Longway, donde yo había desmontado, arreglado y vuelto a montar un complejo sistema informático a tiempo para impedir una explosión. Pero eso había sido cosa de Ivans, con algo de ayuda de Chin, nuestro experto informático residente.

Sin ellos, yo era un cero a la izquierda en esos menesteres. Intenté con todas mis fuerzas parecer lo contrario hasta que el soldado trajo a Razon. Lo reconocí por las fotografías que me había enseñado Monica. Bueno, casi. Tenía el labio partido y aún le sangraba, el ojo izquierdo

hinchado, y cojeaba al caminar. Cuando se sentó en un taburete cerca de mí, vi que le faltaba una mano. El muñón estaba envuelto en un trapo ensangrentado.

Tosió.

—Ah. El señor Leeds, creo —dijo con leve acento filipino—. Lamento muchísimo encontrarlo aquí.

—Cuidado —dijo Ivy mientras escrutaba a Razon. Estaba justo a su lado—. Están mirando. No te muestres demasiado amistoso.

—Oh, esto no me gusta nada —intervino Kalyani. Se había acercado a unas cajas de madera que había al fondo de la habitación, y se había acurrucado allí para protegerse—. ¿Va a ser así a menudo con usted, señor Steve? Porque no estoy hecha para esto.

—¿Usted lamenta encontrarme aquí? —le dije a Razon con voz áspera—. Lo siento, pero no me sorprende. Es usted quien ayudó a Monica y sus colegas a recopilar material para chantajearme.

El ojo que no tenía hinchado se abrió una fracción. Él sabía que no era material para chantajearme. O eso esperaba yo. ¿Se daría cuenta? ¿Comprendería que estaba allí para ayudarlo?

—Lo hice... bajo presión —farfulló.

—Sigue siendo un hijo de puta, por lo que a mí respecta.

—¡Ese lenguaje! —exclamó Ivy, con las manos en las caderas.

—Bah. No importa —le dije a Razon—. Va usted a enseñarme a poner en marcha esta máquina.

—¡No lo haré! —gritó.

Giré un tornillo; mi cabeza iba a cien. ¿Cómo podía acercarme a él lo suficiente para hablarle en voz baja, pero sin atraer sospechas?

—Lo hará, o...

—¡Cuidado, idiota! —exclamó Razon, levantándose de un salto del taburete.

Uno de los soldados nos apuntó con su arma.

—Tiene el seguro puesto —dijo J. C.—. No hay nada de lo que preocuparse. Todavía.

—Es un equipo muy delicado —explicó Razon, y me quitó el destornillador—. No lo vaya a romper.

Empezó a desatornillar con su única mano. Entonces, susurrando, me dijo:

—¿Está aquí con Monica?

—Sí.

—No es de fiar —me advirtió. A continuación hizo una pausa—. Aunque nunca me dio una paliza ni me cortó una mano. Así que quizá no soy nadie para hablar de en quién confiar.

—¿Cómo lo capturaron? —cuchicheé.

—Alardeé ante mi madre —dijo él—. Y ella alardeó ante su familia. La noticia llegó a oídos de estos monstruos. Tienen contactos en Israel.

Se tambaleó, y extendí la mano para sujetarlo. Tenía la cara pálida. Ese hombre no estaba en buena forma.

—Se pusieron en contacto conmigo —dijo, obligándose a seguir desatornillando—. Dijeron que eran fundamentalistas cristianos de mi país, ansiosos por financiar mi operación para encontrar pruebas. No descubrí la verdad hasta hace dos días. Entonces...

Se interrumpió, dejando caer el destornillador cuando Salic se acercó a nosotros. El terrorista hizo una señal, y uno de sus soldados agarró a Razon y tiró de su brazo ensangrentado. Razon gritó de dolor.

Los soldados lo derribaron al suelo y empezaron a golpearlo con las culatas de sus rifles. Yo lo observé, horrorizado, y Kalyani empezó a llorar. Incluso J. C. se volvió.

—No soy ningún monstruo, señor Leeds —dijo Salic, agachándose junto a mi silla—. Soy un hombre con pocos recursos. Descubrirá que las dos cosas son bastante difíciles de diferenciar, en la mayoría de las situaciones.

—Por favor, detenga a los soldados —susurré.

—Verá, estoy intentando encontrar una solución pacífica —dijo Salic, que no detuvo la paliza—. Mi gente es condenada cuando usamos los únicos métodos que tenemos para luchar, los métodos de los desesperados. Estos son los métodos que todos los revolucionarios, incluyendo los fundadores de nuestra nación, han utilizado para conseguir la libertad. Mataremos si es preciso, pero quizá no nos veamos obligados a hacerlo. Aquí en esta mesa tenemos la paz, señor Leeds. Arregle esta máquina, y salvará miles y miles de vidas.

—¿Para qué la quieren? —dije, frunciendo el ceño—. ¿Qué supone para ustedes? ¿Poder para hacer chantaje?

—Poder para arreglar el mundo —respondió Salic—. Solo necesitamos unas cuantas fotos. Pruebas.

—Pruebas de que el cristianismo es falso, Stephen —aclaró Tobias, colocándose a mi lado—. Eso no les resultará una tarea sencilla, ya que el islam reconoce a Jesús de Nazaret como profeta. Sin embargo, no aceptan la resurrección, ni muchos de los milagros atribuidos luego a sus seguidores. Con la foto adecuada, podrían tratar de minar el catolicismo, la religión mayoritaria entre los filipinos, y por tanto desestabilizar la región.

Admito que, extrañamente, me sentí tentado. Oh, no tentado de ayudar a un monstruo como Salic. Pero entendía su argumento. ¿Por qué no coger aquella cámara y demostrar que todas las religiones son falsas?

Eso provocaría el caos. Tal vez muchas muertes, en algunas partes del mundo.

¿O no?

—La fe no se subvierte fácilmente —descartó Ivy—. Esto no causaría los problemas que él cree.

—¿Porque la fe es ciega? —preguntó Tobias—. Tal vez tengas razón. Muchos continuarían creyendo, a pesar de los hechos.

—¿Qué hechos? —dijo Ivy—. ¿Unas fotos que pueden ser o no fiables? ¿Producto de una ciencia que nadie entiende?

—Ya estás intentando proteger algo que aún tiene que ser descartado —dijo Tobias tranquilamente—. Actúas como si supieras lo que va a pasar, y necesitas estar a la defensiva sobre la prueba que puede que se encuentre o no. Ivy, ¿no lo entiendes? ¿Qué pruebas necesitas para que mires las cosas con ojos racionales? ¿Cómo puedes ser tan lógica en algunas áreas y, sin embargo, tan ciega en esta?

—¡Silencio! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza—. ¡Silencio!

Salic me miró con el ceño fruncido. Solo entonces advirtió lo que sus soldados le habían hecho a Razon.

Gritó algo en tagalo, o tal vez en uno de los otros dialectos filipinos; quizá tendría que haberlos estudiado en vez del hebreo. Los soldados retrocedieron, y Salic se arrodilló para darle la vuelta.

Razon metió su mano sana en la chaqueta de Salic, buscando la pistola. Este dio un salto hacia atrás, y uno de los soldados gritó. Se produjo un único chasquido.

Todos en la habitación se quedaron inmóviles. Uno de los soldados había sacado una pistola con silenciador y, asustado, disparó a Razon. El científico cayó hacia atrás, los ojos sin vida abiertos, el revólver de Salic resbalando entre sus dedos.

—Oh, pobre hombre —dijo Kalyani, acercándose para arrodillarse junto a él.

En ese momento, alguien derribó a uno de los soldados junto a la puerta, empujándolo desde atrás.

Inmediatamente empezaron los gritos. Salté de mi silla, buscando la cámara. Salic la alcanzó primero, le puso una mano encima, y luego trató de recoger su pistola del suelo.

Yo maldije, apartándome, y me lancé tras la pila de cajas donde Kalyani se había puesto a cubierto unos minutos antes. Los disparos estallaron por toda la estancia, y una de las cajas cercanas soltó un puñado de astillas cuando un proyectil le dio.

—¡Es Monica! —dijo Ivy, a cubierto tras la mesa—. Se ha liberado y los está atacando.

Me atreví a echar un vistazo alrededor, a tiempo de ver a uno de los tipos de Abu Sayyaf caer abatido en el centro de la habitación, cerca del cuerpo de Razon. Los otros dispararon a Monica, que se había puesto a cubierto en la escalera que conducía al lugar donde habíamos estado cautivos.

—¡Rayos y truenos! —exclamó J. C., agazapado junto a mí—. Se las ha arreglado solita para escapar. ¡Creo que esa mujer empieza a caerme bien!

Salic gritó en tagalo. En lugar de perseguirme, se había puesto a cubierto cerca de sus guardias. Aferraba la cámara, y otros dos soldados se unieron a él mientras corrían escaleras bajo.

El tiroteo llamaría pronto la atención, supuse. No lo suficientemente pronto. Tenían acorralada a Monica. Yo apenas podía verla, escondida debajo de la escalera, tratando de encontrar un modo de asomarse y disparar a los hombres con el arma que le había robado al guardia que había derribado, cuyos pies asomaban en la escalera cerca de ella.

—Muy bien, flacucho —dijo J. C.—. Esta es tu oportunidad. Hay que hacer algo. Acabarán con ella antes de que lleguen los refuerzos, y perderemos la cámara. Es la hora de los héroes.

—Yo...

—Podrías huir, Stephen —dijo Tobias—. Hay una habitación justo detrás de nosotros. Tendrá ventanas. No te estoy diciendo que lo hagas: te estoy dando las opciones.

Kalyani gimió, acurrucada en el rincón. Ivy estaba debajo de la mesa, los dedos en los oídos, contemplando el tiroteo con ojos calculadores.

Monica trató de asomarse y disparar, pero las balas se incrustaron en la pared tras ella, lo que la obligó a agacharse de nuevo. Salic seguía gritando algo. Varios soldados empezaron a dispararme, así que tuve que retroceder y ponerme a cubierto.

Las balas resonaron contra la pared encima de mí, lascas de piedra cayeron sobre mi cabeza. Tomé aire y lo expulsé.

—No puedo hacer esto, J. C.

—Sí que puedes —replicó él—. Mira, tienen granadas. ¿Las ves en los cinturones de los soldados? Uno de ellos caerá en la cuenta, arrojará una a la escalera, y adiós Monica. Muerta.

Si dejaba que se quedaran con la cámara... Un poder semejante en manos de esos tipos...

Monica gritó.

—¡Le han dado! —exclamó Ivy.

Salí de detrás de las cajas y corrí hacia el soldado tendido en medio de la habitación. Había dejado caer una pistola. Salic reparó en mí mientras yo agarraba el arma y la alzaba. Mis manos temblaban.

«Esto no va a funcionar. No puedo hacerlo. Es imposible».

«Voy a morir».

—No te preocupes, chico —dijo J. C., agarrando mi muñeca—. La tengo.

Empujó mi brazo a un lado y disparé, sin apenas mirar; luego movió el arma en una serie de gestos, deteniéndose brevemente para que yo apretara el gatillo cada vez. En unos instantes todo había terminado.

Los hombres armados habían caído. La habitación quedó en absoluto silencio. J. C. me soltó la muñeca y mi brazo cayó como plomo a un costado.

—¿Eso lo hemos hecho nosotros? —pregunté, mirando los cadáveres.

—Maldición —dijo Ivy, quitándose los dedos de los oídos—. Ya sabía yo que había un motivo por el que estabas con nosotros, J. C.

—Ese lenguaje, Ivy —dijo él, sonriendo.

Solté la pistola. Probablemente no era lo más inteligente que he hecho en mi vida, pero, claro, no estaba exactamente en mis cabales. Corrí junto a Razon. No tenía pulso. Le cerré los ojos, pero dejé la sonrisa en sus labios.

Aquello era lo que quería. Quería que lo mataran para que no pudieran obligarlo a revelar sus secretos. Suspiré. Luego, poniendo a prueba una teoría, metí una mano en su bolsillo.

Algo me hizo cosquillas en los dedos, y los saqué ensangrentados.

—¿Qué...?

No me esperaba eso.

—¿Leeds? —dijo la voz de Monica.

Alcé la cabeza. Ella se encontraba de pie en la puerta de la habitación, sujetándose el hombro, que sangraba.

—¿Ha hecho usted esto?

—Ha sido J. C. —dije.

—¿Su alucinación? ¿Le disparó a estos hombres?

—Sí. No. Yo...

No estaba seguro. Me levanté y me acerqué a Salic, que había recibido un tiro en plena frente. Me agaché y recogí la cámara; luego le quité una pieza, de espaldas a Monica.

—Esto... ¿Señor Steve? —dijo Kalyani, señalando con el dedo—. Creo que ese no está muerto. Oh, cielos...

Uno de los guardias a los que había abatido se estaba dando la vuelta. Sujetaba algo con su mano ensangrentada.

Una granada.

—¡Fuera! —le grité a Monica, agarrándola por el brazo mientras salía corriendo de la habitación.

La detonación me golpeó por detrás como una ola rompiente.

Exactamente un mes más tarde me encontraba sentado en mi mansión, bebiendo un vaso de limonada. Me dolía la espalda, pero las heridas de metralla estaban sanando. No había sido tan malo.

Monica no le daba demasiada importancia a la escayola de su brazo. Bebía de su propio vaso, sentada en la habitación donde la había visto por primera vez.

Su ofrecimiento de hoy no era inesperado.

—Me temo que acude al hombre equivocado —le dije—. Debo rechazarlo.

—Comprendo.

—Ha estado trabajando en su ceño fruncido —apreció J. C. desde el lugar donde se encontraba, de pie y apoyado en la pared—. Está mejorando.

—Si quisiera echarle un vistazo a la cámara... —dijo Monica.

—La última vez que la vi estaba rota en dieciséis pedazos, por lo menos —respondí—. No queda nada con lo que trabajar.

Ella me miró, entornando los ojos. Seguía sospechando que yo había dejado caer la cámara a propósito cuando se produjo la explosión. Tampoco ayudaba mucho que el cuerpo de Razon hubiera quedado calcinado hasta extremos casi irreconocibles en las detonaciones que se sucedieron y en el incendio que había arrasado el edificio. Todo lo que llevaba encima, los secretos que explicaban cómo funcionaba realmente la cámara, habían sido destruidos.

—Admito —dije, inclinándome hacia delante— que no me siento muy decepcionado al descubrir que no pueden arreglarla. No estoy seguro de que el mundo esté preparado para la información que podría proporcionar.

«O, al menos, no estoy seguro de que el mundo esté preparado para que gente como ustedes controle esa información».

—Pero...

—Monica, no sé qué podría hacer yo que no hayan hecho sus ingenieros. Simplemente vamos a tener que aceptar el hecho de que esta tecnología murió con Razon. Si lo que hizo no se trató de un timo, claro. Para serle sincero, cada vez estoy más convencido de que ese fue el caso. A Razon lo torturaron mucho más de lo que un simple científico podría haber soportado, pero no les dio a los terroristas lo que querían. Y fue porque no podía. Todo fue un engaño.

Ella suspiró y se levantó.

—Está usted renunciando a la grandeza, señor Leeds.

—Querida —dije, poniéndome en pie—, a estas alturas debería saber que ya he saboreado la grandeza. Y la cambié por la mediocridad y cierta medida de cordura.

—Debería pedir que le devolvieran el dinero —repuso—. Porque no estoy segura de haber visto en usted ninguna de esas dos cualidades.

Sacó algo del bolsillo y lo dejó caer sobre la mesa. Un sobre grande.

—¿Y esto es...? —dije, recogéndolo.

—Encontramos película en la cámara. Solo pudimos recuperar una imagen.

Vacilé, luego extraje la fotografía. Era en blanco y negro, como las otras. Mostraba a un hombre, con barba y túnica, montado... aunque no se podía ver en qué. Su cara era sorprendente. No por su forma, sino porque miraba directamente a la cámara. Una cámara que no estaría allí hasta dos mil años más tarde.

—Pensamos que es de la Entrada Triunfal —dijo ella—. El fondo, al menos, parece ser la Puerta Hermosa. Es difícil de explicar.

—Dios mío —susurró Ivy, colocándose a mi lado.

Aquellos ojos... Miré la foto. Aquellos ojos.

—Eh, creía que no podíamos maldecir delante de ti —le recordó J. C. a Ivy.

—No era una maldición —dijo ella, posando reverente los dedos sobre la foto—. Era una identificación.

—Por desgracia, no vale nada —dijo Monica—. Es imposible demostrar quién es. Aunque pudiéramos, no serviría ni para confirmar ni para refutar el cristianismo. Se hizo antes de que lo mataran. De todas las fotos que Razon pudo hacer... —Sacudió la cabeza.

—Esto no me hace cambiar de opinión —repliqué, y volví a meter la fotografía dentro del sobre.

—Eso pensaba. Considérelo su pago.

—Al final no he conseguido gran cosa para ustedes.

—Ni nosotros para usted —dijo ella, saliendo de la habitación—. Buenas noches, señor Leeds.

Acaricié el sobre con el dedo, mientras escuchaba a Wilson acompañar a Monica hasta la puerta y luego cerrarla. Dejé a Ivy y J. C. discutiendo sobre la manía de este de decir tacos; me dirigí al recibidor y subí las escaleras, agarrado al pasamanos, hasta llegar al pasillo superior.

Mi estudio se hallaba al fondo. La estancia quedaba iluminada por una única lámpara sobre la mesa, las cortinas corridas contra la noche. Me acerqué al escritorio y me senté. Tobias estaba delante, acomodado en uno de los otros dos sillones.

Cogí un libro, el último en lo que había sido una enorme pila, y empecé a hojearlo. La foto de Sandra, la que recuperaron en la estación de tren, estaba clavada en la pared a mi lado.

—¿Lo han descubierto? —preguntó Tobias.

—No —respondí—. ¿Y tú?

—Nunca fue la cámara, ¿verdad?

Sonreí, pasando una página.

—Busqué en sus bolsillos justo después de su muerte. Algo me cortó los dedos. Cristal roto.

Tobias frunció el ceño. Luego, tras pensarlo un momento, sonrió.

—¿Bombillas rotas?

Asentí.

—No era la cámara, era el flash. Cuando Razon sacó fotos en la iglesia, empleó el flash incluso en el exterior, a plena luz. Incluso cuando su objetivo estaba bien iluminado, incluso cuando intentaba capturar algo que sucedió durante el día, como la aparición de Jesús ante la tumba después de su resurrección. Es un error que un buen fotógrafo no habría cometido. Y él era un buen fotógrafo, a juzgar por las fotos que vimos en su apartamento. Tenía buen ojo para la luz.

Pasé una página; luego me metí la mano en el bolsillo y extraje un objeto, lo deposité sobre la mesa. Un flash desmontable, el que yo había quitado de la cámara justo antes de la explosión.

—No estoy seguro de si es algo en el mecanismo del flash o en las bombillas, pero sí sé que él las quitaba para impedir que el aparato funcionara cuando no quería que lo hiciera.

—Maravilloso —dijo Tobias.

—Ya veremos —respondí—. Este flash no funciona: lo he intentado. No sé qué falla. ¿Sabes de qué modo funcionaban las cámaras durante un rato para la gente de Monica? Bueno, muchos flashes tienen bombillas múltiples como esta. Sospecho que solo una tenía algo que ver con los efectos temporales. Las bombillas especiales se agotaban rápidamente, quizá después de diez disparos.

Pasé unas cuantas páginas.

—Estás cambiando, Stephen —dijo por fin Tobias—. Te has dado cuenta de esto sin la ayuda de Ivy. Sin la de ninguno de nosotros. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que ya no nos necesites?

—Espero que eso no suceda nunca —contesté—. No quiero ser ese hombre.

—Y sin embargo, la buscas a ella.

—Y sin embargo, lo hago —susurré.

Un paso más cerca. Sabía qué tren había tomado Sandra. Un tiquet asomaba en el bolsillo de su abrigo. Se podían distinguir los números con dificultad.

Había ido a Nueva York. Durante diez años, había estado buscando esta respuesta, que apenas suponía una pieza minúscula de una caza mucho mayor. La pista tenía una década de antigüedad, pero era algo.

Por primera vez en años, estaba haciendo progresos. Cerré el libro y me eché hacia atrás, contemplando la foto de Sandra. Era hermosa. Muy hermosa.

Algo se agitó en la habitación en penumbra. Ni Tobias ni yo nos movimos cuando un hombre pequeño y calvo se sentó en el sillón vacío delante del escritorio.

—Me llamo Arnaud —dijo—. Soy físico especializado en mecánica temporal, causalidad y teorías cuánticas. Creo que tiene un trabajo para mí.

Deposité el último libro en la pila de los que había leído durante ese mes.

—Sí, Arnaud —dije—. Lo tengo.

Agradecimientos

Como siempre, mi maravillosa esposa Emily recibe toda mi gratitud por tratar con la vida, a veces errática, de un escritor profesional. El incombustible Peter Ahlstrom hizo un trabajo bastante especial en este proyecto. Otra persona importante es Moshe Feder, que realizó una de las primeras lecturas de este libro, y que discutió ideas, posibilidades y conjeturas desde el principio.

Mi agente, Joshua Bilmes, como siempre ha actuado de manera asombrosa. Otros primeros lectores incluyen a Brian T. Hill, Dominique Nolan, Kaylynn ZoBell, Ben Olsen, Danielle Olsen, Karen Ahlstrom, Dan Wells, Alan Layton y Ethan Skarstedt.

Mi agradecimiento especial a Subterranean Press por convertir esta obra en un libro impreso. Bill Schafer y Yanni Kuznia han sido fantásticos.

BRANDON SANDERSON

EL ALMA DEL EMPERADOR

Para Lucie Tuan y Sherry Wang,
que me proporcionaron la inspiración

PRÓLOGO

Gaotona pasó los dedos por el grueso lienzo, examinando una de las mejores obras de arte que jamás había visto. Por desgracia, era una falsificación.

—Esa mujer es un peligro —susurraron unas voces a su espalda—. Lo que hace es una abominación.

Gaotona inclinó el lienzo hacia la luz rojo anaranjada de la chimenea, y entornó los ojos. A su edad, su vista ya no era como antes. «Tanta precisión», pensó mientras estudiaba las pinceladas, palpando las capas de densos óleos. Exactamente iguales que en el original.

Nunca habría advertido los errores por sí mismo. Una flor ligeramente desviada de su posición. Una luna que estaba una pizca demasiado baja en el cielo. Sus expertos habían necesitado varios días de detallado análisis para encontrar los errores.

—Es una de las mejores falsificadoras vivas.

Las voces pertenecían a los otros árbitros, colegas de Gaotona, los burócratas más importantes del imperio.

—Tiene una reputación tan grande como el imperio. Debemos ejecutarla para dar ejemplo.

—No. —Frava, cabecilla de los árbitros, poseía una intensa voz nasal—. Es una herramienta valiosa. Esta mujer puede salvarnos. Debemos utilizarla.

«¿Por qué? —pensó de nuevo Gaotona—. ¿Por qué alguien con esta capacidad artística, esta majestad, se dedica a la falsificación? ¿Por qué no crear pinturas originales? ¿Por qué no ser una verdadera artista?»

«Debo entenderlo».

—Sí —continuó Frava—, la mujer es una ladrona, y practica un arte espantoso. Pero yo puedo controlarla, y gracias a su talento lograremos enmendar este lío en que nos hemos metido.

Los demás murmuraron preocupados, y expresaron sus objeciones. La mujer de la que hablaban, Wan ShaiLu, era más que una simple timadora. Muchísimo más. Podía cambiar la naturaleza de la realidad misma. Esto planteaba otra cuestión: ¿por qué se molestaba en

aprender a pintar? ¿No era el arte corriente algo mundano comparado con los talentos místicos que poseía?

Demasiadas preguntas. Gaotona, sentado junto a la chimenea, levantó la vista. Los demás, formando un círculo de conspiradores, estaban de pie alrededor de la mesa de Frava, mientras sus largas y pintorescas túnicas relucían a la luz del fuego.

—Estoy de acuerdo con Frava —dijo Gaotona.

Los demás lo miraron. Sus ceños fruncidos indicaban que les preocupaba bien poco lo que opinara, pero sus posturas mostraban algo distinto. El respeto que sentían hacia él yacía enterrado profundamente, pero lo recordaban.

—Traed a la falsificadora —ordenó Gaotona, poniéndose en pie—. Quiero escuchar lo que tenga que decir. Sospecho que será más difícil de controlar de lo que supone Frava, pero no tenemos otra elección. O utilizamos las habilidades de esta mujer, o renunciemos al control del imperio.

Los murmullos cesaron. ¿Cuántos años habían transcurrido desde la última vez que Frava y Gaotona estuvieron de acuerdo en algo, sobre todo tratándose de una cuestión que provocaba tantos desencuentros como utilizar a una falsificadora?

Uno a uno, los otros tres árbitros asintieron.

—Que así sea —dijo Frava en voz baja.

Día dos

Shai presionó con la uña uno de los bloques de piedra de su celda. La roca cedió levemente. Frotó el polvillo con los dedos. Piedra caliza. Un material extraño para utilizarlo en la pared de una prisión; sin embargo no toda la pared era de caliza, solo esa única veta del bloque.

Shai sonrió. Piedra caliza. Había estado a punto de pasar por alto esa pequeña veta, pero si estaba en lo cierto, por fin había identificado los cuarenta y cuatro tipos de roca de la pared del pozo circular que era su celda. Se encontraba arrodillada junto a su camastro, usando un tenedor (había doblado todas las puntas menos una) para tallar notas en la madera de una de las patas de la cama. Sin sus gafas, tenía que entornar los ojos para escribir.

Para falsificar algo, antes debía conocer su pasado, su naturaleza. Estaba casi preparada. Sin embargo, su placer pronto se esfumó en cuanto advirtió, a la luz de su vacilante vela, otro conjunto de marcas en la pata de la cama. Esas marcas daban fe de sus días de encarcelamiento.

«Tan poco tiempo», pensó. Si sus cuentas eran correctas, solo quedaba un día para su ejecución pública.

Por dentro estaba tan tensa como las cuerdas de un instrumento. Un día. Solo le quedaba un día para crear un sello de alma y escapar. Pero no tenía ninguna piedra de alma, solo un burdo trozo de madera, y su única herramienta para tallar era un tenedor.

Sería increíblemente difícil. Esa era la clave. Esa celda fue creada para gente como ella, construida con piedras compuestas por muchas vetas de roca distintas que dificultaban la falsificación. Procederían de diferentes canteras y tenían historias únicas. Sabiendo tan poco como sabía, falsificarlas sería casi imposible. Y aunque transformara la roca, probablemente habría alguna otra protección para detenerla.

«¡Noches!» En qué lío se había metido.

Una vez hubo acabado con sus observaciones, se encontró mirando su tenedor doblado. Había empezado tallando el mango de madera, tras quitar la porción de metal, para crear un burdo sello de alma. «No vas a escapar así, Shai —se dijo—. Necesitas otro método».

Había esperado seis días buscando otra salida. Guardias a los que explotar, alguien a quien sobornar, un atisbo de la naturaleza de su celda. Hasta ahora, nada había...

En lo alto, muy lejos, la puerta de los calabozos se abrió.

Shai se puso en pie de un salto, escondiendo el mango del tenedor en la parte trasera de su cinturón. ¿Habían adelantado la ejecución?

Unas pesadas botas resonaron en los escalones que conducían a la mazmorra, y ella entornó los ojos para poder ver a los recién llegados que se asomaron a su celda. Cuatro eran guardias y acompañaban a un hombre de rasgos y dedos alargados. Un grande, la raza que gobernaba el imperio. Esa túnica azul y verde indicaba que se trataba de un funcionario menor que había superado las pruebas para el servicio gubernamental, pero no había ascendido mucho entre sus filas.

Shai esperó, tensa.

El grande se asomó para mirarla a través de la reja. Vaciló un momento; luego hizo una seña a los guardias para que la abrieran.

—Los árbitros quieren interrogarte, falsificadora.

Shai se echó hacia atrás mientras abrían el techo de la celda y bajaban una escalera. La subió, cautelosa. Si fueran a llevarse a alguien para ejecutarla antes de tiempo, habrían hecho pensar a la prisionera que sucedía otra cosa, para que no se resistiera. Sin embargo, no le colocaron a Shai ningún grillete mientras la sacaban de las mazmorras.

A juzgar por su ruta, parecía que, en efecto, la llevaban hacia el estudio de los árbitros. Shai se serenó. Un nuevo desafío, pues. ¿Se atrevía a esperar una oportunidad? No deberían de haberla capturado, pero ahora no podía hacer nada al respecto. La habían superado: el bufón imperial la engañó cuando supuso que podía confiar en él. El bufón le había quitado su copia del Cetro Lunar y lo había cambiado por el original, y luego se había escapado.

Won, el tío de Shai, le había enseñado que ser superado era una regla de la vida. No importaba lo bueno que fueras, había alguien mejor. Vive con esa certeza, y nunca te volverás tan confiado para cometer torpezas.

La última vez Shai había perdido. Esta vez ganaría. Dejó de lado toda sensación de frustración por su captura y se convirtió en la persona que podría tomar esta nueva oportunidad, fuera cual fuese. La aprovecharía y saldría adelante.

Esta vez, jugaba no solo por riquezas, sino también por su vida.

Los guardias eran arietes... o al menos así los denominaban los grandes. Antes se habían llamado a sí mismos Mulla'dil, pero hacía tanto tiempo que su nación se había plegado al imperio, que muy pocos usaban ya ese nombre. Los arietes eran gente alta de musculatura

esbelta y piel pálida. Sus cabellos lucían casi tan oscuros como los de Shai, aunque los de ellos se rizaban mientras que los de Shai eran lacios y largos. Ella intentó con cierto éxito no sentirse empequeñecida en su presencia. Su pueblo, los MaiPon, no destacaban precisamente por su estatura.

—Tú —le dijo al líder ariete que caminaba delante del grupo—. Me acuerdo de ti.

A juzgar por el pelo bien cuidado, el joven capitán no debía de llevar casco con frecuencia. Los arietes estaban bien considerados por los grandes, y su elevación no era extraña. Este en concreto tenía una expresión ansiosa. Aquella armadura pulida, aquel aire altanero. Sí, se creía destinado a cosas importantes en el futuro.

—El caballo —dijo Shai—. Me arrojaste a la grupa de tu caballo después de que me capturaran. Un animal alto, de sangre Gurish, blanco puro. Un buen animal. Entiendes de caballos.

El ariete siguió mirando al frente, pero susurró entre dientes:

—Voy a disfrutar matándote, mujer.

«Adorable», pensó Shai mientras entraban en el Ala Imperial del palacio. Allí la mampostería era maravillosa, siguiendo el antiguo estilo lamio, con altas columnas de mármol con relieves tallados. Aquellas grandes urnas entre las columnas habían sido creadas para imitar la cerámica lamio de hacía mucho tiempo.

«En realidad, la Facción de la Herencia todavía gobierna, así que...», se recordó Shai.

El emperador pertenecería a esa facción, igual que el consejo de cinco árbitros que se encargaban de gran parte del gobierno real. Su facción ensalzaba la gloria y la sabiduría de las culturas ancestrales, y había llegado incluso a reconstruir su ala del palacio en imitación de un edificio antiguo. Shai sospechaba que, en el fondo de esas «antiguas» urnas, estarían los sellos de alma que las habían transformado en imitaciones perfectas de piezas famosas.

Sí, los grandes consideraban una abominación los poderes de Shai, pero el único aspecto calificado técnicamente como ilegal era crear una falsificación para cambiar a una persona. La falsificación silenciosa de objetos estaba permitida, incluso explotada en el imperio mientras el falsificador fuera controlado cuidadosamente. Si alguien volcara una de esas urnas y extrajera el sello del fondo, se convertiría en una simple pieza de cerámica sin adornos.

Los arietes la condujeron hasta una puerta con grabados de oro. Cuando esta se abrió, Shai logró ver un atisbo del sello de alma rojo al pie del borde interior que transformaba la puerta en una imitación de

alguna obra del pasado. Los guardias la escoltaron hasta una habitación hogareña donde chisporroteaba una chimenea, había tupidas alfombras y muebles de madera pintada. «Una cabaña de caza del siglo V», supuso.

Los cinco árbitros de la Facción de la Herencia esperaban dentro. Tres (dos mujeres y un hombre) estaban sentados en sillones de respaldo alto junto al hogar. Otra mujer ocupaba la mesa que había nada más franquear la puerta: era Frava, la decana de los árbitros de la Facción de la Herencia, probablemente la persona más poderosa de todo el imperio después del mismísimo emperador Ashravan. Llevaba los cabellos canosos recogidos en una larga trenza con lazos rojos y dorados; envolvían una túnica dorada a juego. Shai se había preguntado durante mucho tiempo cómo robar a esa mujer, ya que, entre sus múltiples deberes, Frava supervisaba la Galería Imperial y tenía oficinas adyacentes a ella.

Era obvio que Frava había estado discutiendo con Gaotona, el grande que se hallaba de pie junto a la mesa. El anciano permanecía erguido con las manos a la espalda, en actitud pensativa. Gaotona era el mayor de los árbitros gobernantes. Se decía que él era el menos influyente de todos, pues había perdido el favor del emperador.

Ambos guardaron silencio cuando Shai entró. La miraron como si fuera un gato que acabara de volcar un jarrón valioso. Shai echaba de menos sus gafas, pero tuvo cuidado de no entornar los ojos mientras avanzaba para enfrentarse a esa gente; tenía que parecer lo más fuerte posible.

—Wan ShaiLu —dijo Frava, extendiendo una mano para recoger un papel de la mesa—. Tienes toda una lista de delitos acreditados a tu nombre.

«La manera en que lo dice...» ¿A qué estaba jugando esa mujer? «Quiere algo de mí —decidió Shai—. Es el único motivo para traerme aquí de esta forma».

La oportunidad empezaba a desplegarse.

—Hacerte pasar por una noble de alcurnia —continuó Frava—, irrumpir en la Galería Imperial del palacio, refalsear tu alma y, naturalmente, el intento de robo del Cetro Lunar. ¿De verdad pensaste que no seríamos capaces de distinguir una simple falsificación de una posesión imperial tan importante?

«Parece que es justo lo que habéis hecho, suponiendo que el bufón escapara con el original», pensó Shai. Experimentó un pequeño escalofrío de satisfacción al saber que su falsificación ocupaba ahora el puesto de honor del Cetro Lunar en la Galería Imperial.

—¿Y qué es esto? —preguntó Frava, agitando sus largos dedos para que uno de los arietes le trajera algo de un lado de la estancia.

Se trataba de una pintura, que el guardia colocó sobre la mesa. La obra maestra de Han ShuXen, *Lirio del estanque del manantial*.

—Lo encontramos en tu habitación de la posada —prosiguió Frava, dando unos golpecitos en la pintura con los dedos—. Es una copia de un lienzo que yo misma poseo, uno de los más famosos del imperio. La entregamos a nuestros asesores, y ellos consideran que tu falsificación es, como mucho, propia de una aficionada.

Shai miró a la mujer a los ojos.

—Dime por qué has creado esta falsificación —dijo la decana, inclinándose hacia delante—. Obviamente, planeabas cambiarla por el lienzo que tengo en mi despacho junto a la Galería Imperial. Y sin embargo, tu objetivo era el Cetro Lunar. ¿Por qué planeabas robar también el lienzo? ¿Por avaricia?

—Mi tío Won me dijo que siempre tuviera un plan de contingencia —respondió Shai—. No pude asegurarme de que el cetro estuviese siquiera en exposición.

—Ah... —dijo Frava. Adoptó una expresión casi maternal, aunque estaba cargada de repulsión (apenas disimulada) y de condescendencia—. Solicitaste la intervención de un árbitro en tu ejecución, como hacen la mayoría de los prisioneros. En un impulso, decidí acceder a tu petición porque sentía curiosidad por saber por qué habías creado este lienzo. —Sacudió la cabeza—. Pero, niña, no pensarás en serio que vamos a dejarte en libertad. ¿Con pecados como este? Te hallas en una situación gravísima, y nuestra merced solo puede aplicarse a...

Shai se volvió para mirar a los otros árbitros. Los que se hallaban sentados junto a la chimenea parecían no estar prestando ninguna atención, pero tampoco hablaban entre sí. Estaban escuchando. «Algo va mal —pensó Shai—. Están preocupados».

Gaotona permanecía de pie a un lado. Inspeccionó a Shai con ojos que no traicionaban ninguna emoción.

Los modales de Frava tenían el aire de quien reprende a un niño pequeño. El final de su comentario encerraba el propósito de hacer que Shai esperara ser liberada. En conjunto, palabras y modales pretendían volverla moldeable, dispuesta a estar de acuerdo en todo con la esperanza de ser libre.

«Una oportunidad, en efecto...»

Era hora de tomar el control de la conversación.

—Queréis algo de mí —dijo Shai—. Estoy dispuesta a discutir mi pago.

—¿Tu «pago»? —se extrañó Frava—. ¡Niña, van a ejecutarte al amanecer! Si deseáramos algo de ti, tu pago sería tu vida.

—Mi vida es mía —replicó Shai—. Y lo es desde hace días.

—Por favor —dijo Frava—. Estabas encerrada en la celda de los falsificadores, con treinta tipos diferentes de piedra en la pared.

—Cuarenta y cuatro tipos, en realidad.

Gaotona enarcó una ceja, admirado.

«¡Noches! Me alegro de haberlo dicho bien...»

Shai miró a Gaotona.

—¿Pensasteis que no reconocería la piedra de afilar? Por favor. Soy falsificadora. Aprendí a clasificar piedras durante mi primer año de formación. Ese bloque pertenecía claramente a la cantera de Laio.

Frava abrió la boca para hablar, con una leve sonrisa en los labios.

—Sí, sé lo de las placas de ralkalest, el metal infalsificable, oculto tras la pared de roca de mi celda —aventuró Shai—. La pared era un acertijo para distraerme. No haríais una celda de rocas como la piedra arenisca, por si un prisionero renunciara a falsificar y tratara de abrirse paso cavando. Construisteis la pared, pero la asegurasteis con una placa de ralkalest detrás para impedir la huida.

Frava cerró la boca.

—El problema del ralkalest —continuó hablando Shai— es que no es un metal muy fuerte. Oh, la reja en lo alto de mi celda era bastante sólida, y no podría haber escapado por ahí. Pero ¿una placa fina? Venga ya. ¿Habéis oído hablar de la antracita?

Frava frunció el ceño.

—Es una roca que arde —respondió Gaotona.

—Me disteis una vela —dijo Shai, rebuscando en su espalda. Arrojó sobre la mesa su sello de alma improvisado con madera—. Todo lo que tenía que hacer era falsificar la pared y persuadir a las piedras de que son de antracita: no sería una tarea difícil, una vez identificados los cuarenta y cuatro tipos de roca. Podría quemarlas, y ellas derretirían esa placa tras la pared.

Shai acercó una silla y se sentó ante la mesa. Se reclinó en el respaldo. Tras ella, el capitán de los arietes refunfunó en voz baja, pero Frava

frunció los labios y no dijo nada. Shai dejó que sus músculos se relajaran, y encomendó una plegaria silenciosa al Dios Desconocido.

¡Noches! Parecía que se lo habían tragado. A Shai le preocupaba que supieran lo suficiente sobre el arte de falsificar para advertir su mentira.

—Iba a escapar esta noche —prosiguió Shai—, pero lo que queréis que haga debe de ser importante, ya que estáis dispuestos a implicar a una malhechora como yo. Y así llegamos al asunto de mi pago.

—Todavía podría hacerte ejecutar —dijo Frava—. Ahora mismo. Aquí.

—Pero no lo harás, ¿verdad?

Frava apretó la mandíbula.

—Te advertí que sería difícil de manipular —le dijo Gaotona a Frava.

Shai notaba que lo había impresionado, pero al mismo tiempo sus ojos parecían... ¿apenados? ¿Era esa la emoción adecuada? Le resultaba tan complicado leer a ese hombre como un libro en svordisano.

Frava alzó un dedo, luego lo dirigió a un lado. Un criado se acercó con una cajita envuelta en tela. El corazón de Shai se sobresaltó al verlo.

El hombre abrió los cierres de la parte delantera y levantó la tapa. La caja estaba recubierta de una suave tela y tenía cinco hendiduras para albergar sellos de alma. Cada sello cilíndrico de piedra era tan largo como un dedo y tan ancho como el pulgar de un hombre. Dentro de la caja, sobre las hendiduras, había un cuadernillo con tapas de cuero gastado por el uso. Shai aspiró un atisbo de su familiar olor.

Se llamaban Marcas de Esencia, el tipo más poderoso de sello de alma. Cada Marca de Esencia tenía que ser armonizada con un individuo concreto, y su función era reescribir su historia, su personalidad y su alma durante un breve período. Aquellas cinco estaban armonizadas con Shai.

—Cinco sellos para reescribir un alma —dijo Frava—. Cada uno de ellos es una abominación, y poseerlos es ilegal. Estas Marcas de Esencia iban a ser destruidas esta tarde. Aunque hubieras escapado, las habrías perdido. ¿Cuánto tiempo se tarda en crear una?

—Años —susurró Shai.

No había otras copias. Era demasiado peligroso dejar notas y diagramas, incluso en secreto, ya que daban a otras personas excesiva información sobre tu alma. Shai nunca perdía de vista esas Marcas de Esencia, excepto en las raras ocasiones en que se las quitaban.

—¿Las aceptarás como pago? —preguntó Frava con una mueca en los labios, como si discutiera de una comida de cieno y carne podrida.

—Sí.

Frava asintió, y el criado cerró la caja.

—Entonces, déjame que te muestre lo que tienes que hacer.

Shai nunca había visto a un emperador antes, y mucho menos pellizcado a uno en la cara.

El emperador Ashravan de los Ochenta Soles, cuadragésimo noveno señor del Imperio Rosa, no respondió cuando Shai lo pellizcó. Continuó mirando a la nada, las mejillas redondas sonrosadas y sanas, pero su expresión carecía completamente de vida.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Shai, retirándose de la cama del emperador. Había sido confeccionada al estilo del antiguo pueblo lamio, con un cabecero en forma de fénix alzándose hacia el cielo. Había visto un dibujo de un cabecero semejante en un libro; probablemente la falsificación había sido extraída de esa fuente.

—Asesinos —dijo el árbitro Gaotona. Estaba de pie al otro lado de la cama, junto con dos cirujanos. De los arietes, solo habían permitido la entrada a Zu, su capitán—. Los asesinos irrumpieron hace dos noches, y atacaron al emperador y a su esposa. A ella la mataron. El emperador recibió un virote de ballesta en la cabeza.

—Teniendo eso en cuenta —advirtió Shai—, su aspecto es bastante bueno.

—¿Estás familiarizada con el resellado? —preguntó Gaotona.

—Vagamente —respondió Shai.

Su pueblo lo llamaba la falsificación de la carne. Si la utilizaba un cirujano muy habilidoso, podía falsear un cuerpo para que eliminara sus heridas y cicatrices. Requería una gran especialización. El falsificador tenía que conocer todos y cada uno de los tendones, cada vena y cada músculo, para poder curar con precisión.

Resellar era una de las pocas ramas de la falsificación que Shai no había estudiado a fondo. Haz mal una falsificación corriente, y crearás una obra de escaso mérito artístico. Haz mal una falsificación de la carne, y morirá gente.

—Nuestros reselladores son sin duda los mejores del mundo —dijo Frava, dando unos pasos a los pies de la cama, las manos a la espalda

—. El emperador fue atendido rápidamente tras el intento de asesinato. La herida de su cabeza sanó, pero...

—Pero ¿su mente no? —preguntó Shai, agitando de nuevo la mano delante de la cara del emperador—. No parece que hayan hecho un buen trabajo.

Uno de los cirujanos se aclaró la garganta. El hombre, diminuto, tenía orejas como postigos de una ventana que hubieran sido abiertos de par en par en un día soleado.

—El resellado repara un cuerpo y lo renueva. Esto, sin embargo, es muy semejante a reencuadernar un libro con papel nuevo después de un incendio. Sí, puede parecer exactamente igual, y puede parecer entero. Pero las palabras... las palabras han desaparecido. Le hemos dado un nuevo cerebro al emperador. Simplemente, está vacío.

—Hum —dijo Shai—. ¿Habéis descubierto quién intentó asesinarlo?

Los cinco árbitros intercambiaron una mirada. Sí, ellos lo sabían.

—No estamos seguros —respondió Gaotona.

—Lo que quiere decir —añadió Shai— es que lo sabéis, pero no podéis demostrarlo del todo para hacer una acusación. ¿Una de las otras facciones de la Corte, entonces?

Gaotona suspiró.

—La Facción Gloria.

Shai silbó suavemente. Tenía sentido. Si el emperador fallecía, habría una buena oportunidad de que la Facción Gloria ganara la apuesta para nombrar a su sucesor. A los cuarenta años, el emperador Ashravan era todavía joven, para los baremos de los grandes. Se esperaba que gobernara otros cincuenta años.

Si era sustituido, los cinco árbitros de esa habitación perderían sus puestos, lo cual, según la política imperial, supondría un enorme golpe a su estatus. Pasarían de ser las personas más poderosas del mundo a contarse entre las más bajas de las ochenta facciones del imperio.

—Los asesinos no sobrevivieron al ataque —dijo Frava—. La Facción Gloria no sabe todavía si su plan tuvo éxito o no. Tienes que sustituir el alma del emperador con... —Frava inspiró profundamente—. Con una falsificación.

«Están locos», pensó Shai. Falsificar tu propia alma ya era bastante difícil, y no había que reconstruirla partiendo de cero.

Los árbitros no tenían ni idea de lo que estaban pidiendo. Naturalmente que no. Odiaban la falsificación, o eso decían. Caminaban por suelos de imitación ante copias pasadas de jarrones antiguos, dejaban que sus cirujanos repararan los cuerpos, pero no llamaban a ninguna de estas cosas «falsificación» en su propia lengua.

La falsificación del alma, eso era lo que consideraban una abominación. Lo que significaba que Shai era, en efecto, su única opción. Nadie en su propio gobierno sería capaz de llevarlo a cabo. Probablemente, ella tampoco.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Gaotona.

«No tengo ni idea», pensó Shai.

—Sí —respondió.

—Es preciso que sea una falsificación exacta —dijo Frava con tono severo—. Si la Facción Gloria tiene alguna sospecha, atacarán. El emperador no debe actuar de manera errática.

—He dicho que podría —replicó Shai—. Pero será difícil. Necesitaré información sobre Ashravan y su vida, todo lo que podamos conseguir. Las historias oficiales servirán para comenzar, pero al final serán demasiado estériles. Necesitaré entrevistas extensas y escritos sobre su persona redactados por quienes lo conocieron mejor. Criados, amigos, familiares. ¿Llevaba un diario?

—Sí —respondió Gaotona.

—Excelente.

—Esos documentos están sellados —intervino uno de los otros árbitros—. Quería mandarlos destruir...

Todos en la habitación se volvieron hacia el hombre. Este tragó saliva y luego agachó la cabeza.

—Tendrás todo lo que pidas —dijo Frava.

—Necesitaré también un sujeto de pruebas —prosiguió Shai—. Alguien con quien probar mis falsificaciones. Un grande, varón, que tuviera mucho trato con el emperador y lo conociera a fondo. Eso me permitirá ver si hago bien la personalidad.

¡Noches! Hacer la personalidad como es debido sería secundario. Hacer un sello que de verdad prendiera... eso constituiría el primer paso. No estaba segura de poder conseguir siquiera eso.

—Y necesitaré piedra de alma, naturalmente.

Frava miró a Shai, los brazos cruzados.

—No esperaréis que haga esto sin piedra de alma —dijo Shai secamente—. Podría tallar un sello de madera, si tuviera que hacerlo, pero vuestro objetivo ya es bastante difícil de por sí. Piedra de alma. En grandes cantidades.

—Bien —concedió Frava—. Pero se te mantendrá bajo vigilancia estos tres meses. Una estricta vigilancia.

—¿Tres meses? —se asombró Shai—. Pienso que esto requerirá al menos dos años.

—Tienes cien días —repuso Frava—. En realidad, noventa y ocho ya.

«Imposible».

—La explicación oficial de por qué no se ha visto al emperador estos dos últimos días —intervino una de las mujeres árbitro— es que está de luto por la muerte de su esposa. La Facción Gloria dará por hecho que estamos ganando tiempo tras la muerte del emperador. Cuando los cien días de aislamiento hayan terminado, exigirán que Ashravan se presente a la Corte. Si no lo hace, estamos acabados.

«Y tú también», eso era lo que implicaba el tono de la mujer.

—Necesitaré oro —continuó Shai—. Coged lo que penséis que voy a pedir y dobladlo. Saldré rica de este país.

—Hecho —dijo Frava.

«Demasiado fácil», pensó Shai. Magnífico. Planeaban matarla en cuanto terminara aquel trabajo.

Bien, eso le daba noventa y ocho días para buscar una salida.

—Traedme esos archivos —dijo—. Necesitaré un lugar para trabajar, suficientes suministros, y recuperar mis cosas. —Alzó un dedo antes de que pudieran quejarse—. No mis Marcas de Esencia, sino todo lo demás. No voy a trabajar durante tres meses con la misma ropa que he llevado mientras estaba en prisión. Y, ahora que lo pienso, que alguien me prepare un baño de inmediato.

Día tres

Al día siguiente, bañada, bien alimentada, y descansada por primera vez desde su captura, Shai oyó cómo llamaban a su puerta.

Le habían proporcionado una habitación. Era diminuta, probablemente la más fea de todo el palacio, y olía un poco a humedad. Como es natural, seguían apostando guardias para vigilarla toda la noche, y por lo que recordaba del trazado del enorme palacio, se hallaba en una de las alas menos frecuentadas, utilizada para almacenaje.

Con todo, era mejor que una celda. Más o menos.

Al oír la llamada, Shai dejó de inspeccionar la vieja mesa de cedro de la habitación. Dudaba que hubiera visto un hule desde que ella naciera. Uno de los guardias abrió la puerta y permitió entrar al anciano árbitro Gaotona, que llevaba una caja de dos palmos de ancho y unos cinco centímetros de grosor.

Shai se acercó rápidamente, arrancando una mirada del capitán Zu, que acompañaba al árbitro.

—Mantén la distancia de Su Excelencia —gruñó Zu.

—¿O qué? —preguntó Shai, cogiendo la caja—. ¿Me apuñalarás?

—Algún día, disfrutaré...

—Sí, sí —dijo Shai mientras regresaba a su mesa y abría la tapa de la caja. Dentro había dieciocho sellos de alma, con las cabezas lisas y sin grabar. Sintió un escalofrío de emoción y cogió uno, que alzó a la luz para examinarlo.

Había recuperado sus gafas, así que ya no tenía necesidad de entornar los ojos. También llevaba ropas más adecuadas que un vestido desastrado. Una falda hasta la pantorrilla, lisa, roja, y una blusa abrochada. Los grandes considerarían que era una indumentaria poco adecuada, ya que entre ellos el estilo del momento eran las túnicas de aspecto antiguo o los saris. A Shai le parecían espantosos. Bajo la blusa llevaba una ajustada camisa de algodón, y bajo la falda, unas calzas. Una dama nunca sabía cuándo podía necesitar desprenderse de su capa exterior de ropas para disfrazarse.

—Es buena piedra —dijo, refiriéndose al sello que tenía entre los dedos.

Sacó uno de sus cinceles, con una punta casi tan fina como la cabeza de un alfiler, y empezó a rascar la roca. Sí que era una buena piedra de

alma. La roca se desprendía con facilidad y precisión. La piedra de alma era casi tan blanda como la tiza, pero no se resquebrajaba al ser rascada. Podía tallarse con gran precisión, y luego fijarla con una llama y una marca en la parte superior, que la endurecían hasta darle una consistencia parecida a la del cuarzo. La única forma de conseguir un sello mejor era tallar uno a partir del cristal mismo, que era increíblemente difícil.

En cuanto a la tinta, le habían proporcionado una de calamar, roja y brillante, mezclada con un pequeño porcentaje de cera. Cualquier tinta orgánica fresca funcionaría, aunque las tintas de animales eran mejores que las extraídas de plantas.

—¿Robaste... un jarrón del pasillo de ahí fuera? —preguntó Gaotona, frunciendo el ceño ante un objeto que había a un lado de la pequeña estancia.

Shai había cogido uno de los jarrones al volver del baño. Uno de los guardias había tratado de interferir, pero ella ignoró la objeción. Ese guardia se ruborizaba ahora.

—Sentía curiosidad por las habilidades de vuestros falsificadores —aclaró Shai, al tiempo que soltaba sus herramientas y colocaba el jarrón sobre la mesa. Lo volvió de lado, para mostrar la parte inferior y el sello rojo impreso en la arcilla.

El sello de un falsificador era fácil de localizar. No solo se marcaba en la superficie del objeto, sino que se hundía en el material creando una depresión de surcos rojos. El borde del sello redondo era también rojo, pero elevado, como un repujado.

Se podía decir mucho de una persona por la manera en que diseñaba sus sellos. Ese, por ejemplo, lucía un aspecto estéril. No era arte verdadero, lo cual contrastaba con la belleza minuciosamente detallada y delicada del jarrón mismo. Shai había oído que la Facción de la Herencia tenía cadenas de falsificadores a medio formar trabajando de memoria, creando esas piezas como las cadenas de hombres que producen zapatos en una fábrica.

—Nuestros obreros no son falsificadores —replicó Gaotona—. No usamos esa palabra. Son recordadores.

—Es lo mismo.

—No tocan las almas —dijo Gaotona con severidad—. Aparte de eso, lo que nosotros hacemos es por aprecio al pasado, no por engañar o timar a la gente. Nuestros recordadores provocan una mayor comprensión de su herencia en la gente.

Shai enarcó una ceja. Sacó su martillo y su cincel, luego los colocó en ángulo sobre el borde repujado del sello del jarrón. El sello resistió

(había una fuerza en él que trataba de permanecer en su sitio), pero el golpe se abrió paso. El resto del sello se abrió, los surcos desaparecieron, el sello se convirtió en un simple tampón y perdió sus poderes.

Los colores del jarrón se apagaron rápidamente, convirtiéndose en un simple gris, y su forma se retorció. Un sello de alma no hacía solo cambios visuales; también reescribía la historia de un objeto. Sin el sello, el jarrón era una pieza horrible. Quien lo había creado no se había preocupado por el producto final. Tal vez sabían que sería parte de una falsificación. Shai sacudió la cabeza y siguió trabajando en el sello de alma sin terminar. No lo hacía por el emperador (todavía no estaba preparada para eso), pero tallar la ayudaba a pensar.

Gaotona hizo un gesto a los guardias para que se marcharan, todos menos Zu, que permaneció a su lado.

—Eres un enigma, falsificadora —dijo Gaotona cuando los otros dos guardias salieron y cerraron la puerta.

Se sentó en una de las dos desvencijadas sillas de madera, que junto con la endeble cama, la antigua mesa y el cofre con sus cosas, componían todo el mobiliario de la habitación. La única ventana tenía el marco combado que dejaba entrar la brisa, e incluso las paredes mostraban grietas.

—¿Un enigma? —preguntó Shai, alzando el sello para observar con atención su trabajo—. ¿Qué clase de enigma?

—Eres una falsificadora. Por tanto, no se puede confiar en ti sin tenerte bajo vigilancia. Intentarás escapar en el momento en que se te ocurra un modo factible de huir.

—Entonces, deja a los guardias conmigo —respondió Shai, tallando un poco más.

—Perdona —repuso Gaotona—, pero dudo que tardaras mucho tiempo en acosarlos, sobornarlos o chantajearlos.

Zu, a su lado, se envaró.

—No pretendía ofenderte, capitán —dijo Gaotona—. Confío mucho en tu gente, pero lo que tenemos ante nosotros es una maestra del engaño, mentirosa y ladrona. Tarde o temprano, tus mejores guardias acabarían siendo barro en sus manos.

—Gracias —repuso Shai.

—No era un cumplido. Lo que tu clase toca, lo corrompe. Me preocupaba dejarte sola durante un día bajo la supervisión de unos ojos

mortales. Por lo que sé de ti, casi podrías encandilar a los propios dioses.

Ella continuó trabajando.

—No puedo fiarme de ningún grillete que te contenga —dijo Gaotona en voz baja—, ya que nos pides que te demos piedra de alma para que puedas trabajar en nuestro... problema. Convertirías tus grilletes en jabón, y te perderías en la noche riendo.

Esas palabras, naturalmente, delataban una completa falta de comprensión sobre el funcionamiento del arte de la falsificación. Una falsificación tenía que ser probable, creíble; de otro modo, no prendía. ¿Quién creería en una cadena hecha de jabón? Sería ridículo.

Lo que sí podía hacer, sin embargo, era descubrir los orígenes y la composición de la cadena, y luego reescribir una cosa u otra. Podía falsear el pasado de la cadena para que uno de los eslabones hubiera sido forjado de manera incorrecta, lo cual le proporcionaría un defecto que podría explotar. Aunque no fuera capaz de dar con la historia exacta de la cadena, lograría escapar: un sello imperfecto no duraba mucho, pero solo necesitaría unos instantes para romper el eslabón con un martillo.

Podían hacer una cadena con ralkalest, el metal infalsificable, pero eso tan solo retrasaría su huida. Con tiempo suficiente, y piedra de alma, encontraría una solución. Falsificar la pared para que tuviera una débil grieta, para conseguir soltar la cadena. Falsificar el techo para que tuviera un bloque suelto, que pudiera dejar caer y aplastar los débiles eslabones de ralkalest.

Ella no quería hacer algo tan extremo si no había necesidad.

—No comprendo por qué tenéis que preocuparos por mí —dijo Shai, sin dejar de trabajar—. Me intriga lo que estamos haciendo, y me han prometido riquezas. Eso es suficiente para mantenerme aquí. No olvides que podría haber escapado de mi celda anterior en cualquier momento.

—Ah, sí —respondió Gaotona—. La celda donde habrías usado la falsificación para atravesar la pared. Dime, por curiosidad, ¿has estudiado la antracita? Esa roca en la que dijiste que convertirías la pared. Creo recordar que es muy difícil hacerla arder.

«Este hombre es más listo de lo que los demás le reconocen».

La llama de una vela habría tenido problemas para inflamar la antracita: teóricamente, la roca ardía a la temperatura correcta, pero calentar lo suficiente toda una muestra era muy complicado.

—Hubiera sido muy capaz de crear un entorno ardiente adecuado utilizando la madera de mi camastro y convirtiendo en carbón unas cuantas piedras.

—¿Sin horno? —inquirió Gaotona, ligeramente divertido—. ¿Sin fuelles? Pero esto no viene al caso. Dime, ¿cómo planeabas sobrevivir dentro de una celda con la pared ardiendo a más de dos mil grados? ¿No absorbería ese tipo de fuego todo el aire respirable? Ah, pero claro. Podrías haber usado la ropa de cama para transformarla en un conductor pobre, tal vez cristal, y haber hecho un caparazón para ocultarte dentro.

Shai continuó tallando, incómoda. La forma en que el hombre decía aquello... Sí, sabía que ella no podría haber hecho lo que estaba describiendo. La mayoría de los grandes ignoraban el arte de la falsificación, y ese hombre sin duda era uno de ellos; en cambio sabía lo suficiente para comprender que no podría haber escapado como ella decía. Igual que la ropa de cama no podía convertirse en cristal.

Aparte de eso, transformar la pared entera en otro tipo de roca habría sido difícil. Habría tenido que cambiar demasiadas cosas, reescribir la historia para que las canteras de cada variedad de piedra estuvieran cerca de depósitos de antracita, y que en cada caso un bloque de la roca inflamable fuera extraído por error. Suponía un esfuerzo enorme, y casi imposible, sobre todo sin el conocimiento específico de las canteras en cuestión.

La plausibilidad era la clave de cualquier falsificación, mágica o no. La gente comentaba entre susurros que los falsificadores convertían el plomo en oro, sin darse cuenta jamás de que lo contrario era mucho, mucho más fácil. Inventar una historia para un lingote de oro donde en algún momento del proceso alguien lo había adulterado con plomo... bueno, era una mentira plausible. Lo contrario sería tan improbable que un sello que hiciera esa transformación no duraría mucho.

—Me impresionas, excelencia —dijo finalmente Shai—. Piensas como un falsificador.

La expresión de Gaotona se agrió.

—Eso pretendía ser un cumplido —aclaró ella.

—Valoro la verdad, jovencita. No las falsificaciones.

La miró con la expresión propia de un abuelo decepcionado.

—He visto lo que tus manos son capaces de hacer. Esa copia de la pintura que llevaste a cabo... era notable. Sin embargo, se realizó en nombre de la mentira. ¿Qué obras maestras podrías crear si te

concentraras en la industria y la belleza en vez de en la riqueza y el engaño?

—Lo que yo hago son obras de arte de gran valor.

—No. Copias obras de arte de gran valor de otros. Lo que haces es técnicamente maravilloso, pero carece por completo de espíritu.

A Shai casi le patinó el cincel; tenía las manos tensas. ¿Cómo se atrevía? Amenazar con ejecutarla era una cosa, pero ¿insultar su arte? ¡Hacía que pareciera... como uno de esos falsificadores de cadena de montaje, produciendo jarrón tras jarrón!

A duras penas se calmó, luego forzó una sonrisa. En una ocasión, su tía Sol le había dicho que sonriera ante los peores insultos y replicara a los menores. De esa forma, ningún hombre conocería su corazón.

—Entonces ¿cómo vais a controlarme? —preguntó—. Hemos establecido que me cuento entre las más viles mujerzuelas que se deslizan por los muros de este palacio. No podéis atarme y no podéis confiar en que vuestros propios soldados me vigilen.

—Bueno —dijo Gaotona—, cuando sea posible, yo supervisaré personalmente tu trabajo.

Ella habría preferido a Frava, que parecía más fácil de manipular, pero tendría que apañárselas.

—Si así lo deseas... —repuso Shai—. Gran parte del proceso será aburrido para alguien que no entienda la falsificación.

—No me interesa que me entretengan —dijo Gaotona, haciendo un gesto con la mano al capitán Zu—. Cada vez que esté aquí, el capitán Zu me vigilará. Es el único de nuestros arietes que conoce la gravedad de las heridas del emperador, y solo él está al tanto de nuestro plan contigo. Otros guardias te custodiarán durante el resto del día, y no hablarás con ninguno de ellos de tu tarea. No habrá ningún rumor de lo que nos traemos entre manos.

—No tienes que preocuparte de que hable —dijo Shai, sincera por una vez—. Cuanta más gente conozca mi falsificación, más probable será que fracase.

«Además —pensó—, si se lo dijera a los guardias, indudablemente los ejecutaríais para preservar vuestros secretos». No le gustaban los arietes, pero aún menos le gustaba el imperio, y los guardias en realidad eran otro tipo de esclavos. Shai no se dedicaba a hacer que mataran a la gente sin motivo.

—Excelente —dijo Gaotona—. El segundo método de asegurar tu... atención a nuestro proyecto aguarda fuera. Cuando quieras, mi buen capitán.

Zu abrió la puerta. Una figura embozada esperaba con los guardias. La figura entró en la habitación; caminaba con paso vivo, pero de algún modo antinatural. Después de que Zu cerrara la puerta, se quitó la capucha y reveló un rostro de lechosa piel blanca y ojos rojos.

Shai siseó suavemente entre dientes.

—¿Y llamáis a lo que yo hago abominación?

Gaotona la ignoró y se levantó de su silla para dirigirse al recién llegado.

—Díselo.

El recién llegado apoyó sus largos dedos blancos sobre la puerta, inspeccionándola.

—Colocaré aquí la runa —dijo con voz cargada de acento—. Si ella sale de esta habitación por algún motivo, o si altera la runa de la puerta, lo sabré. Mis mascotas vendrán a por ella.

Shai se estremeció. Fulminó con la mirada a Gaotona.

—Un sellador de sangre. ¿Has invitado a un sellador de sangre a tu palacio?

—Este ha demostrado hace poco ser un activo importante —dijo Gaotona—. Es leal y discreto. También es muy efectivo. Hay... ocasiones en que es preciso aceptar la ayuda de la oscuridad para contener una oscuridad aún mayor.

Shai siseó en voz baja cuando el sellador de sangre sacó algo de su túnica. Un burdo sello de alma creado a partir de hueso. Sus «mascotas» también serían de hueso, falsificaciones de vida humana creadas a partir de los esqueletos de los muertos.

El sellador de sangre la miró.

Shai retrocedió.

—No esperarás que...

Zu la sujetó por los brazos. Noches, sí que era fuerte. Sintió pánico. ¡Sus Marcas de Esencia! ¡Necesitaba sus Marcas de Esencia! Con ellas podía luchar, escapar, correr...

Zu le hizo un corte en la parte interior del brazo. Shai apenas sintió la herida poco profunda, pero se debatió de todas formas. El sellador de sangre avanzó un paso y empapó su horrible herramienta con la sangre de Shai. Entonces dio media vuelta y apretó el sello contra el centro de la puerta.

Cuando retiró la mano, dejó un brillante sello rojo en la madera. Tenía forma de ojo. En el momento en que marcó el sello, Shai sintió un agudo dolor en el brazo, donde había recibido el corte.

Jadeó, con los ojos muy abiertos. Nunca antes nadie se había atrevido a hacerle ningún daño. ¡Casi era mejor que la hubieran ejecutado! Casi era mejor que...

«Contrólate —se dijo tenazmente—. Conviértete en alguien que pueda enfrentarse a esto».

Inspiró profundamente y se dejó convertir en otra persona. Una imitación de sí misma que conservaba la calma, incluso en una situación como aquella. Era una burda falsificación, solo un truco mental, pero funcionó.

Se zafó de Zu, luego aceptó el pañuelo que Gaotona le ofrecía. Miró con odio al sellador de sangre mientras el dolor de su brazo desaparecía. Él le sonrió con unos labios que eran blancos y levemente transparentes, como la piel de un gusano. Le hizo un gesto con la cabeza a Gaotona antes de volver a colocarse la capucha; acto seguido, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Shai se obligó a respirar de manera controlada, calmándose. No había ninguna sutileza en lo que hacía el sellador de sangre: ellos no se andaban con remilgos. En vez de habilidad o capacidad artística, usaban trucos y sangre. Sin embargo, su oficio era efectivo. El hombre sabría si Shai salía de la habitación, y tenía su sangre fresca en el sello, que estaba armonizado con ella. Con eso, sus mascotas no-muertas podrían cazarla no importaba a donde huyera.

Gaotona volvió a sentarse en su silla.

—¿Sabes qué sucederá si te das a la fuga?

Shai miró con furia a Gaotona.

—Ahora comprendes lo desesperados que estamos —dijo él con voz suave, entrelazando los dedos—. Si huyes, te entregaremos al sellador de sangre. Tus huesos se convertirán en su siguiente mascota. Esta promesa fue todo lo que requirió como pago. Puedes comenzar tu trabajo, falsificadora. Hazlo bien, y escaparás de este destino.

Día cinco

Y trabajó.

Shai empezó a indagar en la vida del emperador. Pocas personas comprendían que la falsificación se basaba en el estudio y la investigación. Era un arte que cualquier hombre o mujer podía aprender; solo requería una mano firme y ojo para el detalle.

Eso y la disposición a pasarse semanas, meses, incluso años preparando el sello de alma ideal.

Shai no disponía de años. Se sintió apurada mientras leía biografía tras biografía y a menudo se quedaba despierta hasta muy tarde tomando notas. No creía que pudiera hacer lo que le pedían. Crear una falsificación creíble del alma de otro hombre, sobre todo con tan poco tiempo, no era posible. Por desgracia, tenía que mantener la farsa mientras planeaba su huida.

No le permitían salir de la habitación. Utilizaba un orinal cuando había que atender la llamada de la naturaleza, y para bañarse le traían una tina de agua caliente y toallas. La supervisaban en todo momento, incluso cuando se bañaba.

Aquel sellador de sangre acudía todas las mañanas a renovar su marca en la puerta. En cada ocasión, el acto requería un poco de sangre de Shai. Pronto tuvo los brazos cubiertos de cortes poco profundos.

También Gaotona la visitaba. El anciano árbitro la estudiaba mientras leía, observándola con aquellos ojos que juzgaban... pero que no odiaban.

En tanto maquinaba sus planes, Shai decidió una cosa: para ser libre tendría que manipular a ese hombre de algún modo.

Día doce

Shai presionó su sello sobre la superficie de la mesa.

Como siempre, este se hundió levemente en el material. Un sello de alma dejaba una impronta que podías sentir, no importaba el material. Dio medio giro al sello: eso no emborronaba la tinta, aunque no sabía por qué. Uno de sus mentores le había enseñado que era debido a que a estas alturas el sello tocaba el alma del objeto y no su presencia física.

Cuando retiró el sello, dejó una brillante marca roja, como si estuviera tallado allí. La transformación se extendía desde el sello en forma de ola. El cedro gris oscuro de la mesa se volvió hermoso y bien cuidado, con una cálida pátina que reflejaba la luz de las velas que tenía delante.

Shai apoyó los dedos en la nueva mesa; ahora era suave al contacto. Los cantos y las patas estaban bellamente tallados, repujados aquí y allá de plata.

Gaotona se irguió en su asiento, soltando el libro que estaba leyendo. Zu se agitó incómodo al ver la falsificación.

—¿Qué era eso? —preguntó Gaotona.

—Estaba cansada de encontrarme lascas —respondió Shai, y volvió a sentarse en su silla, que crujió. «Tú eres el siguiente», pensó.

Gaotona se levantó y se acercó a la mesa. La tocó, como si esperara que la transformación fuera una simple ilusión. No lo era. La hermosa mesa parecía ahora horriblemente fuera de lugar en la sórdida habitación.

—¿Esto es lo que has estado haciendo?

—Tallar me ayuda a pensar.

—¡Deberías concentrarte en tu tarea! —exclamó Gaotona—. Esto es una frivolidad. ¡El imperio mismo corre peligro!

«No —pensó Shai—. El imperio, no; vuestro dominio de él». Por desgracia, después de once días, seguía sin tener un aspecto de Gaotona que poder explotar.

—Estoy trabajando en vuestro problema, Gaotona —dijo—. Lo que me pedís no es una tarea sencilla.

—¿Y cambiar esa mesa lo era?

—Claro que sí. Todo lo que tuve que hacer fue reescribir su pasado para que se mantuviera, en vez de permitir que se hundiera en la imposibilidad de ser reparada. Eso apenas requiere ningún trabajo.

Gaotona vaciló, luego se arrodilló junto a la mesa.

—Estas tallas, estas incrustaciones... no formaban parte de la mesa original.

—Puede que haya añadido algo.

Shai no estaba segura de que la falsificación fuera a prender o no. En unos minutos, ese sello podía evaporarse y la mesa volver a su estado anterior. Con todo, tenía la convicción de que había imaginado suficientemente bien el pasado de la mesa. Algunas de las historias que estaba leyendo mencionaban de dónde habían venido los regalos. Sospechaba que esa mesa procedía de la lejana Svorden como regalo al predecesor del emperador Ashravan. La tensa relación con Svorden había impulsado al emperador a guardarla e ignorarla.

—No reconozco esta pieza —dijo Gaotona, sin dejar de mirar la mesa.

—¿Por qué deberías hacerlo?

—He estudiado a fondo las artes antiguas —respondió él—. ¿Esto es de la dinastía Vivare?

—No.

—¿Una imitación de la obra de Chamrav?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Nada —dijo Shai, exasperada—. No imita nada; se ha convertido en una versión mejor de sí misma.

Esa era una máxima de la buena falsificación: mejora levemente un original, y la gente a menudo aceptaría la falsificada porque era superior.

Gaotona se levantó, preocupado. «Está pensando de nuevo que desperdicio mi talento», se dijo Shai con malestar, apartando un fajo de informes sobre la vida del emperador. Recopilados a petición suya, esos informes procedían de los sirvientes de palacio. No quería solo las historias oficiales. Necesitaba autenticidad, no recitados estériles.

Gaotona volvió a sentarse en su silla.

—No veo cómo transformar esta mesa puede no haber supuesto casi ningún trabajo, aunque claramente debe de ser mucho más sencillo que lo que se te ha pedido que hagas. Ambas cosas me parecen increíbles.

—Cambiar el alma de un hombre es mucho más difícil.

—Puedo aceptar eso a nivel conceptual, pero no conozco los detalles. ¿Por qué es así?

Ella lo miró. «Quiere saber más de lo que estoy haciendo —pensó—, para poder entender cómo preparo la huida». Él sabía que Shai lo estaría intentando, por supuesto. Los dos fingían que ninguno era consciente de eso.

—De acuerdo —dijo ella, poniéndose en pie y acercándose a la pared de la habitación—. Hablemos de la falsificación. La jaula en la que me encerrasteis tenía una pared de cuarenta y cuatro tipos de piedra, prácticamente una trampa para mantenerme distraída. Si quería intentar escapar, antes debía averiguar la disposición y el origen de cada bloque. ¿Por qué?

—Para poder crear una falsificación de la pared, obviamente.

—Pero ¿por qué todos ellos? —preguntó Shai—. ¿Por qué no cambiar solo un bloque o unos pocos? ¿Por qué no hacer únicamente un agujero lo bastante grande para meterme dentro y crear un túnel para mí?

—Yo... —Frunció el ceño—. No tengo ni idea.

Shai apoyó la mano en la pared exterior de la habitación. La habían pintado, aunque la pintura se desprendía en varias zonas. Podía sentir las piedras aparte.

—Todas las cosas existen en tres reinos, Gaotona. Físico, cognitivo y espiritual. El físico es lo que sentimos, lo que tenemos delante. El cognitivo es cómo vemos un objeto y cómo ese objeto se ve a sí mismo. El reino espiritual contiene el alma del objeto, su esencia, además de las formas en que está conectado a las cosas y personas que lo rodean.

—Debes comprender que no suscribo tus supersticiones paganas —objetó Gaotona.

—Sí, en cambio adoras al sol —respondió Shai, sin poder reprimir la burla de su voz—. O, más bien, a ochenta soles... creyendo que aunque todos son exactamente iguales, cada día sale un sol diferente. Bueno, querías saber cómo funciona la falsificación, y por qué el alma del emperador será difícil de reproducir. Los reinos son importantes para esto.

—Muy bien.

—Este es el argumento. Cuanto más tiempo exista un objeto como conjunto, y más tiempo se vea en ese estado, más fuerte será su sensación de identidad completa. Esa mesa está compuesta de diversas piezas de madera unidas, pero ¿pensamos así de ella? No. Vemos el todo.

»Para falsificar la mesa, debo comprenderla como un conjunto. Lo mismo sucede con una pared. Aquella pared ha existido el tiempo suficiente para verse a sí misma como una única entidad. Yo podría, tal vez, haber abordado cada bloque por separado (todavía podrían ser lo suficientemente diferenciados), pero hacerlo sería difícil, ya que la pared quiere actuar como un todo.

—La pared quiere ser tratada como un todo —dijo Gaotona con voz inexpresiva.

—Sí.

—Estás dando a entender que la pared tiene alma.

—Todas las cosas la tienen —respondió ella—. Cada objeto se ve a sí mismo como algo. La conexión y la intención son vitales. Por eso, maestro árbitro, no puedo escribir sin más una personalidad para tu emperador, sellarlo y terminar. Siete informes que he leído dicen que su color favorito era el verde. ¿Sabes por qué?

—No —respondió Gaotona—. ¿Y tú?

—No estoy segura todavía —dijo Shai—. Creo que es porque a su hermano, que falleció cuando Ashravan tenía seis años, le gustó siempre. El emperador se aferró al color, ya que le recuerda a su hermano muerto. También puede que haya un componente de nacionalismo, ya que nació en Ukurgi, donde el verde predomina en la bandera de la provincia.

Gaotona parecía preocupado.

—¿Tienes que saber esos detalles tan concretos?

—¡Noches, sí! Y mil cosas igual de detalladas. Puedo equivocarme en algo. Me equivocaré en algo sin duda. Pero la mayoría de los errores no importarán; harán que su personalidad se desvíe un poco, pero cada persona cambia día a día, en cualquier caso. No obstante, si me equivoco demasiado, tanto dará la personalidad porque el sello no prenderá. Como mínimo, no durará lo suficiente para servir de nada. Asumo que si tu emperador tiene que ser resellado cada quince minutos, será imposible mantener la charada.

—Asumes correctamente.

Shai se sentó dejando escapar un suspiro y se puso a examinar sus notas.

—Dijiste que podrías hacer esto —le recordó Gaotona.

—Sí.

—Lo has hecho antes, con tu propia alma.

—Conozco mi alma —explicó Shai—. Conozco mi propia historia. Sé qué puedo cambiar para conseguir el efecto que necesito... e incluso así hacer bien mis propias Marcas de Esencia fue difícil. Ahora no solo tengo que hacerlo para otra persona, sino que además la transformación debe ser mucho más extensa. Y me quedan noventa días para hacerlo.

Gaotona asintió lentamente.

—Ahora —dijo ella—, deberías contarme qué estáis haciendo para mantener la simulación de que el emperador sigue vivo y bien.

—Estamos haciendo todo lo que hay que hacer.

—Disto de sentirme tan confiada como vosotros. Creo que soy un poco mejor que la mayoría a la hora de engañar a la gente.

—Creo que te sorprenderás —respondió Gaotona—. Después de todo, somos políticos.

—Muy bien, de acuerdo. Pero le estaréis haciendo llegar comida, ¿verdad?

—Naturalmente. Cada día se envían tres servicios de comida a los aposentos del emperador, que regresan vacíos a las cocinas de palacio, aunque como es obvio se le alimenta en secreto con caldo. Lo bebe cuando se le da, pero mira al frente, como si fuera sordo y mudo.

—¿Y el orinal?

—No tiene control sobre sí mismo —dijo Gaotona, haciendo una mueca—. Le hemos puesto pañales.

—¡Noches, hombre! ¿Y nadie cambia un orinal falso? ¿No crees que eso resultará sospechoso? Las criadas harán comentarios, igual que los guardias ante su puerta. ¡Debéis tener en cuenta esas cosas!

Gaotona tuvo la decencia de ruborizarse.

—Me encargaré de que así sea, aunque no me gusta la idea de que entre nadie más en sus aposentos. Demasiada gente puede descubrir lo que le ha sucedido.

—Entonces, escoge a alguien en quien confíes —dijo Shai—. De hecho, impón una norma ante las puertas del emperador. Que no entre nadie a menos que tenga una tarjeta con tu sello personal. Y sí, sé por qué abres la boca para ponerme objeciones. Conozco a la perfección lo bien protegidos que están los aposentos del emperador: fue parte de lo que estudié para irrumpir en la galería. Vuestra seguridad no era férrea entonces, como demostraron los asesinos. Haz lo que sugiero. Cuantas más barreras de seguridad, mejor. Si lo que le ha ocurrido al emperador se hace público, no tengo ninguna duda de que acabaré de vuelta en esa celda esperando a ser ejecutada.

Gaotona suspiró, pero asintió.

—¿Qué más sugieres?

Día diecisiete

Una fría brisa cargada de especias desconocidas se colaba por las grietas de la ventana combada de Shai. El bajo rumor de los vítores también se filtraba. En el exterior, la ciudad estaba de celebración. La Delbahad, una fiesta de la que nadie sabía nada hasta hacía dos años. La Facción de la Herencia continuaba recuperando y reviviendo antiguas festividades en un esfuerzo por inclinar hacia ellos el favor de la opinión pública.

No serviría de nada. El imperio no era una república, y los únicos que tenían algo que decir en el nombramiento de un nuevo emperador serían los árbitros de las diversas facciones. Shai dejó de prestar atención a los festejos, y siguió leyendo el diario del emperador.

«He decidido, por fin, acceder a las exigencias de mi facción —decía el diario—. Me ofreceré para el puesto de emperador, como Gaotona ha insistido tantas veces. El emperador Yazad se debilita por la enfermedad, y pronto habrá que hacer una nueva elección».

Shai hizo una anotación. Gaotona había animado a Ashravan a conseguir el trono. Y sin embargo, más adelante en el diario, Ashravan hablaba con desprecio de Gaotona. ¿Por qué ese cambio? Terminó la anotación, luego pasó a otra entrada años más tarde.

El diario personal del emperador Ashravan la fascinaba. Lo había escrito de su puño y letra, y había incluido instrucciones para que fuera destruido tras su muerte. Los árbitros le habían entregado a Shai el diario a regañadientes, y con vehementes justificaciones. El emperador no había muerto. Su cuerpo vivía todavía. Por tanto, habían hecho bien al no quemar los escritos.

Hablaban con confianza, pero ella notaba la incertidumbre en sus ojos. Era fácil leer en ellos... en todos menos en Gaotona, cuyos pensamientos más íntimos continuaban eludiéndola. Los árbitros no comprendían el propósito de aquel diario. ¿Por qué escribir, se preguntaban, si no era para la posteridad? ¿Por qué poner tus pensamientos sobre el papel si no era para que otros los leyeran?

«Igual que pedirle a una falsificadora por qué obtiene satisfacción al crear una falsificación y verla expuesta sin que nadie sepa que fue obra suya, y no la del artista original, la que reverenciaban», pensó ella.

El diario le decía mucho más sobre el emperador que las historias oficiales, y no solo por su contenido. Las páginas del cuaderno estaban gastadas y manchadas por el constante uso. Ashravan había escrito su diario para que fuera leído... por él mismo.

¿Qué recuerdos había sembrado Ashravan tan profundamente que leía ese cuaderno una y otra y otra vez? ¿Era vanidoso y disfrutaba de la emoción de las conquistas pasadas? ¿Era, en cambio, inseguro? ¿Se pasaba horas releýéndolo porque quería justificar sus errores? ¿O había otro motivo?

La puerta de la habitación se abrió. Habían dejado de llamar. ¿Para qué? Ya le negaban cualquier semblanza de intimidad. Seguía siendo una cautiva, pero más importante que antes.

Frava, la decana de los árbitros, entró, grácil y esbelta, llevando una túnica de suave violeta. Su trenza gris estaba adornada esta vez de oro y violeta. El capitán Zu la acompañaba. Shai suspiró para sus adentros y se ajustó las gafas. Había previsto una noche de estudio y planificación, ininterrumpida ahora que Gaotona había decidido unirse a las celebraciones.

—Me dicen que progresas a un ritmo irrisorio —dijo Frava.

Shai soltó el libro.

—La verdad es que voy rápido. Casi he empezado a tallar los sellos. Como le he recordado hoy mismo al árbitro Gaotona, sigo necesitando un sujeto de pruebas que conociera al emperador. La conexión entre ambos me permitirá probar los sellos con él, y prenderán brevemente... lo suficiente para que pueda examinar unas cuantas cosas.

—Se te proporcionará uno —respondió Frava, caminando junto a la mesa de brillante superficie. Pasó un dedo por ella, luego se detuvo ante la marca del sello rojo. La decana de los árbitros la tocó—. Qué atrocidad. Después de tomarte tantas molestias para volver más hermosa la mesa, ¿por qué no poner el sello en la parte inferior?

—Me siento orgullosa de mi trabajo —dijo Shai—. Cualquier falsificador que vea esto puede inspeccionarlo y comprobar lo que he hecho.

Frava arrugó la nariz.

—No deberías sentirte orgullosa de algo así, pequeña ladrona. Además, ¿el objetivo de lo que llevas a cabo no es precisamente ocultar el hecho de que lo has realizado?

—A veces —respondió Shai—. Cuando imito una firma o falsifico un cuadro, el subterfugio es parte del acto. Pero con la falsificación, la auténtica falsificación, no puedes ocultar lo que has hecho. El sello estará siempre ahí, describiendo exactamente lo que ha sucedido. Bien puede una sentirse orgullosa de ello.

Era la extraña paradoja de su vida. La falsificación no trataba solo de los sellos de alma; trataba del arte de imitar en su integridad. Escritura,

arte, sellos personales... Una aprendiz de falsificadora, adoctrinada medio en secreto por su gente, asimilaba todas las falsificaciones mundanas antes de aprender a usar los sellos de alma.

Los sellos eran la orden más elevada de arte, pero también los más difíciles de ocultar. Sí, un sello podía colocarse en un lugar apartado del objeto, para luego esconderlo. Shai lo había hecho en alguna ocasión. Sin embargo, mientras un sello estuviera en algún lugar donde pudiera hallarse, una falsificación no podía ser perfecta.

—Dejadnos —le dijo Frava a Zu y los guardias.

—Pero... —objetó Zu, dando un paso adelante.

—No me gusta tener que repetirme, capitán —dijo Frava.

Zu renegó para sus adentros, pero inclinó la cabeza, obediente. Le dirigió a Shai una dura mirada (por entonces, esa era prácticamente su segunda ocupación) y se retiró con sus hombres. Cerraron la puerta con un chasquido.

El sello de sangre seguía colgado en la puerta, renovado esta mañana. El sellador de sangre acudía a la misma hora casi todos los días. Shai había anotado los detalles concretos. Los días que llegaba un poco tarde, su sello empezaba a oscurecerse levemente antes de que apareciera. Siempre llegaba a ella a tiempo de renovarlo, pero quizá algún día...

Frava escrutó a Shai con ojos calculadores.

Shai soportó la mirada sin pestañear.

—Zu piensa que voy a hacerte algo horrible mientras estamos solas.

—Zu es un ingenuo —dijo Frava—, aunque resulta útil cuando hay que matar a alguien. Esperemos que no tengas que experimentar nunca su eficacia de primera mano.

—¿No te preocupa? —preguntó Shai—. Estás a solas en una habitación con un monstruo.

—Estoy sola en una habitación con una oportunista —replicó Frava, encaminándose a la puerta para examinar el sello que ardía allí—. No me harás daño. Sientes demasiada curiosidad por saber por qué he mandado retirarse a los guardias.

«La verdad es que sé exactamente por qué los has mandado retirarse —pensó Shai—. Y por qué has venido en un momento en que todos tus socios árbitros están ocupados en el festival». Esperó a que Frava hiciera su ofrecimiento.

—¿No se te ha ocurrido lo... útil que sería para el imperio tener un emperador que escuchara a una voz sabia cuando esta le hable? —preguntó Frava.

—Sin duda el emperador Ashravan ya lo hacía.

—En algunas ocasiones —dijo Frava—. En otras podía ser... agresivamente necio. ¿No sería sorprendente si, tras su renacimiento, careciera de esa tendencia?

—Creía que queríais que actuara exactamente como antes —replicó Shai—. Tan parecido a lo real como fuera posible.

—Cierto, cierto. Pero eres famosa por ser una de las falsificadoras más grandes que han existido jamás, y sé de buena tinta que tienes un talento específico para sellar tu propia alma. Sin duda podrás replicar el alma de Ashravan con autenticidad, y al mismo tiempo hacer que se sienta inclinado a atender a razones... cuando esa razón la expresen ciertos individuos concretos.

«Noches de fuego —pensó Shai—. No estás dispuesta a decirlo a las claras, ¿verdad? Quieres que construya una puerta trasera al alma del emperador, y ni siquiera tienes la decencia de sentirte avergonzada por ello».

—Yo... tal vez podría hacer algo así —dijo Shai, como si lo considerara por primera vez—. Sería difícil. Necesitaría una recompensa que mereciera el esfuerzo.

—Una recompensa adecuada sería apropiado —dijo Frava, volviéndose hacia ella—. Soy consciente de que probablemente tienes pensado dejar la Sede Imperial después de tu liberación, pero ¿por qué? Esta ciudad podría ser un lugar de grandes oportunidades para ti, con un gobernante comprensivo en el trono.

—Sé más clara, árbitro —espetó Shai—. Aún me espera una larga noche de estudio mientras los demás festejan. No tengo la mente para juegos de palabras.

—La ciudad goza de un pujante negocio de contrabando —dijo Frava—. Seguirle la pista es una de mis aficiones. Me vendría bien tener a alguien adecuado dirigiéndolo. Te lo entregaré, para que hagas esa función por mí.

Ese era siempre su error, asumir que sabían por qué Shai hacía lo que hacía. Asumir que saltaría ante una oportunidad como esa, asumir que un contrabandista y un falsificador eran básicamente lo mismo porque los dos desobedecían las leyes de los demás.

—Eso parece agradable —repuso Shai, y mostró su sonrisa más genuina, la que tenía un toque de puro engaño.

Frava sonrió ampliamente a su vez.

—Te dejo para que lo consideres —dijo; después abrió la puerta y dio una palmada para que los guardias volvieran a entrar.

Shai se hundió en su silla, horrorizada. No por la propuesta (llevaba varios días esperándola), sino porque solo ahora comprendía las implicaciones. El ofrecimiento del acuerdo del contrabando, naturalmente, era falso. Frava podía cumplirlo, pero no lo haría. Incluso asumiendo que la mujer no hubiera ya planeado matar a Shai, ese ofrecimiento sellaba esa posibilidad.

Sin embargo, había más. Mucho más. «Por todo lo que sabe, acaba de meter en mi cabeza la idea de poder controlar al emperador. No se fiará de mi falsificación. Esperará que incorpore puertas traseras por mi cuenta, puertas que me den a mí y no a ella el control absoluto sobre Ashravan».

¿Qué significaba eso?

Significaba que Frava tenía otro falsificador preparado. Probablemente, uno sin el talento o la temeridad de intentar falsificar el alma de otra persona, pero que podía examinar el trabajo de Shai y encontrar las puertas traseras que ella introdujera. Este falsificador sería más de fiar, y podría reescribir el trabajo de Shai para poner a Frava al mando.

Incluso podrían terminar su cometido, si es que ella llegaba tan lejos. Shai pretendía usar los cien días completos para planear su huida, pero ahora comprendía que su súbita eliminación podía producirse en cualquier momento.

Cuanto más cerca estuviera de acabar el proyecto, más probable sería su fin.

Día treinta

—Esto es nuevo —dijo Gaotona mientras inspeccionaba la ventana de cristal tintado.

Había sido un golpe de inspiración particularmente gratificante por parte de Shai. Los intentos por falsificar la ventana para conseguir una versión mejorada habían fracasado repetidas veces; siempre, transcurridos unos minutos, la ventana revertía a su forma agrietada y combada.

Entonces Shai encontró un trozo de cristal de colores olvidado a un lado del marco. Comprendió que la ventana había sido una pieza de una vidriera, como muchas otras del palacio. Se había roto, y como consecuencia la ventana había combado también el marco, produciendo aquellos huecos que dejaban entrar la fría brisa.

En vez de repararla y conservarla tal como era en origen, alguien había colocado cristal corriente en la ventana y la había dejado resquebrajarse. Un sello de Shai en la esquina inferior derecha había restaurado la ventana, reescribiendo su historia: un solícito maestro artesano la había descubierto y la había rehecho. Ese sello prendió de inmediato. Incluso después de todo ese tiempo, la ventana se había visto a sí misma como algo hermoso.

O tal vez Shai se estaba volviendo romántica otra vez.

—Dijiste que me traerías hoy un sujeto de pruebas —dijo Shai, soplando el polvo de un sello de alma recién tallado.

Grabó una serie de rápidas marcas en la parte trasera, el lado opuesto del frontal elaboradamente tallado. La marca fijadora terminaba cada sello de alma, indicando que no se tallaría nada más. A Shai siempre le gustaba que tuviera la forma de MaiPon, su patria.

Terminadas esas marcas, aplicó una llama al sello. Era una propiedad de la piedra de alma: el fuego la endurecía, de manera que no podía astillarse. No necesitaba dar ese paso. Las marcas de anclaje en la parte superior eran todo lo que requería, y en realidad podía tallar un sello con cualquier cosa, mientras la talla fuera precisa. Sin embargo, la piedra de alma era valorada por ese proceso endurecedor.

Una vez que el sello quedó tiznado por la llama de la vela (primero un extremo, luego el otro), lo alzó y sopló con fuerza. Copos de ceniza volaron con el soplo, revelando la hermosa piedra jaspeada roja y negra de debajo.

—Sí —dijo Gaotona—. Un sujeto de pruebas. Te he traído uno, tal como prometí.

El anciano cruzó la pequeña habitación y se dirigió a la puerta, donde Zu montaba guardia.

Shai se echó hacia atrás en su silla, que hacía un par de días había falsificado para convertirla en algo mucho más cómodo, y esperó. Había hecho una apuesta consigo misma. ¿Sería el sujeto uno de los guardias del emperador? ¿O sería algún funcionario de poca monta del palacio, quizá el hombre que tomaba notas para Ashravan? ¿A qué persona obligarían los árbitros a soportar la blasfemia de Shai en nombre de un supuesto bien mayor?

Gaotona se sentó en la silla junto a la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Shai.

Él alzó las manos a sus costados.

—Puedes empezar.

Shai apoyó los pies en el suelo y se sentó recta.

—¿Tú?

—Sí.

—¡Eres uno de los árbitros! ¡Una de las personas más poderosas del imperio!

—Ah —dijo él—. No me había dado cuenta. Encajo con tus especificaciones. Soy varón, nací en el mismo lugar que Ashravan y lo conocí muy bien.

—Pero... —Shai guardó silencio.

Gaotona se inclinó hacia delante, uniendo las manos.

—Hemos debatido esto durante semanas. Se ofrecieron otras opciones, pero se decidió que en conciencia no podíamos dejar que un miembro de nuestro pueblo se sometiera a esta blasfemia. La única conclusión fue que uno de nosotros se sacrificara.

Shai se estremeció, recuperándose de la sorpresa. «Frava no habría tenido ningún problema en ordenarle a cualquier otro que hiciera esto —pensó—. Ni los demás. Tienes que haber insistido en ser tú, Gaotona».

Los otros árbitros lo consideraban un rival, así que era probable que se alegraran de dejarlo caer en los supuestamente horribles y retorcidos

actos de Shai. Lo que ella planeaba era del todo inofensivo, pero era imposible convencer a un grande de eso. Aun así, deseó poder tranquilizar a Gaotona cuando acercó su silla para colocarse junto a él y abrió la cajita de sellos que había ido creando durante las tres últimas semanas.

—Estos sellos no prenderán —dijo mientras alzaba uno de ellos—. Prender es un término de falsificador para el sello que crea un cambio que es demasiado antinatural para ser estable. Dudo que ninguno de estos te afecte más que un minuto... y eso suponiendo que los haya hecho correctamente.

Gaotona vaciló, pero luego asintió.

—El alma humana es diferente a un objeto —continuó diciendo Shai—. Una persona crece, cambia, se mueve constantemente. Eso hace que un sello de alma empleado en una persona se gaste de un modo que no se produce con los objetos. Incluso en el mejor de los casos, un sello de alma usado en una persona dura solo un día. Mis Marcas de Esencia son un ejemplo. Después de unas veintiséis horas, se desvanecen.

—Entonces... ¿el emperador?

—Si hago bien mi trabajo, habrá que sellarlo todas las mañanas, como el sellador de sangre hace con mi puerta. Sin embargo, añadiré al sello la capacidad de recordar, crecer y aprender: no revertirá al mismo estado cada mañana, y podré construir sobre los cimientos iniciales. Pero igual que el cuerpo humano se agota y necesita dormir, un sello de alma en uno de nosotros debe ser restablecido. Por suerte, cualquiera puede encargarse del sellado; el propio Ashravan podría hacerlo, cuando el sello esté preparado correctamente.

Le dio a Gaotona el sello que tenía en la mano, dejando que lo examinara.

—Cada uno de los sellos concretos que voy a utilizar hoy —dijo— cambiará algo pequeño en tu pasado o tu personalidad innata. Como no eres Ashravan, los cambios no prenderán. Sin embargo, los dos tenéis una historia lo suficientemente parecida para que los sellos duren por un breve tiempo, si los he hecho bien.

—¿Quieres decir que esto es un... patrón para el alma del emperador? —preguntó Gaotona al tiempo que examinaba el sello.

—No. Solo una falsificación de una parte muy pequeña de su alma. Ni siquiera estoy segura de que el producto final funcione. Por lo que sé, nadie ha intentado jamás algo exactamente igual que esto. Pero circulan historias de gente que falseó el alma de otra persona para... propósitos perversos. Me baso en ese conocimiento para conseguir esto. Así pues, si estos sellos duren al menos un minuto contigo, deberían durar mucho

más con el emperador, ya que están armonizados con su pasado concreto.

—Una parte muy pequeña de su alma —dijo Gaotona, y devolvió el sello a Shai—. Entonces, en estas pruebas... ¿no usarás estos sellos en el producto final?

—No, pero cogeré los patrones que funcionen y los incorporaré en una creación mayor. Piensa que estos sellos son como caracteres separados en un gran pergamino; cuando termine, podré unirlos todos y contar un relato. El relato de la historia y la personalidad de un hombre. Por desgracia, aunque la falsificación prenda, habrá pequeñas diferencias. Sugiero que empecéis a propagar rumores de que el emperador resultó herido. No gravemente, os lo advierto, pero dad a entender que ha recibido un buen golpe en la cabeza. Eso explicará las discrepancias.

—Ya hay rumores de su muerte —repuso Gaotona—, difundidos por la Facción Gloria.

—Bueno, pues decid que fue herido.

—Pero...

Shai alzó el sello.

—Aunque consiga lo imposible (cosa que, te advierto, solo he hecho en raras ocasiones), la falsificación no tendrá todos los recuerdos del emperador. Solo puedo incluir las cosas que he podido leer o deducir. Ashravan habrá tenido muchas conversaciones privadas que la falsificación no podrá recordar. Puedo imbuirlo de una aguda capacidad para falsear (tengo una comprensión concreta de ese tipo de cosas), pero la falsificación solo puede hacerse con una persona a la vez. Con el tiempo, alguien se dará cuenta de que sufre grandes lagunas de memoria. Difundid los rumores, Gaotona. Vais a necesitarlos.

Él asintió; luego se recogió la manga para exponer su brazo al sello. Shai alzó el sello, y Gaotona suspiró; acto seguido, cerró con fuerza los ojos y volvió a asentir.

Ella apretó el sello contra la piel. Como siempre, cuando el sello tocaba la piel, parecía como si lo estuviera presionando contra algo rígido, como si su brazo se hubiera convertido en piedra. El sello se hundía levemente. Eso creaba una sensación desconcertante cuando se trabajaba con una persona. Giró el sello y después lo retiró, dejando una marca roja en el brazo de Gaotona. Sacó el reloj y observó la manecilla.

El sello desprendía leves hilillos de humo rojo; esto sucedía solo cuando se marcaba a seres vivos. El alma luchaba contra la reescritura. El

sello, sin embargo, no se apagó de inmediato. Shai dejó escapar un suspiro contenido. Era una buena señal.

Se preguntó... si intentara algo así con el emperador, ¿lucharía su alma contra la invasión? ¿O en cambio aceptaría el sello, deseando que se enmendara lo que había salido mal? Igual que la ventana había querido ser devuelta a su antigua belleza. No lo sabía.

Gaotona abrió los ojos.

—¿Funcionó...?

—Sirvió, por ahora —respondió Shai.

—No me siento diferente.

—Esa es la cuestión. Si el emperador pudiera sentir los efectos del sello, se daría cuenta de que algo va mal. Ahora, respóndeme sin pensar: habla solo por instinto. ¿Cuál es tu color favorito?

—El verde —contestó inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque... —Guardó silencio, ladeando la cabeza—. Porque sí.

—¿Y tu hermano?

—Apenas lo recuerdo —dijo Gaotona, encogiéndose de hombros—. Murió cuando yo era muy joven.

—Menos mal —repuso Shai—. Habría sido un emperador terrible, si lo hubieran elegido...

Gaotona se levantó.

—¡No te atrevas a hablar mal de él! Haré que te...

Se envaró y miró a Zu, que había echado mano a su espada, alarmado.

—Yo... ¿Hermano...?

El sello se desvaneció.

—Un minuto y cinco segundos —dijo Shai—. Ese parece bueno.

Gaotona se llevó una mano a la cabeza.

—Recuerdo haber tenido un hermano. Pero... no tengo ninguno, ni lo he tenido nunca. Recuerdo haberlo idolatrado; recuerdo el dolor cuando murió. Tanto dolor...

—Eso desaparecerá —lo tranquilizó Shai—. Las impresiones se borrarán como los restos de un mal sueño. Dentro de una hora, apenas podrás recordar qué fue lo que te trastornó. —Garabateó unas notas—. Creo que has reaccionado con demasiada intensidad a mi insulto a la memoria de tu hermano. Ashravan adoraba a su hermano, pero mantenía sus sentimientos ocultos por una sensación de culpabilidad porque pensaba que su hermano tal vez habría sido mejor emperador que él.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—¿Sobre esto? —dijo Shai—. Sí. Tendré que revisar un poco ese sello, pero creo que es adecuado.

Gaotona volvió a sentarse, mirándola con ojos sabios que parecían intentar perforarla, excavar en su interior.

—Sabes mucho de la gente.

—Es uno de los primeros pasos de nuestra formación —aclaró Shai—. Antes incluso de que toquemos la piedra de alma.

—Tanto potencial... —susurró Gaotona.

Shai contuvo un estallido inmediato de enojo. ¿Cómo se atrevía a mirarla así, como si estuviera desperdiciando su vida? A ella le encantaba falsificar. La emoción, una vida que salía adelante gracias a su inteligencia. Eso era ella. ¿Verdad?

Pensó en una Marca de Esencia concreta, guardada con las otras. Era una marca que nunca había usado, y sin embargo era al mismo tiempo la más preciosa de las cinco.

—Probemos con otra —dijo Shai, ignorando aquellos ojos de Gaotona.

No podía permitirse sentirse ofendida. La tía Sol siempre decía que el orgullo sería el mayor peligro de su vida.

—Muy bien —dijo Gaotona—, pero no entiendo una cosa. Por lo poco que me has explicado de este proceso, no puedo ni imaginar por qué estos sellos empiezan a funcionar conmigo. ¿No necesitas conocer con exactitud la historia de una cosa para que un sello funcione con ella?

—Para que prenda, sí —respondió Shai—. Como he dicho, es cuestión de plausibilidad.

—¡Pero esto no es en absoluto plausible! No tengo ningún hermano.

—Ah, bueno, veamos si puedo explicarme —dijo ella, echándose hacia atrás—. Estoy reescribiendo tu alma para que encaje con la del emperador... igual que reescribí la historia de esa ventana para incluir una vidriera nueva. En ambos casos funciona por la familiaridad. El marco de la ventana sabe qué aspecto debe tener una ventana de cristal tintado. Una vez tuvo cristal tintado en ella. Aunque la nueva ventana no es la misma que una vez lo tuvo, el sello funciona porque el concepto general de una ventana de cristal tintado se ha cumplido.

»Tú has pasado mucho tiempo con el emperador. Tu alma está familiarizada con él, igual que el marco de la ventana está familiarizado con el cristal tintado. Por eso tengo que probar los sellos con alguien como tú, y no conmigo misma. Cuando te marco, es como... es como si le presentara a tu alma una pieza de algo que debería conocer. Solo funciona si la pieza es muy pequeña, pero mientras lo sea, y mientras el alma considere que la pieza es una parte familiar de Ashravan, como he indicado, el sello prenderá durante un breve instante antes de ser rechazado.

Gaotona la miró aturdido.

—¿Debo suponer que te suena a tonterías supersticiosas? —inquirió Shai.

—Es... bastante místico —repuso Gaotona, extendiendo las manos ante él—. ¿El marco de una ventana que conoce el «concepto» de una vidriera? ¿Un alma que comprende el concepto de otra alma?

—Estas cosas existen más allá de nosotros —dijo Shai mientras preparaba otro sello—. Nosotros pensamos en ventanas, sabemos de ventanas; qué es y qué no es una ventana adquiere su... significado en el reino espiritual. Adquiere vida, en cierto modo. Cree la explicación o no; supongo que no importa. El hecho es que puedo probar estos sellos contigo, y si prenden durante al menos un minuto, será un buen indicativo de que he dado con algo.

»Lo ideal sería probarlo con el emperador, pero en su estado no podría responder a mis preguntas. Necesito no solo que prendan, sino también que trabajen juntos... y eso requerirá que me expliques lo que sientes para que yo pueda hacer avanzar el diseño en la dirección adecuada. Y ahora, extiende el brazo, por favor.

—Muy bien.

Gaotona se preparó, y Shai presionó otro sello contra su brazo. Lo remató con medio giro, pero en cuanto retiró el sello, la marca se desvaneció en una vaharada roja.

—Maldición —exclamó Shai.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Gaotona, llevándose los dedos al brazo. Olía a tinta corriente: el sello se había desvanecido tan rápido, que la tinta ni siquiera se había incorporado a su mecanismo—. ¿Qué me has hecho esta vez?

—Nada, al parecer —respondió Shai, al tiempo que inspeccionaba la cabeza del sello en busca de defectos. No encontró ninguno—. Este lo he hecho mal. Muy mal.

—¿Cuál era?

—El motivo por el que Ashravan accedió a convertirse en emperador —dijo Shai—. Noches de fuego. Estaba segura de que lo tenía.

Sacudió la cabeza y guardó el sello. Al parecer, Ashravan no se había ofrecido como emperador movido por un deseo profundamente arraigado de demostrar su valía ante sí mismo y su familia y escapar a la lejana, pero alargada sombra de su hermano.

—Yo puedo decirte por qué lo hizo, falsificadora —dijo Gaotona.

Ella lo miró. «Este hombre animó a Ashravan a presentarse al trono imperial —pensó. Ashravan acabó odiándolo por ello—. O eso creo».

—Muy bien —dijo—. ¿Por qué?

—Quería cambiar las cosas —respondió Gaotona—. En el imperio.

—No habla de eso en su diario.

—Ashravan era un hombre humilde.

Shai enarcó una ceja. Esa revelación no encajaba con los informes que le habían dado.

—Oh, tenía temperamento —prosiguió Gaotona—. Y si te ponías a discutir con él, apretaba los dientes y defendía con vehemencia su argumento. Pero el hombre... el hombre era... En el fondo, era un hombre humilde. Tendrás que comprender esto de él.

—Ya veo.

«Fue cosa tuya, ¿verdad? —pensó Shai—. Esa mirada de decepción, la implicación de que podríamos ser mejores personas de lo que somos». Shai no era la única que consideraba que Gaotona la trataba como si fuera un abuelo insatisfecho.

Ese era un motivo suficiente para desestimarlos. Pero... se había ofrecido él mismo para las pruebas. Gaotona pensaba que lo que ella hacía era horrible, y por eso había insistido en recibir el castigo en persona, en vez de enviar a otro.

«Eres auténtico, ¿verdad, anciano?», pensó Shai mientras Gaotona volvía a sentarse, con la mirada perdida pensando en el emperador. Ella misma se sintió insatisfecha.

En su oficio había muchos que se burlaban de los hombres honestos, al considerarlos presas fáciles. Eso era una falacia. Ser honrado no significaba ser ingenuo. Un necio deshonesto y un necio honesto eran igualmente fáciles de engañar: solo había que abordarlos de maneras distintas.

Sin embargo, un hombre que fuera honesto y listo era siempre, siempre, más difícil de engañar que alguien que fuera a la vez deshonesto y listo.

Sinceridad. Por definición, era muy arduo falsificarla.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Gaotona, inclinándose hacia delante.

—Estaba pensando que debes de haber tratado al emperador igual que a mí, molestándolo constantemente con sermones sobre lo que debería hacer.

Gaotona bufó.

—Es probable. Eso no significa que mis argumentos sean, o fueran, incorrectos. Él podría... bueno, podría haber hecho más de lo que hizo. Igual que tú podrías convertirte en una artista maravillosa.

—Lo soy.

—Una artista de verdad.

—Lo soy.

Gaotona sacudió la cabeza.

—El cuadro de Frava... Hay algo que hemos pasado por alto, ¿verdad? Ella ordenó examinar la falsificación, y los asesores encontraron unos cuantos errores diminutos. Yo no pude verlos sin ayuda... pero están ahí. Tras reflexionar sobre el tema, me parecen extraños. Las pinceladas son impecables, incluso magistrales. El estilo encaja perfectamente. Si podías conseguir semejante nivel, ¿por qué cometiste tales errores, como poner la luna demasiado baja? Es un error sutil, pero se me ocurre que nunca habrías cometido un fallo semejante... no de manera involuntaria, al menos.

Shai se volvió para coger otro sello.

—El lienzo que creen que es el original —dijo Gaotona—, el que cuelga ahora mismo en el despacho de Frava... Es falso también, ¿verdad?

—Sí —admitió Shai con un suspiro—. Cambié los lienzos un par de días antes de intentar robar el cetro: estaba investigando la seguridad del palacio. Me colé en la galería, entré en las oficinas de Frava, e hice el cambio como prueba.

—Entonces, el que ellos dan por hecho que es falso debe de ser el original —repuso Gaotona, sonriendo—. ¡Pintaste esos errores encima del original para que pareciera que era una réplica!

—En realidad, no —dijo ella—. Aunque he utilizado ese truco en el pasado. Los dos son falsos. Uno es simplemente la falsificación obvia, dejada a propósito para que la descubrieran en caso de que algo saliera mal.

—Así que el original sigue escondido en alguna parte... —sugirió Gaotona, con curiosidad—. Te colaste en el palacio para comprobar sus medidas de seguridad, luego sustituiste el lienzo original por una copia. Dejaste una segunda copia ligeramente peor en tu habitación como pista falsa. Si te descubrían al entrar de nuevo, o si por algún motivo te vendía un aliado, registraríamos tu habitación y encontraríamos la copia mala, y asumiríamos que aún no habías dado el cambiazó. Los expertos cogerían la copia buena creyendo que era la obra auténtica. De esa forma, nadie seguiría buscando la pintura original.

—Más o menos.

—Muy astuto —reconoció Gaotona—. Por tanto, si te capturaban entrando en el palacio para intentar robar el cetro, podrías confesar que tu objetivo solo era el lienzo. Al registrar tu habitación aparecería el falso, y se te acusaría de intento de hurto a un individuo, en este caso Frava, que es un delito mucho menor que intentar robar una reliquia imperial. Te caerían diez años de trabajos forzados en vez de la pena de muerte.

—Desgraciadamente, me traicionaron en el peor momento —repuso Shai—. El bufón consiguió que me detuvieran después de que saliera de la galería con el cetro.

—Pero ¿qué hay del cuadro original? ¿Dónde lo escondiste? —Gaotona vaciló—. Sigue todavía en el palacio, ¿verdad?

—En cierto modo.

Gaotona la miró, todavía sonriendo.

—Lo quemé —reveló Shai.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—Mientes.

—Esta vez no, anciano —dijo Shai—. El lienzo no merecía el riesgo de intentar sacarlo de la galería. Solo di el cambiazó para poner a prueba la seguridad. Colé el falso fácilmente: no registran a nadie al entrar, solo al salir. El cetro era mi verdadero objetivo. Robar el lienzo fue secundario. Después de sustituirlo, tiré el original a una de las chimeneas de la galería principal.

—Eso es horrible —dijo Gaotona—. ¡Era un ShuXen original, su mayor obra maestra! Se ha quedado ciego y ya no puede pintar. ¿Te das cuenta del coste...? —farfulló—. No lo entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste una cosa así?

—No importa. Nadie sabrá lo que he hecho. Seguirán contemplando la falsificación y estarán satisfechos, así que no se ha causado ningún daño.

—¡Ese lienzo era una obra de arte de valor incalculable! —Gaotona la miró con furia—. El cambiazó solo respondía a una cuestión de orgullo. Ni siquiera te preocupaste de vender el original. Solo querías que tu copia colgara en la galería. ¡Destruiste algo maravilloso para poder satisfacer tu vanidad!

Ella se encogió de hombros. La historia no resultaba tan simple, pero el hecho indiscutible era que ella había quemado el lienzo. Tenía sus motivos.

—Hemos terminado por hoy —anunció Gaotona, con el rostro enrojecido. Agitó una mano ante ella, desdeñoso, mientras se levantaba—. Había empezado a pensar... ¡Bah!

Y salió por la puerta.

Día cuarenta y dos

Cada persona encerraba un enigma.

Así era como Tao, su primer instructor en el arte de la falsificación, lo había explicado. Un falsificador no era un simple timador ni un embaucador. Un falsificador era un artista que pintaba con la percepción humana.

Cualquier sucio pilluelo de la calle podía engañar a alguien. Un falsificador tenía aspiraciones más elevadas. Los timadores comunes trabajaban tapando los ojos de los incautos con un pañuelo, y luego huían antes de que se dieran cuenta. Un falsificador debía crear algo tan perfecto, tan hermoso, tan real, que jamás llegara a ser cuestionado.

Una persona era como un frondoso bosque cubierto de una retorcida masa de enredaderas, hierbajos, matorrales, arbustos y flores. Ninguna persona era una sola emoción; ninguna persona tenía un único deseo. Poseían muchos, y habitualmente esos deseos entraban en conflicto unos con otros como dos rosales que luchan por el mismo pedazo de tierra.

Respetar a la gente a la que mientes, le había enseñado Tao. Róbales el tiempo suficiente, y empezarás a comprenderlos.

Shai iba completando un cuaderno de notas a medida que trabajaba, una historia verdadera de la vida del emperador Ashravan. Sería una historia más auténtica que las que sus escribas habían redactado para glorificarlo; una historia más auténtica que la que él había escrito de su puño y letra. Shai encajaba lentamente las piezas del enigma, internándose a rastras en el bosque que había sido la mente de Ashravan.

Era un idealista, como había dicho Gaotona. Ella lo veía ahora en la cautelosa preocupación de sus primeros textos y en la forma en que trataba a sus sirvientes. El imperio no era algo terrible. Ni tampoco maravilloso. El imperio simplemente era. El pueblo soportaba su dominio porque se sentía cómodo con sus pequeñas tiranías. La corrupción resultaba inevitable. Vivías con ella. Era eso o aceptar el caos de lo desconocido.

A los grandes los trataban con extremo favoritismo. Entrar en el servicio gubernamental, la más lucrativa y prestigiosa de las ocupaciones, a menudo se debía más a los sobornos y los contactos que a las capacidades o aptitudes. Además, algunos de los que mejor servían al imperio (mercaderes y obreros) sufrían el robo sistemático en sus bolsillos por un centenar de manos.

Todo el mundo sabía estas cosas. Ashravan había querido cambiarlas. Al principio.

Y luego... Bueno, no había habido un «y luego» concreto. Los poetas señalarían un único defecto en la naturaleza de Ashravan, pero una persona no era un solo defecto, como tampoco era una sola pasión. Si Shai basara su falsificación en un único atributo, crearía una caricatura, no un hombre.

Pero... ¿era lo mejor que podía esperar? Tal vez debiera intentar conseguir autenticidad en un entorno concreto, creando un emperador que pudiera actuar de manera adecuada en la Corte, pero que no engañara a los más íntimos. Quizá funcionara bien, como los decorados de un teatro que cumplen su propósito mientras se representa la obra, pero que no soportarían una inspección meticulosa.

Se trataba de un objetivo que podía lograr. Tal vez debería acudir a los árbitros, explicarles lo que era posible, y ofrecerles un emperador inferior, una marioneta que pudieran presentar en los actos oficiales, y luego retirar con el pretexto de que su enfermedad empeoraba.

Podía hacer eso.

Pero descubrió que no quería.

Ese no era el desafío. Era la versión de un timo callejero, con una ganancia a corto plazo. El estilo de los falsificadores era crear algo duradero.

En el fondo, la entusiasmaba el desafío. Descubrió que quería hacer vivir a Ashravan. Quería intentarlo, al menos.

Shai yacía en su cama, que había falsificado para convertirla en un lecho más cómodo, con dosel y un tupido edredón. Mantenía las cortinas corridas. Los guardias del turno de noche jugaban una partida de cartas sentados a su mesa.

«¿Por qué te preocupas por hacer vivir a Ashravan? —pensó Shai—. Los árbitros te matarán antes de que puedas comprobar si funciona. Tu único objetivo debería ser escapar».

Y sin embargo... el emperador mismo. Había elegido robar el Cetro Lunar porque era la pieza más famosa del imperio. Quería que una de sus obras se exhibiera en la grandiosa Galería Imperial.

No obstante, la tarea en la que trabajaba ahora... era algo mucho más grande. ¿Qué falsificador había conseguido una hazaña semejante? ¿Una falsificación sentada en el mismísimo Trono Rosa?

«No —se dijo, con más fuerza esta vez—. No te dejes engañar. Orgullo, Shai. No dejes que te mueva el orgullo».

Abrió el cuaderno por las últimas páginas, donde había ocultado sus planes de huida en código, disfrazado para parecer un diccionario de términos y personas.

Aquel sellador de sangre había aparecido corriendo el otro día, como asustado por llegar tarde para reponer su marca. Sus ropas olían a alcohol. Estaba disfrutando de la hospitalidad de palacio. Si Shai pudiera lograr que llegara temprano una mañana, y asegurarse de que se emborrachara como una cuba esa noche...

Las montañas de los arietes rodeaban Dzhamar, donde se hallaban los pantanos de los selladores de sangre. El odio mutuo que se profesaban era intenso, quizá más intenso que su lealtad al imperio. Varios arietes en concreto parecían asqueados cuando entraba el sellador de sangre. Shai había empezado a hacerse amiga de esos guardias. Alguna que otra broma. Menciones a alguna coincidencia entre su pasado y el de ellos. Se suponía que los arietes no podían hablar con Shai, pero habían transcurrido semanas sin que ella hiciera otra cosa que repasar libros y charlar con viejos árbitros. Los guardias estaban aburridos, y el aburrimiento hacía que la gente fuera fácil de manipular.

Shai tenía acceso a bastante piedra de alma, y la emplearía. Sin embargo, a menudo era mejor utilizar métodos más elementales. La gente siempre esperaba que un falsificador empleara sellos para todo. Los grandes contaban historias de magia negra, de falsificadores que colocaban sellos en los pies de la gente mientras dormían, cambiando sus personalidades, invadiéndolas, violando sus mentes.

La verdad era que un sello de alma solía ser el último recurso de un falsificador. Era demasiado fácil de detectar. «Ahora mismo, no me jugaría mi mano derecha por mis Marcas de Esencia...»

Casi sintió la tentación de intentar tallar una nueva marca para usarla en la huida. Pero es lo que ellos estarían esperando, y Shai tendría verdaderos problemas para realizar los cientos de pruebas necesarias para que una funcionara. Los guardias alertarían de que la probaba en su propio brazo, y las pruebas con Gaotona no funcionarían nunca.

Además, utilizar una Marca de Esencia sin haberla probado antes... Bueno, eso podía salir muy, muy mal. No; en sus planes de fuga emplearía sellos de alma, pero para su corazón se requerirían subterfugios más tradicionales.

Día cincuenta y ocho

Shai estaba preparada cuando Frava la visitó de nuevo.

La mujer se detuvo ante la puerta. Los guardias se apartaron sin poner objeciones mientras el capitán Zu ocupaba su lugar.

—Has estado ocupada —advirtió Frava.

Shai levantó la vista de sus anotaciones. Frava no se refería a sus progresos, sino a la habitación. Hacía muy poco que Shai había mejorado el suelo. No había resultado difícil. La roca empleada para construir el palacio, la cantera, las fechas, los albañiles; todo era cuestión de acudir al registro histórico.

—¿Te gusta? —preguntó Shai—. El mármol va muy bien con la chimenea, creo.

Frava se volvió, y acto seguido parpadeó.

—¿Una chimenea? ¿Dónde has...? ¿Esta habitación es más grande de lo que era?

—La despensa de al lado no se utilizaba —murmuró Shai, volviendo a su cuaderno—. Y la división entre los dos cuartos era reciente, construida hace solo unos pocos años. Reescribí la construcción para que esta sala fuera la más espaciosa de las dos, por eso he podido incluir una chimenea.

Frava parecía sorprendida.

—No habría pensado... —La mujer miró de nuevo a Shai, y su rostro adoptó su habitual máscara de severidad—. Me resulta difícil creer que te estás tomando tu deber en serio, falsificadora. Estás aquí para crear un emperador, no para remodelar el palacio.

—Tallar piedra de alma me relaja —dijo Shai—. Igual que tener un espacio de trabajo que no me recuerde a un trastero. Tendrás el alma de tu emperador a tiempo, Frava.

La mujer árbitro se paseó por la estancia, inspeccionando la mesa.

—Entonces ¿has empezado la piedra de alma del emperador?

—He empezado muchas —respondió Shai—. Será un proceso complejo. He probado más de cien sellos con Gaotona...

—Con el árbitro Gaotona.

—... con el viejo. Cada uno de ellos es solo una parte diminuta del rompecabezas. Cuando tenga todas las piezas funcionando, volveré a tallarlas con rasgos más pequeños, más delicados. Eso me permitirá combinar una docena de sellos de prueba para elaborar un último sello.

—Pero acabas de decir que has probado ya más de cien —dijo Frava, frunciendo el ceño—. ¿Solo usarás doce al final?

Shai se echó a reír.

—¿Doce? ¿Para falsificar un alma entera? Difícilmente. El último sello, el que necesitaréis para utilizarlo con el emperador cada mañana, será como... un eje, o la piedra angular de un arco. Será el único que habrá que colocar en su piel, pero conectará con una red de cientos de otros sellos.

Shai rebuscó a un lado y sacó su cuaderno de notas que incluía bocetos iniciales de los sellos definitivos.

—Usaré estos y los estamparé en una placa de metal; luego la enlazaré con el sello que colocaréis en Ashravan cada día. Deberá tener la placa cerrada en todo momento.

—¿Habrá de acarrear con una placa de metal y habrá que sellarlo cada día? —inquirió Frava con sequedad—. Esto le dificultará llevar una vida normal, ¿no te parece?

—Sospecho que ser emperador dificulta a cualquier hombre llevar una vida normal. Haréis que funcione. Es común que el diseño de la placa semeje una pieza de adorno. Un medallón grande, tal vez, o un brazalete para el antebrazo con lados cuadrados. Si observas mis Marcas de Esencia, verás que se hicieron del mismo modo, y que la caja contiene una placa por cada una. —Shai vaciló—. De cualquier forma, nunca antes he hecho esto exactamente; nadie lo ha hecho. Existe la posibilidad... y yo diría que bastante alta, de que con el tiempo el cerebro del emperador absorba la información. Como... como si calcaras la misma imagen exacta en una pila de papeles cada día durante un año; al final las capas de abajo contendrán también la imagen. Tal vez después de ser sellado durante unos años, no necesite ya el tratamiento.

—Sigue pareciéndome atroz.

—¿Peor que estar muerto? —preguntó Shai.

Frava apoyó la mano en el cuaderno de notas y bocetos a medio terminar de Shai. Y luego lo tomó para sí.

—Haré que nuestros escribas copien esto.

Shai se levantó.

—Lo necesito.

—Estoy segura de que así es —dijo Frava—. Y es justamente por eso por lo que debe ser copiado, por si acaso.

—Copiarlo llevará demasiado tiempo.

—Te lo devolveré dentro de un día —repuso Frava con suavidad, dándose media vuelta.

Shai extendió la mano hacia ella, y el capitán Zu avanzó un paso, con la espada a medio desenvainar.

Frava se volvió hacia él.

—Vamos, vamos, capitán. Eso no será necesario. La falsificadora protege su trabajo. Eso está bien. Demuestra que está poniendo todo su empeño.

Shai y Zu se miraron fijamente. «Me quiere muerta —pensó Shai—. Con toda su alma». Entonces lo comprendió. Proteger el palacio era su deber, un deber que Shai había invadido con su robo. Zu no la había capturado: el bufón imperial la había traicionado. Zu se sentía inseguro a causa de su fracaso, y por eso quería eliminarla en venganza.

Shai acabó por desviar la mirada. Aunque la amargaba, necesitaba adoptar el lado sumiso de esa interacción.

—Ten cuidado —le advirtió a Frava—. No permitas que pierdan ni una sola hoja.

—Protegeré esto como si..., como si la vida del emperador dependiera de ello.

Frava consideró divertido su propio chiste, y obsequió a Shai con una extraña sonrisa.

—¿Has considerado el otro asunto que discutimos?

—Sí.

—¿Y bien?

—Sí.

La sonrisa de Frava se hizo más amplia.

—Volveremos a hablar pronto.

Frava se marchó con el cuaderno que contenía casi dos meses de trabajo. Shai sabía perfectamente lo que pretendía la mujer. No iba a mandar que lo copiaran: iba a enseñárselo a su otro falsificador y ver si era suficiente para que él terminara el trabajo.

Si el falsificador decía que sí, Shai sería ejecutada, con discreción, antes de que los otros árbitros pudieran objetar nada. Probablemente el propio Zu se encargaría de ello. Todo podría terminar aquí.

Día cincuenta y nueve

Shai durmió mal esa noche.

Estaba segura de que sus preparativos habían sido concienzudos. Y sin embargo, ahora debía esperar como si tuviera un nudo corredizo alrededor del cuello. Eso la ponía nerviosa. ¿Y si había interpretado mal la situación?

Había hecho que las anotaciones de su cuaderno fueran intencionadamente oscuras, cada una de ellas una sutil indicación de la enormidad del proyecto. La escritura apretada, las numerosas referencias cruzadas, las listas y listas de recordatorios para sí misma de las cosas que tenía que hacer... Todo ello, junto con el grueso cuaderno, sería un indicativo de que su trabajo había exigido un terrible esfuerzo por su parte.

Era una falsificación. Una de las más difíciles: una falsificación que no imitaba a una persona o un objeto concreto. Era una falsificación de tono.

«Aléjate —decía el tono de ese libro—. No quieres intentar acabar esto. Lo que quieres es que Shai continúe y se encargue de las partes difíciles, porque el trabajo que tendrías que hacer es enorme. Y... si fracasas... será tu cabeza la que penda de la soga».

El cuaderno era una de las falsificaciones más sutiles que había creado jamás. Cada palabra que había en él era cierta y a la vez era mentira. Solo un maestro falsificador podría verlo, podría advertir lo mucho que estaba trabajando para ilustrar el peligro y la dificultad del proyecto.

¿Qué habilidad tenía el falsificador de Frava?

¿Estaría Shai muerta antes de mañana?

No durmió. Quería hacerlo y debería hacerlo. Esperar mientras pasan las horas, los minutos y los segundos era espantoso. La idea de estar dormida en la cama cuando vinieran a por ella... eso era peor.

Al final, se levantó y recogió algunos informes sobre la vida de Ashravan. Los guardias que jugaban a las cartas en la mesa le dirigieron una mirada. Uno de ellos incluso hizo un gesto comprensivo con la cabeza al ver sus ojos enrojecidos y su postura cansada.

—¿La luz está demasiado brillante? —preguntó, señalando la lámpara.

—No —respondió Shai—. Solo una idea que no deja de darme vueltas en la cabeza.

Pasó la noche en la cama sumergiéndose en la vida de Ashravan. Frustrada por no tener sus notas, sacó una hoja en blanco y empezó a tomar otras nuevas que ya añadiría a su cuaderno cuando se lo devolvieran. Si se lo devolvían.

Le pareció que por fin comprendía por qué Ashravan había abandonado su juvenil optimismo. Al menos, conocía los factores que se habían combinado para llevarlo por ese camino. La corrupción era uno de ellos, pero no el principal. Una vez más, la falta de confianza en sí mismo contribuía, pero no había sido el factor decisivo.

No, la perdición de Ashravan había sido la vida misma. La vida en el palacio, la vida como parte de un imperio que actuaba como un reloj. Todo funcionaba. Bueno, no funcionaba tan bien como podría hacerlo. Pero funcionaba.

Desafiar esa rutina requería esfuerzo, y el esfuerzo era a veces difícil de mantener. Había vivido una vida placentera. Ashravan no había sido perezoso, pero no hacía falta ser perezoso para ser barrido por los burócratas imperiales, para decirse: el próximo mes irías y exigirías que se realicen tus cambios. Con el tiempo, se había hecho más y más fácil seguir flotando en el curso del gran río que era el Imperio Rosa.

Al final, se había vuelto indulgente. Concentrado más en la belleza de aquel palacio que en las vidas de sus súbditos. Había permitido que los árbitros manejaran más a su antojo las funciones del gobierno.

Shai suspiró. Incluso esa descripción de Ashravan era demasiado simplista. No llegaba a mencionar quién había sido el emperador, y en quién se había convertido. Una cronología de acontecimientos no hablaba de su temperamento, su afición al debate, su ojo para la belleza, o su costumbre de escribir poesía malísima, malísima de verdad, y esperar luego que todos sus sirvientes le dijeran lo maravillosa que era.

Tampoco hablaba de su arrogancia, o de su deseo secreto de poder haber sido otra cosa. Por eso volvía a su diario una y otra vez. Tal vez buscaba aquella encrucijada en su vida en que eligió el camino equivocado.

Ashravan no había comprendido. Rara vez había una encrucijada en la vida de una persona. La gente cambiaba de manera paulatina, con el tiempo. Uno no daba un paso y de pronto se encontraba en una situación completamente nueva. Primero te desviabas un poco del sendero para evitar unas rocas. Durante un tiempo, caminabas junto al sendero, pero después te desviabas un poco más para pisar terreno más blando. Luego dejabas de prestar atención mientras te alejabas más y más. Finalmente, acababas yendo a parar a la ciudad equivocada,

preguntándote por qué las señales de la calzada no te habían guiado mejor.

La puerta de la habitación se abrió.

Shai se irguió en la cama. Casi estuvo a punto de dejar caer sus notas. Habían venido a por ella.

Pero... no, ya era de día. La luz se colaba por la vidriera, y los guardias se levantaban y se desperezaban. El que había abierto la puerta era el sellador de sangre. Parecía resacoso de nuevo, y llevaba un fajo de papeles en la mano, como hacía a menudo.

«Llega temprano esta mañana —pensó Shai, y comprobó su reloj de bolsillo—. ¿Por qué temprano hoy, cuando llega tarde tantas veces?»

El sellador de sangre la cortó y selló la puerta sin decir palabra, haciendo que el dolor ardiera en el brazo de Shai. Salió a toda prisa de la habitación, como si tuviera alguna cita inminente. Shai se lo quedó mirando, luego sacudió la cabeza.

Un momento más tarde, la puerta volvió a abrirse y entró Frava.

—Oh, estás despierta —dijo la mujer mientras los arietes la saludaban. Frava depositó el cuaderno de Shai sobre la mesa con un golpe. Parecía molesta—. Los escribas han terminado. Vuelve al trabajo.

Frava se marchó rápidamente. Shai se tumbó en la cama, suspirando de alivio. Su estratagema había funcionado. Eso debería de concederle unas cuantas semanas más.

Día setenta

—De modo que este símbolo —dijo Gaotona, señalando uno de los bocetos de los sellos mayores que Shai tallaría pronto— es una anotación de tiempo, que indica un momento específico... ¿de hace siete años?

—Sí —respondió Shai mientras quitaba el polvillo del extremo de un sello de alma recién tallado—. Aprendes rápido.

—Me someto a cirugía cada día, como si dijéramos —repuso Gaotona—. Y saber qué clase de bisturíes se utilizan hace que me sienta más cómodo.

—Los cambios no son...

—No son permanentes. Sí, eso dices una y otra vez —dijo él. Extendió los brazos para que ella los sellara—. Sin embargo, me llenan de dudas. Se puede cortar el cuerpo, y sanará... pero si lo haces de forma repetida en el mismo punto, acabarás con una cicatriz. El alma no puede ser diferente.

—Excepto, claro está, que es completamente diferente —dijo Shai, y le selló el brazo.

Gaotona nunca la había perdonado del todo por haber quemado la obra maestra de ShuXen. Se lo notaba cuando interactuaban. Ya no se sentía solo decepcionado con ella; estaba furioso.

La furia se difuminó con el tiempo, y su relación de trabajo volvió a ser funcional.

Gaotona ladeó la cabeza.

—Yo... Eso sí que es raro.

—¿Raro en qué sentido? —preguntó Shai, viendo pasar los segundos en su reloj de bolsillo.

—Recuerdo haberme animado a mí mismo a convertirme en emperador. Y... y estoy resentido por ello. Por... madre de la luz, ¿es así como él me consideraba de verdad?

El sello permaneció en su sitio durante cincuenta y siete segundos. Bastante bien.

—Sí —dijo ella mientras el sello se desvanecía—. Creo que es exactamente como él te consideraba.

Shai experimentó un escalofrío. ¡Ese sello había funcionado por fin!

Cada vez estaba más cerca. Más cerca de comprender al emperador, más cerca de completar el rompecabezas. Cuando el final de un proyecto (un lienzo, una falsificación de alma a gran escala, una escultura) se hallaba próximo, llegaba un momento en el proceso en que podía ver el trabajo entero, aunque distara mucho de estar terminado. Cuando esto ocurría, en su mente el trabajo estaba completo; de hecho, acabarlo era casi una formalidad.

Casi lo había logrado con ese proyecto. El alma del emperador se desplegaba ante ella, con solo algunas zonas todavía en sombras. Quería verlo todo; ansiaba averiguar si podía hacerlo vivir de nuevo. Después de leer tanto sobre él, después de llegar a sentir que lo conocía tan bien, necesitaba terminar.

Sin duda su huida podía esperar hasta entonces.

—Era ese, ¿verdad? —preguntó Gaotona—. Ese era el sello que has probado sin éxito una docena de veces, el sello que representa por qué se ofreció para convertirse en emperador.

—Sí —respondió Shai.

—Su relación conmigo —dijo Gaotona—. Hiciste que su decisión dependiera de su relación conmigo, y... y la sensación de vergüenza que sentía Ashravan cuando hablábamos.

—Sí.

—Y prendió.

—Sí.

Gaotona volvió a sentarse.

—Madre de las luces... —susurró de nuevo.

Shai recogió el sello y lo puso con los otros que había confirmado como operativos.

En las últimas semanas, todos los demás árbitros habían hecho como Frava, y habían visitado a Shai para ofrecerle fantásticas promesas si a cambio les proporcionaba el control definitivo sobre el emperador. Solamente Gaotona no había intentado sobornarla nunca. Un hombre auténtico, y situado en los niveles más altos del gobierno imperial, nada

menos. Excepcional. Utilizarlo iba a ser mucho más difícil de lo que le habría gustado.

—Debo decir, una vez más, que me has impresionado —confesó ella, volviéndose hacia él—. No creo que muchos grandes se tomaran el tiempo necesario para estudiar los sellos de alma. Descartarían lo que consideraran maligno sin intentar comprenderlo siquiera. ¿Has cambiado de opinión?

—No —contestó Gaotona—. Sigo pensando que lo que haces es, si no maligno, desde luego impío. Y sin embargo, ¿quién soy yo para hablar? Dependo de ti para que nos mantengas en el poder por medio de este arte que tan libremente calificamos de abominación. Nuestra ansia de poder puede más que nuestra conciencia.

—Eso es cierto en los demás, pero no es tu motivo personal —adujo Shai.

Él la miró, enarcando una ceja.

—Solo quieres a Ashravan de vuelta —prosiguió Shai—. Te niegas a aceptar que lo has perdido. Lo amabas como a un hijo: el joven a quien orientaste, el emperador en quien siempre creíste, incluso cuando él no creía en sí mismo.

Gaotona apartó la mirada, claramente incómodo.

—No será él —concluyó la falsificadora—. Aunque tenga éxito, en realidad no será él. Eres consciente de ello, naturalmente.

Él asintió.

—Pero, claro... a veces una falsificación bien hecha es tan buena como el objeto real —dijo Shai—. Pertenece a la Facción de la Herencia. Te rodeas de reliquias que no son verdaderas reliquias, cuadros que son imitaciones de otros perdidos hace mucho tiempo. Supongo que tener una reliquia falsa como emperador no será tan distinto. Y tú... tú solo quieres saber que has hecho todo lo que estaba en tus manos. Por él.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Gaotona en voz baja—. Te he visto hablar con los guardias, cómo te aprendes incluso el nombre de los criados. Es como si conocieras sus vidas familiares, sus pasiones, qué hacen por las noches... y sin embargo te pasas los días encerrada en esta habitación. No has salido desde hace meses. ¿Cómo sabes estas cosas?

—La gente intenta por naturaleza ejercitar su poder sobre lo que le rodea —respondió Shai, y se levantó para recoger otro sello—. Construimos paredes para refugiarnos del viento, tejados para detener la lluvia. Domamos los elementos, doblegamos la naturaleza a nuestros caprichos. Eso nos hace sentir como si tuviéramos el control.

»Pero al hacerlo, simplemente sustituimos una influencia por otra. En vez de ser el viento lo que nos afecta, es una pared. Una pared creada por el hombre. Las huellas de la influencia del hombre están por todas partes, lo tocan todo. Alfombras creadas por el hombre, comida creada por el hombre. Todo lo que hay en la ciudad que tocamos, vemos, palpamos, experimentamos, es resultado de la influencia de alguna persona.

»Puede que nos sintamos al mando, pero nunca lo estaremos realmente a menos que comprendamos a la gente. Controlar nuestro entorno no es ya cuestión de bloquear el viento, sino de saber por qué la criada lloraba anoche, o por qué un guardia concreto pierde siempre a las cartas. O por qué tu patrón te escogió a ti en primer lugar.

Gaotona la miró mientras se sentaba y extendía un sello hacia él. Vacilante, ofreció un brazo.

—Se me ocurre —dijo—, que incluso en nuestro extremo cuidado por no hacerlo, te hemos subestimado, mujer.

—Bien —convino Shai—. Estás prestando atención.

Le aplicó el sello.

—Ahora dime, exactamente ¿por qué odias el pescado?

Día setenta y seis

«Tengo que hacerlo —pensó Shai mientras el sellador de sangre le cortaba en el brazo—. Hoy. Podría irme hoy».

Oculto en la otra manga llevaba una tira de papel hecha a imitación de las que el sellador de sangre traía a menudo consigo las mañanas que llegaba temprano.

Hacía dos días que había visto un poco de cera en una de ellas. Eran cartas. Entonces se dio cuenta. Se había equivocado con ese hombre todo el tiempo.

—¿Buenas noticias? —le preguntó mientras él untaba su sello con su sangre.

El hombre de labios blancos le dirigió una mirada despectiva.

—De casa —dijo Shai—. De la mujer a la que escribes, allá en Dzhamar. ¿Te envió una carta hoy? El correo llega por las mañanas a palacio. Llamen a tu puerta, te entregan una carta...

«Y eso te despierta —añadió ella mentalmente—. Por ese motivo vienes puntual esos días».

—Debes de echarla mucho de menos si no puedes soportar dejar su carta en tu habitación.

El hombre bajó el brazo y agarró a Shai por la blusa.

—Déjala en paz, bruja —susurró—. Tú... ¡Déjala en paz! ¡Nada de trucos ni magia!

Era más joven de lo que ella había supuesto. Ese era un error común con los dzhamarianos. Sus cabellos canos y su piel blanca los hacían parecer sin edad definida para los forasteros. Shai tendría que haberlo sabido. Era poco más que un muchacho.

Frunció los labios.

—¿Hablas de mis trucos y de mi magia mientras sostienes un sello manchado con mi sangre? Tú eres quien amenaza con enviar esqueletos para perseguirme, amigo. Todo lo que yo puedo hacer es pulir una mesa de vez en cuando.

—Solo... solo... ¡Ah!

El joven alzó las manos, luego selló la puerta.

Los guardias observaban con indiferente diversión y desaprobación. Las palabras de Shai eran un calculado recordatorio de que era inofensiva, mientras que el sellador de sangre era en verdad el antinatural. Los guardias habían pasado casi tres meses viéndola comportarse como una erudita amable; en cambio, ese hombre le extraía la sangre y la usaba para arcanos horrores.

«Tengo que dejar caer el papel», pensó Shai, y se bajó la manga para que su papel falsificado cayera cuando los guardias se volvieran. Eso pondría en marcha su plan, su huida...

«La falsificación real no ha terminado todavía. El alma del emperador».

Pero vaciló. Tontamente, vaciló.

La puerta se cerró.

Y la oportunidad pasó.

Aturdida, Shai se dirigió a su cama y se sentó en el borde, con la carta falsificada todavía oculta en su manga. ¿Por qué había vacilado? ¿Tan débiles eran sus instintos de autopreservación?

«Puedo esperar un poco más —se dijo—. Hasta que esté terminada la Marca de Esencia de Ashravan».

Llevaba días diciéndoselo. Semanas, en realidad. Cada día que se iba acercando a la fecha límite era otra oportunidad para que Frava actuara. La mujer regresaba con otros pretextos para llevarse las notas de Shai y hacerlas analizar. En poco tiempo las notas llegarían al punto en que el otro falsificador no tendría que esforzarse mucho para terminar la obra de Shai.

Eso al menos pensaría él. Cuanto más progresaba Shai, más cuenta se daba de lo imposible que era ese proyecto. Y mayor era su ansia de hacerlo funcionar de todas formas.

Sacó su libro sobre la vida del emperador y pronto se encontró repasando sus años de juventud. La idea de que Ashravan no volviera a vivir, de que toda la obra de Shai fuera una simple distracción mientras intentaba escapar... Esos pensamientos eran físicamente dolorosos.

«Noches —pensó Shai—. Le has cogido cariño. ¡Empiezas a verlo como lo ve Gaotona!» No debería de sentirse así. Nunca lo había llegado a conocer. Además, era una persona despreciable.

Pero no lo había sido siempre. No, lo cierto es que nunca había sido verdaderamente despreciable. Era mucho más complejo que eso. Todas las personas lo eran. Ella podía comprenderlo, podía ver...

—¡Noches! —exclamó, levantándose y apartando el libro. Necesitaba despejar su mente.

Cuando Gaotona llegó a la habitación seis horas más tarde, Shai estaba apretando un sello contra la pared del fondo. El anciano abrió la puerta y entró; luego se detuvo cuando la pared se inundó de color.

Del sello de Shai brotaban espirales de enredaderas como chorros de pintura. Verde, escarlata, ámbar. La pintura crecía como algo vivo, brotaban hojas de las ramas, racimos de frutas explotaban en succulentos estallidos. Los dibujos se hacían más y más densos, ribetes dorados que surgían de la nada y corrían como arroyos, orlas de hojas, todo ello reflejando la luz.

El mural se amplió, cada centímetro imbuido de una ilusión de movimiento. Enredaderas curvadas, espinas inesperadas asomando detrás de las ramas. Gaotona dejó escapar un suspiro de asombro y se detuvo junto a Shai. Detrás, Zu entró en la habitación, y los otros dos guardias se marcharon y cerraron la puerta.

Gaotona extendió la mano y palpó la pared, pero, naturalmente, la pintura estaba seca. Por lo que la pared sabía, la habían pintado así hacía años. Gaotona se arrodilló y contempló los dos sellos que Shai había puesto en la base de la pintura. Solo el tercero, colocado encima, había disparado la transformación; los primeros sellos eran notas de cómo iba a ser creada la imagen. Guías, una revisión de la historia, instrucciones.

—¿Cómo? —preguntó Gaotona.

—Uno de los arietes escoltó a Atsuko de Jindo durante su visita al Palacio Rosa —respondió Shai—. Atsuko se puso enfermo, y tuvo que quedarse en su dormitorio tres semanas. Estaba solo un piso más arriba.

—¿Y tu falsificación lo pone, en cambio, en esta habitación?

—Sí. Eso fue antes de los daños causados por el agua que se filtró por el techo el año pasado, así que es plausible que lo hubieran alojado aquí. La pared recuerda a Atsuko pasando días demasiado débil para marcharse, pero con fuerzas para pintar. Un poco cada día, un dibujo creciente de enredaderas, hojas y bayas. Para pasar el tiempo.

—Esto no debería prender —dijo Gaotona—. Esta falsificación es tenue. Has cambiado demasiado.

—No —respondió Shai—. Está en la línea... esa línea donde se encuentra la mayor belleza.

Guardó el sello. Apenas recordaba las seis últimas horas. Había permanecido absorta en el frenesí de la creación.

—Con todo... —dijo Gaotona.

—Prenderá. Si fueras la pared, ¿qué preferirías ser? ¿Deprimente y aburrida, o un estallido de pintura?

—¡Las paredes no pueden pensar!

—Eso no impide que les preocupe.

Gaotona sacudió la cabeza, murmurando sobre las supersticiones.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Para crear este sello de alma? He estado grabando aquí y allá desde hace un mes o así. Era lo último que quería hacer por la habitación.

—El artista era de Jindo —dijo él—. Tal vez, como eres del mismo pueblo... ¡Pero no! Eso es pensar como tu superstición.

Gaotona movió la cabeza a un lado y a otro, tratando de dilucidar por qué había prendido esa pintura, aunque Shai siempre había tenido claro que funcionaría.

—Los jindoeses y mi pueblo no son lo mismo, por cierto —dijo Shai, irritada—. Puede que estuviéramos relacionados hace mucho tiempo, pero ahora somos completamente distintos de ellos.

Grandes... Solo porque la gente tuviera rasgos similares, los grandes ya asumían que eran prácticamente idénticos.

Gaotona contempló la habitación y sus hermosos muebles, que habían sido tallados y pulidos. El suelo de mármol con incrustaciones de plata, la chisporroteante chimenea y la pequeña lámpara. Una elegante alfombra (antes fue una colcha con agujeros) cubría la superficie. La vidriera de la ventana destellaba en la pared derecha, iluminando el precioso mural.

Lo único que conservaba su forma original era la puerta, gruesa pero común y corriente. Shai no podría falsificarla, no con aquel sello de sangre.

—¿Eres consciente de que ahora tienes el aposento más exquisito del palacio? —dijo Gaotona.

—No lo creo —respondió Shai, arrugando la nariz—. Sin duda que los aposentos del emperador son los más bellos.

—Más grandes, sí. Más bellos, no.

Gaotona se arrodilló junto a la pintura y examinó los sellos de la parte inferior.

—Has incluido explicaciones detalladas sobre cómo fue pintado esto.

—Para crear una falsificación realista, hay que tener la habilidad técnica que estás imitando, al menos hasta cierto grado.

—Entonces, podrías haber pintado esta pared tú misma.

—No tengo las pinturas.

—Pero podrías haberlo hecho. Podrías haberlas pedido. Yo te las habría proporcionado. En cambio, creaste una falsificación.

—Es lo que soy —dijo Shai, molesta de nuevo con él.

—Es lo que decides ser. Si una pared puede desear ser un mural, Wan ShaiLu, entonces tú podrías desear convertirte en una gran pintora.

Ella soltó de golpe el sello sobre la mesa, luego inspiró varias veces.

—Tienes temperamento —dijo Gaotona—. Como él. De hecho, sé exactamente cómo te sientes ahora, porque me lo has demostrado en varias ocasiones. Me pregunto si esta... cosa que haces podría ser una herramienta para ayudar a desarrollar sensibilidad en la gente. Inscribe tus emociones en un sello, luego deja que los otros sientan cómo es ser tú...

—Suenas magnífico —aseveró Shai—. Si tan solo falsificar almas no fuera una ofensa tan horrible a la naturaleza.

—Así es.

—Si puedes leer esos sellos, es que te has vuelto muy bueno —dijo Shai, que había cambiado deliberadamente de tema—. Casi diría que me has estado engañando.

—La verdad...

Shai alzó la cabeza, olvidando su furia, ahora que había pasado el arrebató inicial. ¿Qué era eso?

Gaotona rebuscó avergonzado en el profundo bolsillo de su túnica y sacó una caja de madera. La caja donde ella guardaba sus tesoros, las

cinco Marcas de Esencia. Esas revisiones de su alma podían cambiarla, en tiempos de necesidad, para convertirla en alguien que podría haber sido.

Shai dio un paso adelante, pero cuando Gaotona abrió la caja, descubrió que los sellos no estaban dentro.

—Lo siento —dijo el anciano—. Pero creo que dártelos sería un poco... estúpido por mi parte. Al parecer, cualquiera de ellos podría haberte liberado de tu cautiverio en un momento.

—En realidad, solo dos podían conseguirlo —repuso Shai con amargura, crispando las manos.

Esos sellos de alma representaban más de ocho años del trabajo de su vida. El primero de ellos lo había empezado el día que terminó su aprendizaje.

—Hum, sí —dijo Gaotona. Dentro de la cajita había placas de metal inscritas con los sellos más pequeños que componían los planos de las revisiones de su alma—. Este, ¿no? —Alzó una de las placas—. Shaizan. Que traducido significa... ¿Shai del Puño? ¿Este haría de ti un guerrero, si te sellaras a ti misma?

—Sí —respondió Shai.

Así que él había estado estudiando sus Marcas de Esencia, por eso era tan bueno leyendo sus sellos.

—Apenas entiendo una décima parte de lo que hay inscrito aquí —confesó Gaotona—. Lo que encuentro es impresionante. Desde luego, han debido de llevarte años de trabajo.

—Son... valiosos para mí —admitió Shai, que se obligó a sentarse ante su mesa y a no fijarse en las placas.

Si pudiera escapar con ellas, podría crear un nuevo sello fácilmente. Seguiría tardando semanas, pero la mayor parte de su trabajo no se perdería. Si en cambio destruyeran esas placas...

Gaotona se sentó en su silla de costumbre, examinando abstraído las placas. De otra persona, ella habría sentido una amenaza implícita. «Mira lo que tengo en las manos; mira lo que podría hacerte». De Gaotona, sin embargo, no. Sentía auténtica curiosidad.

¿O no? Como solía ocurrirle, Shai no podía reprimir sus instintos. Por buena que fuese, siempre podía haber alguien mejor. Como le había advertido el tío Won. ¿Acaso Gaotona la había tenido engañada todo el tiempo? Sentía con todas sus fuerzas que debería confiar en su

valoración del anciano. Pero si estaba equivocada, podría ser un desastre.

«Podría serlo de todas formas —pensó—. Tendrías que haber escapado hace días».

—Entiendo lo de convertirte en soldado —dijo Gaotona, colocando a un lado la placa—. Y esta también. Hombre de los bosques y experto en supervivencia. Parece extremadamente versátil. Impresionante. Y aquí tenemos un sabio. Pero ¿por qué? Ya lo eres.

—Ninguna mujer puede saberlo todo —explicó Shai—. El tiempo de estudio es limitado. Cuando me selló a mí misma con la Marca de Esencia, de pronto puedo hablar una docena de idiomas, desde Fen a Mulla'dil... e incluso unos pocos idiomas de Sycla. Conozco docenas de culturas distintas y sé desenvolverse en ellas. Entiendo de ciencias, de matemáticas, y de las principales facciones políticas del mundo.

—Ah —dijo Gaotona.

«Dámelas», pensó ella.

—Pero ¿y esta? —preguntó Gaotona—. ¿Mendiga? ¿Por qué querías estar demacrada? Y... por lo que veo, casi todo tu pelo se caería, tu piel se llenaría de cicatrices.

—Permite cambiar mi aspecto —reveló Shai—. Drásticamente. Es útil.

No mencionó que con esa apariencia conocía las calles y cómo se sobrevivía en los bajos fondos de cualquier ciudad. Sus habilidades como ratera no eran despreciables cuando no llevaba ese sello, pero con él puesto, Shai era incomparable.

Con su ayuda, probablemente conseguiría salir por la diminuta ventana (esa marca reescribía su pasado para darle años de experiencia como contorsionista) y bajar las cinco plantas hasta la libertad.

—Tendría que haberme dado cuenta —dijo Gaotona. Alzó la última placa—. Nos queda esta, la más enigmática de todas.

Shai no dijo nada.

—Cocina —prosiguió el anciano—. Trabajo de granja, costura. Otro alias, supongo. ¿Para imitar a una persona más simple?

—Sí.

Gaotona asintió, bajando la placa.

«Sinceridad. Tiene que ver mi sinceridad. No puede falsificarse».

—No —dijo Shai, suspirando.

Él la miró.

—Es... mi escapatoria —confesó ella—. Nunca la utilizaré. Está ahí, siempre que quiera.

—¿Tu escapatoria?

—Si la empleo alguna vez, escribiré encima de mis años como falsificadora. Todo. Olvidaré cómo hacer el más sencillo de los sellos; olvidaré incluso que fui aprendiz de falsificadora. Me convertiré en alguien normal.

—¿Y quieres eso?

—No.

Una pausa.

—Sí. Tal vez. Una parte de mí lo quiere.

Sinceridad. Era tan difícil. A veces era el único camino.

En ocasiones, ella soñaba con esa vida sencilla. De esa manera morbosa en que alguien que está de pie al borde de un precipicio se pregunta cómo sería saltar. La tentación está ahí, aunque sea ridícula.

Una vida normal. Sin esconderse, sin mentir. A Shai le encantaba lo que hacía. Le encantaba la emoción, los logros, la maravilla. Pero a veces... atrapada en una celda o corriendo para salvar su vida... a veces soñaba con otra cosa.

—¿Tus tíos? —preguntó él—. Tío Won, tía Sol, son partes de esta revisión. Lo he leído aquí dentro.

—Son falsos —susurró Shai.

—Pero los mencionas constantemente.

Ella apretó los ojos con fuerza.

—Sospecho que una vida llena de mentiras hace que realidad y falsedad se entremezclen —dijo Gaotona—. Pero si utilizaras este sello, no creo que lo olvidarás todo. ¿Cómo te engañarías a ti misma?

—Sería la falsificación más grande de todas —respondió Shai—. Una falsificación que pretendería engañarme incluso a mí. Ahí dentro está

escrita la creencia de que sin ese sello, aplicado cada mañana, moriré. Incluye una historia de enfermedad, de visitar a un... resellador, como lo llamáis vosotros. Un sanador que trabaja con sellos de alma. Con ellos, mi falso yo recibiría un remedio, que tendría que aplicar cada mañana. La tía Sol y el tío Won me enviarían cartas; eso forma parte de la charada para autoengañarme. Las he escrito ya. Cientos, que (antes de usar la Marca de Esencia en mí misma) encargaré a un servicio de entrega al que pagaré una buena suma de dinero para que las envíe periódicamente.

—Pero ¿y si intentas visitarlos? —preguntó Gaotona—. Para investigar tu infancia...

—Todo está en la placa. Me dará miedo viajar. Hay algo de verdad en eso, ya que, en efecto, de joven sentí miedo cuando salí de mi aldea. Cuando esa marca esté en su sitio, me mantendré apartada de las ciudades. Crearé que el viaje para visitar a mis parientes es demasiado peligroso. Pero no importa. No la utilizaré nunca.

Ese sello acabaría con ella. Olvidaría sus últimos veinte años, volvería a cuando tenía ocho y empezó por primera vez a plantearse ser falsificadora.

Se convertiría en una persona completamente distinta. Ninguna de las otras Marcas de Esencia hacía eso: reescribían parte de su pasado, pero preservaban el conocimiento de quién era de verdad. No sucedía así con esa última. Esa sería definitiva. La aterrorizaba.

—Es mucho trabajo para algo que no emplearás jamás —dijo Gaotona.

—A veces, la vida es así.

Gaotona sacudió la cabeza.

—Me contrataron para destruir el lienzo —estalló Shai.

No sabía con certeza qué la había impulsado a decirlo. Necesitaba ser sincera con Gaotona (era el único modo de que su plan funcionara), pero él no necesitaba conocer esa parte. ¿Verdad?

Gaotona alzó la cabeza.

—ShuXen me contrató para que destruyera el lienzo de Frava —confesó Shai—. Por eso quemé la obra maestra, en vez de sacarla de la galería.

—¿ShuXen? ¡Pero... si es el artista original! ¿Por qué iba a contratarte para que destruyeras una de sus obras?

—Porque odia el imperio —respondió Shai—. Pintó ese cuadro para una mujer que amaba. Los hijos de ella se lo entregaron al imperio como regalo. ShuXen es viejo ahora, ciego, apenas puede moverse. No quería

irse a la tumba sabiendo que una de sus obras servía para glorificar al Imperio Rosa. Él me imploró que lo quemara.

Gaotona parecía perplejo. La miraba como si intentara penetrar a través de su alma. Shai no entendía su fastidio; bastante había desnudado ya su alma con esa conversación.

—Un maestro de semejante categoría es difícil de imitar —dijo Shai—, sobre todo si no se cuenta con el original para trabajar. Si lo piensas, entenderás que necesitara su ayuda para crear esas falsificaciones. Me dio acceso a sus estudios y conceptos. Me explicó de qué modo la había pintado. Me adiestró por medio de las pinceladas.

—¿Y por qué simplemente no le devolviste el original? —preguntó Gaotona.

—Se está muriendo —respondió Shai—. Poseer un objeto ya no tiene sentido para él. Esa pintura la hizo para una amante. Ahora ella ya no existe, así que consideró que el lienzo tampoco debería existir.

—Un tesoro incalculable —dijo Gaotona—. Desaparecido, por causa de un orgullo estúpido.

—¡Era su obra!

—Ya no —replicó Gaotona—. Pertenece a todos los que la contemplaban. No tendrías que haber accedido a su petición. Destruir una obra de arte nunca está bien. —Vaciló—. Pero, con todo, creo que puedo entenderlo. Lo que hiciste tenía nobleza. Tu objetivo era el Cetro Lunar. Exponerte para destruir ese lienzo fue peligroso.

—ShuXen me enseñó a pintar cuando era joven —dijo ella—. No podía negarme a su petición.

Gaotona no parecía estar de acuerdo, pero sí comprender. Noches, sí que se sentía expuesta.

«Es importante hacer esto —se dijo—. Y tal vez...»

Pero él no le devolvió las placas. Shai no esperaba que lo hiciera, ahora no. No hasta que su acuerdo hubiera terminado, un acuerdo del que sin duda no vería el fin, a menos que escapara.

Trabajaron con el último grupo de sellos nuevos. Cada uno de ellos prendió al menos un minuto, como ella ya esperaba. Ahora tenía la visión, la idea del alma final tal como sería. Cuando terminó el sexto sello del día, Gaotona aguardó al siguiente.

—Ya está —dijo Shai.

—¿Has acabado por hoy?

—He acabado para siempre —respondió ella mientras guardaba el último de los sellos.

—¿Has terminado? —preguntó Gaotona, irguiéndose en la silla—. ¡Casi un mes antes! Es...

—No he terminado el trabajo. Ahora viene la parte más difícil. Tengo que tallar esos cientos de sellos con minucioso detalle, uniéndolos, para crear un sello eje. Lo que he hecho hasta ahora es igual que preparar todas las pinturas, elaborando el color y los estudios de las figuras. Ahora tengo que ensamblarlo todo. La última vez que hice esto me llevó casi cinco meses.

—Y solo tienes veinticuatro días.

—Y solo tengo veinticuatro días —repitió Shai, pero sintió al instante una puñalada de culpa. Tenía que huir. Pronto. No podía esperar a finalizar el proyecto.

—Entonces, te dejo que trabajes —dijo Gaotona, poniéndose en pie y bajándose la manga.

Día ochenta y cinco

«Sí —pensó Shai, rebuscando por toda la cama y hojeando la pila de papeles que había colocado allí. La mesa no era lo bastante grande. Había estirado las sábanas y convertido la cama en el lugar donde poner todas aquellas hojas—. Sí, su primer amor fue hacia los libros de cuentos». Por eso... El pelo rojo de Kurshina... Pero eso sería subconsciente. Él no lo sabría. Imbuido profundamente, entonces.

¿Cómo había pasado eso por alto? No estaba tan cerca de terminar como creía. ¡No había tiempo!

Shai añadió lo que había descubierto al sello en el que estaba trabajando, un sello que combinaba todas las inclinaciones y experiencias románticas de Ashravan, en sus diferentes facetas. Lo incluyó todo: lo embarazoso, lo vergonzante, lo glorioso. Todo cuanto había podido descubrir, y luego un poco más, riesgos calculados para completar el alma. Un flirteo con una desconocida cuyo nombre Ashravan no podía recordar. Caprichos pasajeros. Una casi relación con una mujer que ya había muerto.

Esa era la parte del alma que a Shai le costaba más trabajo imitar, porque era la más privada. Pocas cosas de las que hacía un emperador eran verdaderamente secretas, pero Ashravan no había sido siempre emperador.

Shai tenía que extrapolar, para no dejar el alma desnuda, sin pasión.

Tan privado, tan poderoso. Se sentía más cercana a Ashravan a medida que sacaba a la luz esos detalles. No como mirona; a esas alturas, ella era una parte de él.

Ahora llevaba dos cuadernos. Las notas formales de su proceso decían que iba terriblemente retrasada: ese cuaderno omitía detalles. El otro era el verdadero, disfrazado como un montón de notas inútiles, aleatorias y casuales.

Era verdad que iba retrasada, pero no tanto como daba a entender su documentación oficial. Con suerte, el subterfugio la haría ganar unos cuantos días extra antes de que Frava actuara.

Mientras buscaba una nota concreta, Shai se cruzó con una de sus listas sobre planes de huida. Vaciló. «Primero, encárgate del sello de la puerta —decía la nota cifrada—. Segundo, silencia a los guardias. Tercero, recupera tus Marcas de Esencia, si es posible. Cuarto, huye del palacio. Quinto, huye de la ciudad».

Había escrito más notas para la ejecución de cada paso. No ignoraba la huida, no por completo. Tenía buenos planes.

Sin embargo, su frenético intento de terminar el alma atraía casi toda su atención. «Una semana más —se dijo—. Si tengo una semana más, terminaré cinco días antes del plazo de entrega. Entonces podré escapar».

Día noventa y siete

—Eh —dijo Hurli, inclinándose—. ¿Qué es esto?

Hurli era un fornido ariete que se hacía más el tonto de lo que era. Eso le permitía ganar a las cartas. Tenía dos hijas, ambas menores de cinco años, pero estaba viéndose con una de las otras guardias. Hurli deseaba en secreto poder haber sido carpintero como su padre. También le habría horrorizado saber hasta qué punto controlaba su vida Shai.

Recogió la hoja de papel que había encontrado en el suelo. El sellador de sangre acababa de marcharse. Era la mañana del nonagésimo sexto día de cautiverio de Shai en la habitación, y ella había decidido poner el plan en marcha. Tenía que escapar.

El sello del emperador no estaba terminado todavía. «Casi». Una noche más de trabajo, y lo tendría. De todas formas, su plan también requería esperar una noche más.

—Dedos de Hierba debe de haberla dejado caer —dijo Yil, acercándose. Era el otro guardia de la habitación esa mañana.

—¿Qué es? —preguntó Shai desde la mesa.

—Una carta —respondió Hurli con un gruñido.

Ambos guardias callaron mientras leían. Los arietes de palacio sabían leer todos. Era un requisito que se exigía a cualquier funcionario imperial de al menos segundo nivel.

Shai permaneció sentada en silencio, tensa, sorbiendo una taza de té al limón y obligándose a respirar con calma. Hizo un gran esfuerzo por relajarse, aunque relajarse era lo último que quería hacer. Conocía de memoria el contenido de la carta. La había escrito ella, después de todo, y luego la había dejado caer subrepticamente tras el sellador de sangre cuando salió de la habitación hacía unos instantes. La carta decía:

Hermano:

Casi he terminado mi tarea aquí, y el dinero que he ganado rivalizará incluso con el de Azalec después de su trabajo en las provincias del sur. La cautiva que custodio apenas merece el esfuerzo, pero ¿quién soy yo para poner en duda los razonamientos de la gente que me paga tanto dinero?

Regresaré pronto. Me enorgullece decir que mi otra misión aquí ha sido un éxito. He identificado a varios guerreros capacitados, y he reunido

suficientes muestras de ellos. Pelo, uñas y unos cuantos efectos personales que no echarán en falta. Confío en que muy pronto tengamos nuestros guardias personales.

El texto continuaba por la otra cara de la hoja, para que no pareciera sospechoso. Shai lo había completado con numerosos comentarios sobre el palacio, incluyendo detalles que los guardias asumirían como desconocidos por ella, pero no por el sellador de sangre.

Le preocupaba que la carta fuera demasiado descarada. ¿Descubrirían los guardias que era una burda falsificación?

—Ese KuNuKam... —susurró Yil, empleando un término de su lengua nativa. Se utilizaba más o menos para referirse a un hombre que tenía un ano por boca—. ¡Ese KuNuKam imperial!

Al parecer, creían que la carta verdaderamente era de él. Los soldados no entendían de sutilezas.

—¿Puedo verla? —preguntó Shai.

Hurli se la tendió.

—¿Está diciendo lo que yo creo? —preguntó el guardia—. ¿Ha estado... reuniendo cosas nuestras?

—Puede que no se refiera a los arietes —dijo Shai después de leer la carta—. No lo especifica.

—¿Para qué querría pelo? —susurró Yil—. ¿Y uñas?

—Pueden hacer cosas con partes tuyas —dijo Hurli, luego volvió a maldecir—. Ya ves lo que hace cada día en la puerta con la sangre de Shai.

—No sé si podría hacer mucho con pelo o con uñas —comentó Shai, escéptica—. Eso es solo una bravata. La sangre tiene que ser fresca, del día anterior como máximo, para que funcione con los sellos. Está alardeando ante su hermano.

—No debería hacer cosas así —dijo Hurli.

—Yo no me preocuparía por eso —lo tranquilizó Shai.

Los otros dos hombres intercambiaron una mirada. Unos minutos más tarde se produjo el cambio de la guardia. Hurli y Yil se marcharon, murmurando entre sí, con la carta guardada en el bolsillo del primero. No era probable que se ensañaran con el sellador de sangre. Amenazarlo, sí.

Era sabido que el sellador de sangre frecuentaba cada noche las casas de té de la zona. Shai casi sintió lástima por él. Había deducido que cuando recibía noticias de su hogar, acudía a su habitación rápido y puntual. A veces se lo veía nervioso. Y cuando no recibía noticias, bebía. Esa mañana, parecía triste. Así que había ocurrido lo segundo.

Lo que le sucediera esa noche no mejoraría en nada su día. En efecto, Shai casi sentía lástima por él, pero entonces recordó el sello en la puerta y la venda que hoy le había puesto en el brazo después de extraerle sangre.

En cuanto el cambio de guardia terminó, Shai inspiró profundamente; luego se sumergió de nuevo en su trabajo.

Esa noche. Esa noche, terminaría.

Día noventa y ocho

Shai se arrodilló en el suelo entre un puñado de hojas desperdigadas, cada una llena de escritura apretada o dibujos de sellos. A su espalda, la mañana abría los ojos, y la luz del sol se filtraba por la vidriera, rociando la habitación de escarlata, azul y violeta.

Un único sello de alma, tallado en piedra pulida, descansaba boca abajo en una placa de metal que tenía delante. La piedra de alma, como una roca, no parecía distinta de la piedra pómez o cualquier otra piedra de grano fino, pero con zonas de rojo entreveradas. Como si la hubieran manchado con gotas de sangre.

Shai parpadeó, cansada. ¿De verdad que iba a intentar escapar? Había disfrutado de... ¿cuánto? ¿Cuatro horas de sueño en los últimos tres días en total?

Sin duda la huida podía esperar. Sin duda podía descansar, solo por hoy.

«Descansa —pensó aturdida—, y no despertaré».

Permaneció arrodillada. Ese sello parecía la cosa más hermosa que había visto en su vida.

Sus antepasados habían adorado las rocas que caían del cielo por la noche. Las almas de los dioses rotos, llamaban a aquellos cascotes. Los maestros artesanos las tallaban para darles forma. En su momento, a Shai le pareció una tontería. ¿Por qué adorar algo que tú mismo creabas?

Lo comprendió arrodillada ante su obra maestra. Se sentía como si lo hubiera vertido todo en ese sello. Había sintetizado dos años de esfuerzo en tres meses, luego lo había rematado con una noche tallando con desesperado frenesí. Durante esa noche, había hecho cambios en sus notas, en la misma alma. Cambios drásticos. Seguía sin saber si los había provocado su última y horrible visión del proyecto en conjunto... o si esos cambios habían sido más bien ideas defectuosas nacidas de la fatiga y el delirio.

No lo sabría hasta que el sello fuera utilizado.

—¿Está... está terminado? —preguntó uno de los guardias.

Los dos hombres se habían situado en el otro extremo de la habitación, para sentarse junto a la chimenea y dejarle espacio. Ella recordaba vagamente haber apartado los muebles. Se había pasado parte del

tiempo retirando pilas de papeles de su lugar bajo la cama, y luego arrastrándose para alcanzar otros.

¿Estaba terminado?

Shai asintió.

—¿Qué es? —preguntó el guardia.

«Noches —pensó—. Pues claro. Ellos ni siquiera lo saben». Los guardias habituales abandonaban la estancia cada día durante sus conversaciones con Gaotona.

Los pobres arietes probablemente serían asignados a alguna avanzadilla remota del imperio durante el resto de sus vidas, vigilando los pasos que conducían a la lejana península de Teoish o algún destino similar. Los ocultarían discretamente bajo la alfombra para impedir que revelaran, aunque fuera por accidente, algo de lo que había sucedido allí.

—Preguntadle a Gaotona si queréis saberlo —respondió Shai en voz baja—. No se me permite decirlo.

Shai recogió reverentemente el sello, luego lo colocó junto con la placa dentro de una caja que había preparado. El sello reposó en terciopelo negro; la placa (en forma de medallón grande y fino), en una hendidura bajo la tapa. La cerró y luego sacó una segunda caja, algo más grande. En su interior había cinco sellos, tallados y preparados para su inminente huida. Si lo conseguía. Dos de ellos ya los había utilizado.

Si pudiera dormir unas pocas horas. Solo unas pocas...

«No. De todas formas, tampoco puedo usar la cama».

Sin embargo, acurrucarse sobre el suelo ya le parecía maravilloso.

La puerta empezó a abrirse. Shai sintió un súbito y sorprendente momento de pánico. ¿Era el sellador de sangre? ¡Creía que estaría en la cama, después de haberse embriagado a conciencia tras el escarmiento de los arietes!

Durante un instante sintió una extraña y culpable sensación de alivio. Si el sellador de sangre había venido, ella no tendría ninguna opción de escapar hoy. Podría dormir. ¿No le habían dado una paliza Hurli y Yil? Shai estaba segura de haberlos interpretado correctamente, sin embargo...

Sin embargo, en su fatiga, advirtió que se había precipitado en sus conclusiones. La puerta se abrió del todo y entró alguien, pero no era el sellador de sangre.

Era el capitán Zu.

—Fuera —espetó a los dos guardias.

Ellos se dispusieron a obedecer.

—De hecho —dijo Zu—, quedáis relevados para el resto del día. Yo vigilaré hasta el cambio de guardia.

Los dos hombres saludaron y se marcharon. Shai se sintió como un alce herido abandonado por la manada. La puerta se cerró, y Zu se volvió hacia ella despacio, deliberadamente.

—El sello no está listo todavía —mintió Shai—. Así que puedes...

—No hace falta que esté listo —replicó Zu, dibujando una amplia sonrisa con sus gruesos labios—. Creo que te prometí algo hace tres meses, ladrona. Tenemos una... deuda que saldar.

La habitación estaba tenuemente iluminada, pues la lámpara casi se había consumido y apenas había amanecido. Shai se apartó de él, repasando a toda prisa sus planes. Así no era como se suponía que tenía que ser. No podía luchar contra Zu.

No dejó de hablar, manteniéndolo distraído pero también representando un papel que había diseñado para sí misma sobre la marcha.

—Cuando Frava averigüe que has venido aquí —dijo—, se pondrá furiosa.

Zu desenvainó su espada.

—¡Noches! —exclamó Shai, retrocediendo hasta su cama—. Zu, no tienes por qué hacer esto. No puedes hacer esto. ¡Tengo trabajo pendiente!

—Otro lo completará por ti —dijo Zu, sonriendo—. Frava tiene a otro falsificador. Te crees tan lista... Probablemente hayas planeado una huida magnífica para mañana. Esta vez, nosotros golpearemos primero. No previste esto, ¿verdad, mentirosa? Voy a disfrutar matándote. Voy a disfrutarlo mucho.

Arremetió con la espada, cuya punta alcanzó la blusa de Shai y marcó una raya en su costado. Ella se apartó de un salto y gritó pidiendo auxilio. Seguía representando su papel, pero no hacía falta actuar. Su corazón latía con fuerza, el pánico aumentaba, mientras rodeaba la cama y la interponía entre Zu y ella.

Él sonrió de oreja a oreja; luego saltó sobre el lecho, dispuesto a atraparla.

La cama se derrumbó al instante. Durante la noche, mientras se arrastraba por debajo para coger sus notas, Shai había falsificado la madera del armazón para que estuviera carcomida y fuera frágil. Además, había rajado el colchón por debajo en grandes cortes.

Zu apenas tuvo tiempo de gritar mientras la cama entera se partía, desplomándose en el pozo que ella había abierto en el suelo. El daño causado por el agua en la habitación (el olor a moho que Shai había percibido cuando entró por primera vez) había sido la clave. Según los informes, las vigas de madera de arriba se habrían podrido y el techo habría cedido si no hubieran encontrado la fuga tan rápidamente. Una falsificación sencilla, muy plausible, hecha para que el suelo cayera en ella.

Zu se estrelló contra la despensa vacía del piso de abajo. Shai, jadeando, se acercó a asomarse al agujero. El hombre yacía tendido entre los restos de la cama. Algunos eran cojines y rellenos. Probablemente viviría: la trampa de Shai estaba destinada a uno de los guardias habituales, a quienes tenía aprecio.

«No ha salido exactamente como lo había planeado, pero ha funcionado», pensó. Corrió hacia la mesa y recogió sus cosas. La caja de sellos, el alma del emperador, algo de piedra de alma extra y tinta. Y los dos cuadernos que explicaban los sellos que había creado con tanta complejidad: el oficial y el verdadero.

Arrojó el oficial a las llamas al pasar junto a la chimenea. Luego se detuvo delante de la puerta, contando los latidos de su corazón.

Se sintió morir al contemplar la marca del sellador de sangre mientras latía. Finalmente, después de unos cuantos minutos angustiosos, el sello de la puerta destelló una última vez... y entonces se desvaneció. El sellador de sangre no había regresado a tiempo para renovarlo.

Libertad.

Shai salió corriendo al vestíbulo, abandonando su hogar de los tres últimos meses, una habitación repujada ahora de oro y plata. El vestíbulo exterior había estado tan cerca, y sin embargo parecía otro país completamente distinto. Presionó el tercero de sus sellos preparados contra su blusa abotonada, cambiándola para que fuera igual que la de los sirvientes de palacio, con insignias oficiales bordadas en el pecho izquierdo.

Tenía poco tiempo para hacer su siguiente movimiento. Pronto, o bien el sellador de sangre acudiría a su habitación, Zu despertaría de su caída, o bien llegarían los guardias para el cambio de turno. Shai quería correr pasillo abajo y dirigirse a los establos de palacio.

Pero no lo hizo. Correr implicaba una de dos: o culpa o una tarea importante. Las dos llamarían la atención. En cambio, mantuvo un paso

ligero y adoptó la expresión de quien sabe lo que se hace, y por eso no debe ser importunado.

Enseguida accedió a las alas más concurridas del enorme palacio. Nadie la detuvo. En un cruce tapizado de alfombras, se paró.

A la derecha, al fondo de un largo pasillo, se encontraba la entrada a los aposentos del emperador. El sello que Shai llevaba en la mano derecha, en la caja y acolchado, pareció saltar en sus dedos. ¿Por qué no lo había dejado en la habitación para que lo descubriera Gaotona? Los árbitros la perseguirían con menos saña si tuvieran el sello.

Podía dejarlo ahí, en ese pasillo adornado con retratos de antiguos legisladores y repleto de urnas de remotas épocas falsificadas.

No. Lo llevaba consigo por un motivo. Había preparado herramientas para acceder a los aposentos del emperador. En todo momento había sabido lo que iba a hacer.

Si se marchaba ahora, nunca sabría si el sello funcionaba. Eso sería como construir una casa y luego no entrar nunca en ella. Como forjar una espada y no empuñarla. Como crear una obra de arte maestra y luego guardarla para que nunca pudiera ser contemplada.

Shai observó el largo pasillo.

Cuando comprobó que no había nadie a la vista, se volvió hacia una de aquellas horribles urnas y rompió el sello de la parte inferior. La urna se transformó de nuevo en una simple versión de barro de sí misma.

Había tenido tiempo de sobra para averiguar con exactitud quién había creado esas urnas y dónde. El cuarto de sus sellos preparados transformó la urna en una réplica de un ornamentado orinal dorado. Shai recorrió el pasillo hasta los aposentos del emperador; luego saludó a los guardias, con el orinal bajo el brazo.

—No te reconozco —dijo un guardia.

Ella no lo reconoció tampoco, con aquella cara llena de cicatrices y la mirada recelosa. Como esperaba. A los guardias encargados de su vigilancia los habían separado de sus compañeros para que no pudieran hablar del servicio que tenían encomendado.

—Oh —dijo Shai, vacilando, aparentemente nerviosa—. Lo siento, oficial. Me han asignado esta tarea esta misma mañana.

Se ruborizó, sacó de su bolsillo un grueso papel con el sello y la firma de Gaotona. Los había falsificado a la antigua usanza. Incomprensiblemente, él había permitido que Shai le indicara cómo

podían mejorar las medidas de seguridad para proteger los aposentos del emperador.

Así, continuó su camino sin más complicaciones. Las siguientes tres habitaciones de los enormes aposentos del emperador estaban vacías. Tras ellas había una puerta cerrada con llave. Tuvo que falsificar la madera de esa puerta en algo que hubiera sido dañado por la carcoma (usando el mismo sello que había empleado en su cama) para poder pasar. No prendió durante mucho tiempo, pero fueron suficientes unos segundos para abrir la puerta de una patada.

Dentro encontró el dormitorio del emperador. Era el mismo lugar al que la habían traído el primer día, cuando le ofrecieron esa oportunidad. Allí solo se hallaba él, tendido en aquella cama. Estaba despierto, pero miraba al techo sin verlo.

En la habitación reinaba el silencio. La tranquilidad. Olía... a demasiado limpio. Demasiado blanca. Como un lienzo vacío.

Shai se acercó a la vera del lecho. Ashravan no la miró. Sus ojos no se movieron. Descansó los dedos sobre su hombro. Tenía un rostro hermoso, aunque era unos quince años mayor que ella. No demasiado para un grande: vivían más que la mayoría.

El suyo era un rostro fuerte, a pesar del largo tiempo postrado. Pelo dorado, mandíbula firme, nariz prominente. Tan distinto en sus rasgos del pueblo de Shai.

—Conozco tu alma —dijo ella en voz baja—. La conozco mejor de lo que tú la conociste nunca.

Aún no habían dado la alarma. Shai continuaba esperando a que ocurriera de un momento a otro, pero se arrodilló junto a la cama de todas formas.

—Ojalá pudiera conocerte. No a tu alma, sino a ti. He leído sobre ti: he visto en tu corazón. He reconstruido tu alma lo mejor que he podido. Pero no es lo mismo. No es conocer a alguien, ¿verdad? Simplemente es conocer cosas de alguien.

¿Eso que oía ahí fuera, en la zona más lejana del palacio, era un grito?

—No pido mucho de ti —siguió diciendo con el mismo tono de voz—. Solo que vivas. Solo que seas. He hecho lo que he podido. Ojalá sea suficiente.

Inspiró profundamente, entonces abrió la caja y sacó su Marca de Esencia. La entintó, le subió luego la manga de la camisa y descubrió su antebrazo.

Shai vaciló; luego presionó el sello, que golpeó la carne y permaneció detenido un instante, como hacían siempre los sellos. La piel y el músculo no cedieron hasta un segundo más tarde, cuando el sello se hundió apenas unos milímetros.

Hizo girar el sello, asegurándolo, y lo retiró. La brillante marca roja resplandeció levemente.

Ashravan parpadeó.

Shai se incorporó y retrocedió un paso mientras él se sentaba y miraba alrededor. Ella contó en silencio.

—Mis aposentos —dijo Ashravan—. ¿Qué ha sucedido? Hubo un ataque. Yo fui... fui herido. Oh, madre de las luces. Kurshina. Está muerta.

Su rostro se convirtió en una máscara de pena, pero se recuperó un segundo después. Era el emperador. Podía tener temperamento, pero mientras no estuviera furioso, era bueno no dejando entrever sus sentimientos. Se volvió hacia Shai, y sus ojos vivos (ojos que veían) se centraron en ella.

—¿Quién eres tú?

La pregunta la removi6 por dentro, a pesar de esperarla.

—Soy una especie de cirujana —explicó Shai—. Resultaste malherido. Te he curado. Sin embargo, el remedio que he utilizado se considera... despreciable en algunos sitios de vuestra cultura.

—Eres una reselladora —dijo él—. Una... ¿una falsificadora?

—En cierto modo —respondió Shai. Él lo creería porque ese era su deseo—. Es un tipo difícil de resellado. Tendrán que sellarte cada día, y debes conservar contigo en todo momento esa placa de metal, la que tiene forma de disco que está en esa caja. Sin eso, morirás, Ashravan.

—Dámelo —dijo él, extendiendo la mano para que le entregara el sello.

Ella vaciló. No estaba segura de por qué.

—Dámelo —repitió él, esta vez con más énfasis.

—No le cuentes a nadie lo que ha sucedido aquí —le advirtió ella—. Ni a los guardias ni a los sirvientes. Solo tus árbitros saben lo que he hecho.

Los gritos en el exterior sonaron más fuerte. Ashravan se volvió hacia el sonido.

—Si nadie debe saberlo —dijo—, entonces debes marcharte. Deja este lugar y no regreses. —Miró el sello—. Probablemente debería matarte por conocer mi secreto.

Ese era el egoísmo que había aprendido durante sus años en el palacio. Sí, ella lo había interpretado bien.

—Pero no lo harás —aseveró.

—No lo haré.

Y allí estaba la compasión, profundamente enterrada.

—Vete antes de que cambie de opinión —ordenó él.

Shai dio un paso hacia la puerta, luego comprobó su reloj de bolsillo: más de un minuto. El sello había prendido, al menos a corto plazo. Se volvió para mirarlo.

—¿A qué estás esperando? —la apremió.

—Solo quería dar un último vistazo —aclaró ella.

El emperador frunció el ceño.

Los gritos cada vez eran más intensos.

—Vete —dijo él—. Por favor.

Parecía saber a qué se debía aquel griterío, o al menos podía deducirlo.

—Hazlo mejor esta vez —dijo Shai—. Por favor.

Y dicho esto, huyó.

Shai había sentido la tentación, durante un tiempo, de escribir en él un deseo por protegerla. Habría habido buenos motivos para ello, al menos a sus ojos, y podría haber socavado toda la falsificación. Aparte de eso, no creía que él pudiera salvarla. Hasta que su período de luto terminara, no podría salir de sus aposentos ni hablar con nadie que no fueran sus árbitros. Durante ese tiempo, ellos gobernarían el imperio.

Lo gobernaban ya, de todas formas. No, una rápida revisión del alma de Ashrahan para que la protegiera no habría funcionado. Cuando ya estaba a punto de salir por la última puerta, Shai recogió el falso orinal. Lo alzó y luego atravesó las puertas. Jadeó ostensiblemente al oír los lejanos gritos.

—¿Todo esto es por mí? —exclamó—. ¡Noches! ¡Ha sido sin querer! ¡No sabía que no podía verlo! ¡Sé que está recluido, pero abrí la puerta equivocada!

Los guardias se la quedaron mirando, luego uno se relajó.

—No es por ti. Busca tus aposentos y quédate allí.

Shai inclinó la cabeza y se marchó rápidamente. La mayoría de los guardias no la conocían, y por eso...

Sintió un repentino dolor en el costado. Jadeó. Era un dolor como el que sentía cada mañana, cuando el sellador de sangre marcaba la puerta.

Muy asustada, Shai se palpó el costado. ¡El corte de su blusa, donde Zu la había alcanzado con su espada, había atravesado la camisa que llevaba debajo! Cuando retiró los dedos, observó en ellos un par de gotas de sangre. Solo un corte superficial, nada peligroso. Con tanta agitación, ni siquiera se había dado cuenta.

Pero la punta de la espada de Zu... estaba manchada con su sangre. Sangre fresca. El sellador de sangre lo había descubierto y había comenzado la caza. Ese dolor significaba que la estaba localizando: ahora sus mascotas armonizadas sabían dónde buscar.

Shai arrojó a un lado el orinal y echó a correr.

Esconderse ya no era una opción. No llamar la atención carecía de sentido. Si los esqueletos del sellador de sangre daban con ella, moriría. Así de fácil. Tenía que encontrar un caballo pronto, y luego dar esquinazo a los esqueletos durante veinticuatro horas, hasta que su sangre se volviera rancia.

Corrió por los pasillos. Algunos criados la señalaron con el dedo, otros gritaron. Casi derribó a un embajador del sur vestido con la armadura roja de los sacerdotes.

Shai maldijo, esquivando al hombre. Las salidas del palacio estarían cerradas ya. Lo sabía. Había estudiado los protocolos de seguridad. Salir sería casi imposible.

«Ten siempre un plan de emergencia», decía el tío Won.

Ella lo tenía siempre.

Se detuvo en el pasillo, y decidió, como tendría que haber hecho antes, que correr hacia las salidas carecía de sentido. Se encontraba al borde del pánico, con el sellador de sangre siguiéndole la pista, pero tenía que pensar con claridad.

El plan de emergencia. Era desesperado, pero era todo lo que tenía. Echó a correr de nuevo, giró en un recodo y volvió por donde acababa de venir.

«Noches, ojalá no haya errado al interpretarle —pensó—. Si, secretamente, resulta ser un maestro embaucador más hábil que yo, estoy perdida. Oh, Dios Desconocido, por favor. Esta vez, permite que no esté equivocada».

Con el corazón desbocado, olvidada la fatiga al instante, se detuvo en el pasillo que conducía a los aposentos del emperador.

Allí esperó. Los guardias no la perdieron de vista, con el ceño fruncido, pero mantuvieron sus posiciones al fondo del pasillo, tal como habían sido instruidos. La llamaron. Era difícil no moverse. Aquel sellador de sangre se acercaba cada vez más con sus horribles mascotas...

—¿Por qué estás aquí? —dijo una voz.

Shai se dio media vuelta y vio a Gaotona aparecer por el pasillo. Había sido el primero en acudir junto al emperador. Los demás buscarían a Shai, pero Gaotona quería asegurarse de que Ashravan estaba a salvo.

Shai se dirigió a él, ansiosa. «Probablemente esta es la peor idea que he tenido jamás para un plan de emergencia», pensó.

—Funcionó —dijo en un susurro.

—¿Probaste el sello? —preguntó Gaotona, cogiéndola del brazo y mirando a los guardias. La apartó para que no pudieran oírlos—. De todas las cosas alocadas, dementes y estúpidas...

—Funcionó, Gaotona —insistió Shai.

—¿Por qué fuiste a verlo? ¿Por qué no huiste mientras tenías la posibilidad?

—Tenía que saberlo. Era preciso.

Él la miró a los ojos. Veía a través de ellos, hasta el fondo de su alma, como hacía siempre. Noches, sí que habría sido un falsificador magnífico.

—El sellador de sangre tiene tu rastro —la advirtió Gaotona—. Ha invocado a esas... cosas para que te capturen.

—Lo sé.

Gaotona vaciló solo durante un instante, luego sacó una caja de madera de sus voluminosos bolsillos. El corazón de Shai dio un vuelco.

Se la ofreció, y ella la cogió con una mano, pero él no la soltó.

—Sabías que vendría aquí —dijo Gaotona—. Sabías que las tendría, y que te las daría. Has jugado conmigo.

Shai guardó silencio.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el anciano—. Pensaba que te vigilaba con atención. Estaba seguro de que no me habías manipulado. Y sin embargo, vine corriendo hasta aquí. Casi seguro de que te encontraría. Sabiendo que necesitarías esto. Seguía sin darme cuenta, hasta este mismo momento, de que probablemente lo habías planeado todo.

—Te manipulé, Gaotona —admitió ella—. Pero tuve que hacerlo de la manera más difícil posible.

—¿Cómo?

—Siendo auténtica —respondió ella.

—No se puede manipular a la gente siendo auténtico.

—¿No? —preguntó Shai—. ¿No es así como has forjado toda tu carrera? ¿Hablando con sinceridad, enseñando a la gente lo que debe esperar de ti, y luego esperando que a cambio sean sinceros contigo?

—No es lo mismo.

—No. No lo es. Pero es lo mejor que pude conseguir. Todo lo que te he dicho es verdad, Gaotona. El lienzo destruido, los secretos y deseos de mi vida... Siendo auténtica. Era la única forma de ponerte de mi lado.

—No estoy de tu lado. —Gaotona hizo una pausa—. Pero tampoco quiero que te maten, muchacha. Y menos por esas cosas. Cógelas. ¡Días! Llévatelas y vete, antes de que cambie de opinión.

—Gracias —susurró ella, llevándose la caja al pecho. Buscó en el bolsillo de su falda y sacó un cuaderno grueso y pequeño—. Mantenlo a salvo. No se lo enseñes a nadie.

Él lo aceptó, vacilante.

—¿Qué es?

—La verdad —respondió ella; luego se inclinó y lo besó en la mejilla—. Si escapo, cambiaré mi Marca de Esencia final. La que nunca pretendía utilizar... Añadiré a ella, y a mis recuerdos, un amable abuelo que me salvó la vida. Un hombre sabio y compasivo a quien respetaba mucho.

—Vete, niña idiota —dijo él. Tenía lágrimas en los ojos.

Si no hubiera estado al borde del pánico, se habría sentido orgullosa de su reacción. Y avergonzada de su propio orgullo. Así era Shai.

—Ashravan vive —dijo—. Cuando pienses en mí, recuerda eso. Funcionó. ¡Noches, funcionó!

Lo dejó y echó a correr por el pasillo.

Gaotona oyó marcharse a la muchacha, pero no se volvió para verla huir. Contemplaba la puerta de los aposentos del emperador. Dos guardias confusos, y el paso a... ¿qué?

El futuro del Imperio Rosa.

«Ser gobernados por alguien que no está vivo de verdad... —pensó Gaotona—. Los frutos de nuestros hediondos esfuerzos».

Inspiró profundamente; luego pasó ante los guardias y abrió las puertas para entrar a contemplar a su criatura.

«Solo... por favor, que no sea un monstruo».

Shai caminaba a grandes zancadas por los pasillos de palacio, sujetando la caja de sellos. Se arrancó la blusa de botones, revelando la ajustada camisa de algodón negro, y se guardó la caja en el bolsillo. Se dejó puesta la falda y las calzas debajo. No era tan diferente de las ropas con las que había sido entrenada.

Los criados corrían a su alrededor. Sabían, solo por su actitud, que tenían que quitarse de en medio. De repente, Shai se sintió más segura de lo que se había sentido en años.

Había recuperado su alma. Toda.

Sacó una de sus Marcas de Esencia mientras caminaba. La entintó con rápidas pinceladas y volvió a guardarse la caja en el bolsillo de la camisa. Entonces se selló el bíceps derecho y lo aseguró, reescribiendo su historia, sus recuerdos, su experiencia vital.

En esa fracción de tiempo, recordó ambas historias. Recordó los dos años que había pasado encerrada, planeando, creando la Marca de Esencia. Recordó toda una vida como falsificadora.

Simultáneamente, recordó haber pasado los últimos quince años entre la tribu de los teullu. La habían adoptado y entrenado en las artes marciales.

Dos lugares a la vez, dos vidas al mismo tiempo.

Entonces la primera se desvaneció, y Shai se convirtió en Shaizan, el nombre que le habían dado los teullu. Su cuerpo se hizo más delgado, más duro. El cuerpo de un guerrero. Se quitó las gafas. Sus ojos se habían curado hacía mucho tiempo, y ya no las necesitaba.

Acceder al entrenamiento de los teullu había sido difícil, no les gustaban los forasteros. Casi habían acabado con ella en una docena de ocasiones distintas durante su año de formación. Pero había tenido éxito.

Perdió todo conocimiento de cómo crear sellos, todo sentido de inclinación hacia lo erudito. Seguía siendo ella misma, y recordaba su pasado inmediato: su captura, su reclusión forzada en aquella celda. Era consciente, lógicamente, de lo que acababa de hacer con el sello en su brazo, y sabía que la vida que recordaba ahora era falsa.

Pero no la sentía así. Mientras aquel sello le quemaba el brazo, se convirtió en la versión de sí misma que habría existido de haber sido adoptada por una severa cultura de guerreros y de haber vivido entre ellos durante más de una década.

Se quitó los zapatos. Su pelo se acortó; una cicatriz cruzaba su rostro desde la nariz hasta la mejilla derecha. Caminaba como un guerrero, vigilando todo a su paso.

Llegó a la zona de los criados de palacio justo ante los establos, la Galería Imperial a la izquierda.

Una puerta se abrió delante de ella. Zu, alto y de labios gruesos, se abrió paso. Tenía un tajo en la frente (la sangre manaba a través de la venda que llevaba puesta) y sus ropas estaban desgarradas por la caída.

Sus ojos destellaban ira. Hizo una mueca al verla.

—Estás perdida. El sellador de sangre nos condujo directos hacia ti. Voy a disfrutar...

Se interrumpió cuando Shaizan, apenas un borrón, avanzó hacia él y golpeó su muñeca con el canto de la mano, fracturándosela, sin fuerzas ya para sostener la espada entre los dedos. Después alzó la mano y la descargó en su garganta con un golpe seco. Entonces cerró el puño y lo estrelló directo contra su pecho. Seis costillas se rompieron.

Zu retrocedió tambaleándose, jadeando, los ojos muy abiertos por la descomunal sorpresa. Su espada resonó al chocar contra el suelo. Shaizan pasó por encima de él, le arrebató el cuchillo del cinturón y lo alzó para cortar el cordón de su capa.

Zu se desplomó en el suelo, dejando la capa en los dedos de ella.

Shai podría haberle dicho algo. Shaizan no tenía paciencia para hacer comentarios sarcásticos ni burlas. Un guerrero seguía moviéndose, como un río. No interrumpió el paso mientras se envolvía en la capa y accedía al pasillo que estaba detrás de Zu.

El capitán boqueaba en busca de aire. Viviría, pero no volvería a empuñar una espada en muchos meses.

Movimiento al fondo del pasillo: criaturas de extremidades blancas, demasiado delgadas para estar vivas. Shaizan se preparó adoptando una postura amplia, el cuerpo vuelto hacia un lado, de cara al pasillo, las rodillas ligeramente flexionadas. No importaba de cuántas monstruosidades dispusiera el sellador de sangre; no importaba si ella perdía o ganaba.

Importaba el desafío. Eso era todo.

Eran cinco, con apariencia de hombres armados con espadas. Recorrieron el pasillo, los huesos resonando, los cráneos sin ojos mirándola inexpresivos, a no ser por aquellos dientes afilados, siempre sonrientes. Algunas partes de los esqueletos habían sido sustituidas por tallas de madera que soldaban huesos rotos en la batalla. Cada criatura llevaba un brillante sello rojo en la frente; era necesaria la sangre para darles vida.

Ni siquiera Shaizan había combatido nunca antes con monstruos como aquellos. Apuñalarlos sería inútil. Pero esos trozos que habían sido sustituidos... algunos eran piezas de costillas o de otros huesos que los esqueletos no deberían necesitar para luchar. Por tanto, si los huesos se rompían o se salían del sitio, ¿dejaría la criatura de ser operativa?

Parecía su mejor opción. No se lo pensó más. Shaizan era puro instinto. Mientras los seres se aproximaban, hizo girar la capa de Zu y la arrojó por encima de la cabeza del primer esqueleto. El ser manoteó y golpeó la capa mientras ella se enfrentaba a la segunda criatura.

Repelió su ataque con la hoja de la daga de Zu; entonces se acercó tanto que pudo oler sus huesos, y extendió la mano justo por debajo de la caja torácica de la cosa. Agarró la espina dorsal y tiró, soltando un puñado de vértebras; la punta del esternón cortó el antebrazo de Shaizan. Al parecer, todos los huesos de los esqueletos estaban afilados.

La criatura se desplomó, y los huesos retumbaron en el suelo con estrépito. Shaizan tenía razón. Si descoyuntaba los huesos troncales, la cosa ya no podía moverse. Shaizan arrojó el puñado de vértebras a un lado.

Quedaban cuatro. Por lo poco que sabía, los esqueletos no se cansaban y eran implacables. Tenía que ser rápida, o la arrinconarían.

Las tres criaturas a su espalda la atacaron. Shaizan las esquivó, rodeando a la primera mientras esta tiraba de la capa. Agarró el cráneo por las cuencas de los ojos, pero al hacerlo sufrió un corte profundo en el brazo por la espada enemiga. Su sangre roció la pared mientras arrancaba el cráneo; el resto del cuerpo de la criatura se derrumbó en el suelo formando un montón de huesos.

«Sigue moviéndote. No te detengas».

Si lo hacía, moriría.

Se volvió y encaró a los otros tres esqueletos, usando el cráneo para bloquear un mandoble de espada y la daga para detener otro. Esquivó el tercero, que le rozó el costado.

No podía sentir dolor. Se había entrenado a sí misma para ignorarlo en la batalla. Eso era bueno, porque ese último golpe habría dolido.

Aplastó el cráneo contra la cabeza de otro esqueleto, rompiéndolos ambos. La criatura cayó, y Shaizan giró entre las otras dos. Sus reveses golpeaban unos contra otros. La patada de Shaizan envió a uno de ellos dando tumbos hacia atrás, y lanzó su cuerpo contra el otro, aplastándolo contra la pared. Los huesos se apretujaron, y ella agarró la espina dorsal y luego soltó algunas vértebras.

Los huesos de la criatura cayeron con estrépito. Shaizan se tambaleó al erguirse. Había perdido demasiada sangre. Estaba bajando el ritmo. ¿En qué momento había dejado caer la daga? Debió de resbalársele de entre los dedos mientras empujaba a la criatura contra la pared.

Concentración. Solo quedaba uno.

El esqueleto cargó con una espada en cada mano. Shaizan se lanzó contra él y consiguió tenerlo al alcance de sus brazos antes de que pudiera blandir sus armas. A pesar de sujetar los huesos de su antebrazo, no podía soltarlos, no desde ese ángulo. Gruñó, manteniendo las espadas a raya. Pero a duras penas, porque cada vez estaba más débil.

La criatura redobló su ataque. Shaizan gruñó mientras la sangre corría libremente por su brazo y también por su costado.

Le propinó un cabezazo a la criatura.

Era un recurso que funcionaba peor en la vida real que en las historias. La visión de Shaizan se emborronó y, jadeando, cayó de rodillas. El esqueleto sucumbió ante ella, el cráneo roto rodando suelto debido a la fuerza del impacto. La sangre manaba por el rostro de Shaizan. Tenía un corte en la frente, quizá se había fracturado su propio cráneo.

Cayó de costado y luchó por no perder el conocimiento.

Lentamente, la oscuridad se retiró.

Shaizan se encontró tendida entre huesos esparcidos en un pasillo de piedra vacío. El único color era el de su sangre.

Había vencido. Otro desafío resuelto. Aulló un cántico de su familia adoptiva, luego recuperó la daga y su blusa hecha tiras para vendar sus heridas. Había perdido mucha sangre. Ni siquiera una mujer con su entrenamiento debería enfrentarse a más desafíos hoy. No si requerían fuerza.

Consiguió ponerse en pie y recuperar la capa de Zu, quien, inmovilizado todavía por el dolor, la miraba con ojos sorprendidos. Ella reunió los cinco cráneos de las mascotas del sellador de sangre e hizo un hatillo con la capa.

Hecho esto, continuó avanzando por el pasillo, tratando de proyectar fuerza, no la fatiga, el mareo y el dolor que realmente sentía.

«Él estará por alguna parte...»

Abrió la puerta de un trastero al fondo del pasillo y encontró al sellador de sangre dentro, los ojos vidriosos por la sorpresa de ver destruidas a sus mascotas en rápida sucesión.

Shaizan lo agarró por la camisa y lo puso en pie de un tirón. El movimiento casi la hizo desmayarse de nuevo. «Cuidado».

El sellador de sangre gimió.

—Vuelve a tu ciénaga —gruñó Shaizan en voz baja—. A quien te espera no le importa que estés en la capital, que estés ganando tanto dinero, que lo estés haciendo todo por ella. Quiere que regreses a casa. Por eso sus cartas están redactadas de esa manera.

Shaizan dijo esas palabras por Shai, que se sentiría culpable si no lo hacía.

El hombre la miró, confundido.

—¿Cómo sabes...? ¡Ahhrgh!

Sus palabras se transformaron en un grito cuando Shaizan le clavó la daga en la pierna. El sellador de sangre se derrumbó mientras le soltaba la camisa.

—Lo he hecho para tener un poco de tu sangre —le dijo Shaizan casi en un murmullo, agachándose—. No trates de darme caza. Ya has visto lo

que hice con tus mascotas. Contigo será peor. Me llevo los cráneos, para que no los puedas enviar contra mí de nuevo. Regresa a tu hogar.

Él asintió débilmente. Shaizan lo dejó en el suelo, encogido, asustado, sujetándose la pierna ensangrentada. La aparición de los esqueletos había hecho huir a todo el mundo, incluidos los guardias. Shaizan se dirigió a los establos; luego se detuvo, pensativa. No estaba demasiado lejos...

«Casi mueres por todas estas heridas —se dijo—. No seas necia».

Decidió serlo de todas formas.

Poco después, Shaizan entró en los establos, y allí solo encontró a un par de asustados mozos de cuadras. Escogió la mejor montura. Y así, vestida con la capa de Zu y montada en su caballo, Shaizan pudo salir al galope por las puertas de palacio, y ningún hombre ni ninguna mujer trataron de detenerla.

—¿Decía la verdad, Gaotona? —preguntó Ashravan, contemplándose en el espejo.

Gaotona alzó la cabeza desde donde estaba sentado. «¿La decía?», pensó. Nunca se sabía con Shai.

Ashravan había insistido en vestirse solo, aunque obviamente se encontraba débil por su larga estancia en cama. Gaotona, sentado en un taburete cercano, trataba de ordenar un aluvión de emociones.

—¿Gaotona? —preguntó Ashravan, volviéndose hacia él—. ¿Me hirieron, como dijo esa mujer? ¿Acudisteis a una falsificadora, y no a nuestros reselladores, para que me curase?

—Sí, majestad.

«Las expresiones —pensó Gaotona—. ¿Cómo las ha hecho tan bien? El modo en que frunce el ceño antes de hacer una pregunta... Cómo ladea la cabeza cuando no se le responde al instante. La forma en que permanece en pie, en que agita los dedos cuando está diciendo algo que considera particularmente importante...»

—Una falsificadora de MaiPon —dijo el emperador mientras se ponía su casaca dorada—. Difícilmente lo consideraría necesario.

—Tus heridas superaban con mucho las habilidades de nuestros reselladores.

—Yo creía que no había nada que no estuviera a su alcance.

—Nosotros también.

El emperador observó el sello rojo de su brazo. Su expresión se endureció.

—Esto será un grillete, Gaotona. Un peso.

—Lo soportarás.

Ashravan se volvió hacia él.

—Veo que el hecho de que tu señor haya estado al borde de la muerte no te ha vuelto más respetuoso, anciano.

—Me siento cansado últimamente, majestad.

—Me estás juzgando —dijo Ashravan, mirándose de nuevo en el espejo—. Siempre lo haces. ¡Días encendidos! Un día me libraré de ti. Lo sabes, ¿no? Solo permito que estés a mi lado por tus servicios pasados.

Era sorprendente. Aquel era Ashravan: una falsificación tan completa, tan perfecta, que Gaotona nunca habría sospechado la verdad si no lo hubiera sabido. Quería creer que el alma del emperador todavía estaba allí, en su cuerpo, y que el sello simplemente la había... destapado.

Eso sería una mentira conveniente para decírsela a sí mismo. Tal vez Gaotona empezaría a creerla tarde o temprano. Por desgracia, él había visto los ojos del emperador antes, y sabía... sabía lo que había hecho Shai.

—Avisaré a los otros árbitros, majestad —dijo Gaotona, poniéndose en pie—. Desearán verte.

—Muy bien. Puedes retirarte.

El anciano se encaminó hacia la puerta.

—Gaotona.

Se volvió.

—Tres meses en cama —dijo el emperador, mirándose en el espejo—, sin permitir que nadie me viera. Los reselladores no pudieron hacer nada. Pueden curar cualquier herida normal. Tuvo algo que ver con mi mente, ¿verdad?

«Se supone que no podría deducirlo —pensó Gaotona—. Ella dijo que no iba a escribirlo en él».

Pero Ashravan había sido un hombre inteligente. A pesar de todo, siempre había sido inteligente. Shai lo había restaurado, y no podía impedir que pensara.

—Sí, majestad —respondió Gaotona.

Ashravan refunfuñó.

—Tienes suerte de que vuestra táctica funcionara. Podríais haber arruinado mi capacidad para pensar... podrías haber vendido mi misma alma. No estoy seguro de si debiera castigarte o recompensarte por correr ese riesgo.

—Te aseguro, majestad —dijo Gaotona—, que yo mismo me he dado grandes recompensas y grandes castigos durante estos últimos meses.

Se marchó entonces, dejando que el emperador se contemplara en el espejo y considerara las implicaciones de lo que se había hecho.

Para bien o para mal, habían recuperado a su emperador.

O, al menos, una copia suya.

EPÍLOGO. Día ciento uno

—Y con esto espero haber puesto fin a ciertos rumores perniciosos —les dijo Ashravan a los árbitros reunidos de las ochenta facciones—. Las exageraciones sobre mi enfermedad eran, obviamente, maledicentes. Todavía tenemos que descubrir quién envió a los asesinos, pero la muerte de la emperatriz no es algo que vaya a quedar impune. —Miró a los árbitros—. Ni sin respuesta.

Frava cruzó los brazos, contemplando la copia con satisfacción, pero también con incomodidad. «¿Qué puertas traseras pusiste en su mente, pequeña ladrona? —se preguntó—. Las encontraremos».

Nyen estaba ya inspeccionando copias de los sellos. El falsificador decía que podía descifrarlos retroactivamente, aunque requeriría tiempo. Quizá años. Con todo, Frava acabaría por saber cómo controlar al emperador.

Destruir las notas había sido astuto por parte de la muchacha. ¿Había adivinado que Frava no estaba en realidad haciendo copias? Frava sacudió la cabeza y se acercó a Gaotona, que ocupaba su asiento en el palco del Teatro de Autoridades. Se sentó a su lado y le habló en voz baja:

—Lo están aceptando.

Gaotona asintió, con la mirada puesta en el falso emperador.

—No hay ni el más mínimo atisbo de sospecha. Lo que hicimos... no fue solo audaz, más bien se presumía imposible.

—Esa muchacha podría ponernos un cuchillo en la garganta —advirtió Frava con alivio—. La prueba de lo que hicimos está enterrada dentro del cuerpo del emperador. Tendremos que andar con mucho cuidado en los años venideros.

Gaotona asintió, distraído. Días encendidos, cómo deseaba Frava poder eliminarlo de su puesto. Él era el único de los árbitros que le oponía resistencia. Justo antes de su asesinato, Ashravan había estado a punto de hacerlo, instigado por ella.

Esas reuniones habían sido privadas. Shai no podía conocerlas, así que la falsificación tampoco. Frava tendría que empezar de nuevo el proceso, a menos que encontrara un modo de controlar a ese Ashravan duplicado. Ambas opciones la frustraban.

—Una parte de mí no puede creer que lo lográramos —dijo Gaotona en voz baja mientras el falso emperador pasaba a la siguiente parte de su discurso, una llamada a la unidad.

Frava hizo una mueca.

—El plan era bueno.

—Shai escapó.

—La encontraremos.

—Lo dudo —repuso él—. Tuvimos suerte de atraparla una vez. Por fortuna, no creo que tengamos que preocuparnos mucho de ella.

—Intentará chantajearnos —adujo Frava. «O tratará de encontrar un modo de controlar el trono».

—No —respondió Gaotona—. No, está satisfecha.

—¿Satisfecha por haber escapado con vida?

—Satisfecha por haber sentado en el trono a una de sus creaciones. Una vez, se atrevió a intentar engañar a miles, pero ahora tiene la oportunidad de engañar a millones. A un imperio entero. A sus ojos, revelar lo que ha hecho estropearía su majestuosidad.

¿Lo creía de verdad el viejo necio? Su ingenuidad a menudo ofrecía oportunidades a Frava: había pensado permitirle conservar su puesto simplemente por ese motivo.

El falso emperador continuó su discurso. A Ashravan le gustaba oírse hablar. La falsificadora lo había hecho bien.

—Está usando el asesinato como medio para fortalecer nuestra facción —comentó Gaotona—. ¿Lo oyes? Las implicaciones de que tenemos que unirnos, remar juntos en la misma dirección, recordar la fuerza de nuestra herencia... Y los rumores, los que la Facción Gloria difundió diciendo que había muerto... al mencionarlos, debilitan a esa facción. Apostaron a que no regresaría, y ahora que lo ha hecho, quedan como unos idiotas.

—Cierto —dijo Frava—. ¿Le aconsejaste tú eso?

—No —respondió Gaotona—. Se negó a permitir que lo aconsejara en su discurso. Sin embargo, este gesto parece algo que el antiguo Ashravan habría hecho, el Ashravan de hace una década.

—Entonces, la copia no es perfecta. Será preciso que recordemos eso.

—Sí —dijo Gaotona mientras sujetaba algo en la mano, un cuaderno pequeño y grueso que Frava no reconoció.

Hubo un rumor en la parte trasera del palco, y una criada con el símbolo de Frava entró y pasó ante los árbitros Stivient y Ushnaka. La joven mensajera se acercó a Frava y se inclinó.

Frava le dirigió a la muchacha una mirada de fastidio.

—¿Qué puede ser tan importante para interrumpirme?

—Lo siento, excelencia —susurró la mujer—. Pero me pediste que ordenara tus oficinas en palacio para las reuniones de la tarde.

—¿Y bien? —preguntó Frava.

—¿Entraste en las habitaciones ayer, mi señora?

—No. Con todo ese asunto del sellador de sangre desaparecido, y las exigencias del emperador, y... —Frava frunció el ceño aún más—. ¿Qué ocurre?

Shai se volvió para mirar la Sede Imperial. La ciudad se extendía sobre siete grandes colinas; la mansión de una facción principal coronaba cada una de las seis exteriores, mientras que el palacio dominaba la colina central.

El caballo que esperaba a su lado se parecía poco al que había robado del palacio. Le faltaban dientes y caminaba con la cabeza gacha y el lomo doblado. Parecía que no lo habían cepillado desde hacía años, y la criatura estaba tan desnutrida que las costillas se le marcaban como si fueran las tablillas del respaldo de una silla.

Shai se había pasado los días anteriores sin llamar la atención, usando su Marca de Esencia de mendiga para ocultarse en los bajos fondos de la Sede Imperial. Con ese disfraz, y con otro para el caballo, había escapado de la ciudad con facilidad. Sin embargo, una vez se alejó lo suficiente, se quitó la marca; pensar como la mendiga era... incómodo.

Shai aflojó la silla de montar, luego palpó debajo y rozó con la uña el brillante sello situado allí. Rascó el borde del sello con un poco de esfuerzo, rompiendo la falsificación. El caballo se transformó al instante; el lomo se le enderezó, alzó la cabeza, los costados se hincharon. Cabrió nervioso, agitando la cabeza de un lado a otro, tirando contra las riendas. El caballo de batalla de Zu era un bello animal, más valioso que una casita en algunas partes del imperio.

Oculto entre las provisiones que llevaba a la espalda estaba el lienzo que Shai había robado, una vez más, de la oficina de Frava, la decana de los árbitros. Una falsificación. Shai nunca había tenido motivos para robar

una de sus propias obras antes. Resultaba... divertido. Había dejado el gran marco vacío y detrás, en medio de la pared, había tallado una runa reo. No tenía un significado muy agradable.

Acarició al caballo en el cuello. Considerando las cosas, no era mal botín. Un bonito caballo y un lienzo que, aunque falso, era tan realista que incluso su propietaria había creído que se trataba del original.

«Él está pronunciando su discurso ahora mismo —pensó Shai—. Me gustaría escucharlo».

Su joya, su obra magna, llevaba el manto del poder imperial. Eso la inquietaba, pero la inquietud la había impulsado a continuar. Devolverlo a la vida no había sido la causa de su frenético trabajo. No; en el fondo, se había esforzado tanto porque había querido dejar unos cuantos cambios específicos imbuidos dentro del alma. Tal vez esos meses de sinceridad con Gaotona la habían cambiado.

«Copia una imagen una y otra vez en una pila de papeles —pensó Shai—, y al final las hojas de abajo tendrán la misma imagen, calcadas. Grabadas a fondo».

Se dio media vuelta y sacó la Marca de Esencia que la transformaría en experta en supervivencia y cazadora. Frava esperaba que utilizara los caminos; por tanto, dirigiría sus pasos hacia el profundo corazón del cercano bosque Sogdian. Sería un buen lugar para ocultarse. Transcurridos unos meses, saldría discretamente de la provincia y continuaría con su siguiente tarea: localizar al bufón imperial que la había traicionado.

Pero, por el momento, quería estar lejos de murallas, palacios y mentiras cortesanas. Shai montó a caballo y se despidió de la Sede Imperial y del hombre que ahora la gobernaba.

«Vive bien, Ashravan —se dijo—. Y haz que me sienta orgullosa».

Esa noche, después del discurso del emperador, Gaotona estaba sentado junto a la familiar chimenea de su estudio personal, contemplando el cuaderno que Shai le había dado.

Y maravillándose.

El cuaderno reproducía el sello de alma del emperador, al detalle, con notas. Todo lo que Shai había hecho quedaba revelado ahí.

Frava no encontraría una argucia para controlar a Ashravan, porque no había ninguna. El alma del emperador estaba completa, asegurada, y era la suya propia. Eso no quería decir que fuera exactamente el mismo que antes.

«Me tomé algunas libertades, como puedes ver —explicaban las notas de Shai—. Quería duplicar su alma con la mayor exactitud posible. Esa era la tarea y el desafío. Así lo hice.

»Luego llevé el alma unos cuantos pasos más adelante, reforzando algunos recuerdos, debilitando otros. Los imbuí dentro de resortes de Ashravan que le harán reaccionar de manera concreta al asesinato y su recuperación.

»Eso no es cambiar su alma. No es convertirlo en una persona distinta. Es simplemente empujarlo hacia cierto camino, igual que un timador callejero anima con fuerza a su objetivo para que escoja una carta concreta. Es él. Quien habría podido ser.

»¿Quién sabe? Tal vez es quien habría sido».

Gaotona nunca lo hubiera deducido por sí mismo, naturalmente. Su destreza en ese campo era escasa. Aunque hubiera sido un maestro, sospechaba que en este caso no habría detectado el trabajo de Shai. Ella explicaba en el cuaderno que su intención había sido ser tan sutil, tan cuidadosa, que nadie pudiera descifrar sus cambios. Sería necesario conocer al emperador muy íntimamente para sospechar siquiera lo que había sucedido.

Con las notas, Gaotona podía verlo. Haber estado tan cerca de la muerte provocaría en Ashravan una fase de profunda introspección. Buscaría su diario, leería una y otra vez las explicaciones de su yo juvenil. Vería lo que había sido, y finalmente intentaría recuperarlo de todo corazón.

Shai indicaba que la transformación sería lenta. Un período de años en los que Ashravan se iría convirtiendo en el hombre que una vez pareció destinado a ser. Diminutas inclinaciones enterradas profundamente en las interacciones de sus sellos lo impulsarían hacia la excelencia en vez de hacia la indulgencia. Empezaría pensando en su legado y no en el próximo festín. Recordaría a su pueblo, no a sus citas para cenar. Por fin impulsaría a las facciones para que realizaran los cambios que él, y muchos antes que él, habían advertido que eran necesarios.

En resumen, se convertiría en un luchador. Daría ese único paso, tan difícil, para cruzar la frontera entre el soñador y el hacedor. Gaotona podía verlo en esas páginas.

Descubrió que estaba llorando.

No por el futuro o por el emperador. Eran las lágrimas de un hombre que se veía ante una obra maestra. El arte verdadero era más que belleza, era más que técnica. No se trataba solo de imitación.

Era arrojo, era contraste, era sutileza. En ese cuaderno, Gaotona encontró una rara obra que rivalizaba con la de los más grandes pintores, escultores y poetas de cualquier época.

Era la mayor obra de arte que jamás había visto.

Gaotona sostuvo el cuaderno reverentemente durante la mayor parte de la noche. Era la creación de meses de febril, intensa trascendencia artística; forzado por la presión externa, pero liberado como la respiración contenida al borde del colapso. Bruto, y sin embargo pulido. Temerario, pero calculado.

Asombroso, pero invisible.

Y así tenía que continuar. Si alguien descubría lo que había hecho Shai, el emperador caería. De hecho, el mismo imperio podría tambalearse. Nadie podía saber que la decisión de Ashravan de convertirse por fin en un gran líder se había activado gracias a unas palabras grabadas en su alma por una blasfema.

Al filo del alba, Gaotona se levantó lenta, dolorosamente, de su silla junto a la chimenea. Agarró el cuaderno, aquella obra de arte sin igual, y lo alzó.

Entonces, lo dejó caer en las llamas.

POSDATA

En las clases de escritura, a menudo me decían: «Escribe de lo que conozcas». Es una máxima que los escritores escuchan a menudo, y me confundía. ¿Escribir de lo que conozco? ¿Cómo hacerlo? Escribo fantasía. No puedo saber cómo se utiliza la magia. Y ya puestos, no puedo saber cómo se es mujer, pero quiero escribir desde diversos puntos de vista.

A medida que mi habilidad iba madurando, empecé a ver lo que significaba esa frase. Aunque en este género escribimos sobre lo fantástico, las historias funcionan mejor cuando hay una base sólida en nuestro mundo. La magia funciona mejor para mí cuando se alinea con principios científicos. La construcción de mundos funciona mejor cuando extrae recursos de nuestro propio mundo. Los personajes funcionan mejor cuando se basan en sólidas emociones y experiencias humanas.

Ser escritor, entonces, es tanto una cuestión de observación como de imaginación.

Trato de permitir que las experiencias nuevas me inspiren. He tenido la suerte suficiente en este campo para poder viajar con frecuencia. Cuando visito un país nuevo, intento dejar que la cultura, la gente y las experiencias que allí vivo se conviertan en una historia.

Hace poco visité Taiwan, y tuve la fortuna de visitar el Museo del Palacio Nacional con mi editora Sherry Wang y la traductora Lucie Tuan, que nos hicieron de guía. No se puede abarcar miles de años de historia china en cuestión de pocas horas, pero hicimos lo que pudimos. Por fortuna, yo sabía ya algo de historia y tradiciones asiáticas. (Viví dos años en Corea como misionero de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y luego estudié coreano como asignatura optativa durante mi época en la universidad.)

Las semillas de una historia empezaron a germinar en mi mente a partir de esta visita. Lo que más me llamó la atención fueron los sellos. A veces los llamamos «tampones», pero yo los llamo siempre por su nombre coreano, *tojang*. En mandarín, se llaman *yìnjiàn*. Esos sellos de piedra intrincadamente tallados son usados como firma por muchas culturas asiáticas distintas.

Durante mi visita al museo, vi muchos de los familiares sellos rojos. Algunos eran, naturalmente, los sellos de los artistas, pero había otros. Una pieza de caligrafía estaba cubierta por ellos. Lucie y Sherry me lo explicaron: los antiguos eruditos y nobles chinos, si les gustaba una obra de arte, a veces también la marcaban con su sello. A un emperador

en concreto le encantaba hacerlo, y cogía hermosas esculturas y piezas de jade, de siglos de antigüedad, y las marcaba con su sello, e incluso mandaba tallar algunos versos en ellas.

Qué escenario tan fascinante. Imagínate ser rey, decidir que te gusta especialmente el *David* de Miguel Ángel, y entonces ordenar que le graben tu firma en el pecho. En esencia, se trataba de eso mismo.

El concepto era tan sorprendente que empecé a jugar con un sello mágico en mi mente. Sellos de alma, capaces de reescribir la naturaleza de la existencia de un objeto. No quería acercarme demasiado a la forja de almas del mundo de Tormenta de Luz, así que en su lugar utilicé la inspiración del museo (de la historia) para crear una magia que permitiera reescribir el pasado de un objeto.

La historia creció a partir de ese punto de partida. Como la magia se parecía al sistema que había desarrollado para Sel, el mundo donde tiene lugar *Elantris*, situé allí la historia. (Ya me había inspirado en las culturas asiáticas de nuestro mundo para retratar varias culturas de allí, así que encajó maravillosamente.)

No siempre puedes escribir de lo que conoces, no exactamente. En cambio, sí puedes escribir de lo que ves.

BRANDON SANDERSON

AGRADECIMIENTOS

Un libro como este sale con un único nombre en la portada. Sin embargo, el arte no se crea en el vacío. Lo que creo solo puede existir gracias a los numerosos hombros en los que me apoyo.

He mencionado antes que este libro es fruto de un viaje que hice a Taiwan. Estoy muy agradecido a Lucie Tuan y Sherry Wang, a quienes está dedicado este libro, por mostrarme la ciudad. También me gustaría dar las gracias a Evanna Hsu y a todos los demás de Fantasy Foundation por hacer que ese viaje fuera una experiencia tan intensa. Muchas gracias a Gray Tan (mi agente taiwanés), que facilitó el viaje, a mi agente Joshua Bilmes y a todos los de JABberwocky.

Ha sido absolutamente maravilloso trabajar con Jacob Weisman y Jill Roberts de Tachyon, y les doy las gracias por darle un hogar a este trabajo. También, gracias a Marty Halpern por la corrección de pruebas.

Mary Robinette Kowal es responsable de la estructura actual de la novela corta: ella me ayudó a advertir que mi prólogo original no era lo mejor para la integridad del libro. Moshe Feder hizo muchísimo más de lo que implica su trabajo (con una editorial distinta) y me ofreció fantásticos comentarios sin los cuales este libro habría sido mucho más pobre. También recibí importantes comentarios de Brian Hill, Isaac Stewart y Karen Ahlstrom.

Como siempre, doy las gracias a mi familia, sobre todo a mi esposa Emily. Además, mi agradecimiento especial al incansable Peter Ahlstrom, que trabajó horas extras en este proyecto (hasta el punto de hacerme escribir esta página de agradecimientos después de que se me olvidara hacerlo una docena de veces).

Mi más profunda gratitud hacia todos vosotros.

BRANDON

